

Marek Bieńczyk

Tworki (El manicomio)

TRADUCCIÓN DE MAILA LEMA QUINTANA



Lectulandia

«Sí, la historia es real, muy real. Hubo una guerra, Polonia fue ocupada por las tropas alemanas en septiembre de 1939 y los nazis tomaron el poder durante seis años, hasta el invierno de 1945; también, durante la ocupación, hubo trabajo, amores, tráfico, redadas y trenes que llevaban a los polacos a trabajar como esclavos al Reich... También existió el hospital de Tworki, que aún hoy sigue abierto, y aún hoy decimos “Éste está para Tworki”... Sí, la historia es real, demasiado real. También existió un cielo azul, otras veces lluvioso, como existió la carta de S.; una carta escrita a lápiz... A veces me preguntan si toda esta historia fue real. Sí, respondo, la historia es real, hubo una guerra, millones de personas perecieron, otras sobrevivieron». Así describe Bieńczyk el origen de esta historia, que nos habla de la sensibilidad hacia la experiencia del dolor humano, de la pérdida, de la vida que aspira a una plenitud que constantemente se nos escapa.

Lectulandia

Marek Biencyk

Tworki (El manicomio)

ePub r1.0

Titivillus 22.09.17

Título original: *Tworki*
Marek Bińczyk, 1999
Traducción: Maila Lema Quintana
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Es del fondo de mis párpados fríos, del nacimiento mismo del río que han venido al mundo estas palabras. Sí, al principio fue la escritura, no muy bonita, las letras demasiado altas, apretadas, negándose el espacio, conteniendo el ímpetu de las frases. Uno podría decir: no se dan prisa las palabras en llegar al punto; otro: hay algo que las retiene; y todos, sin duda entre ellos yo mismo: querrían volver atrás, dar la vuelta, pero ya no pueden. Hay que darles por fin la oportunidad de llenar toda la línea, de margen a margen a pleno pulmón, ahora que ya todo ha terminado, o que ya da todo igual:

Querido Jurek:

Trata bien a Janka y no pienses mal de mí. Te he tomado mucho cariño. Eres un chico fantástico. ¡Qué extraño es el destino! ¡Será que así estaba escrito! Dale recuerdos a todos los que por ti conocí y aprecio, y sobre todo a tu madre. Dale otro beso de mi parte a aquel que lo fue todo para mí. Para ti, un fuerte apretón de manos.

S.

P. S. ¡Sé feliz!

S.

Jurek leyó el papel dos veces, entrecerrando los ojos, como desconfiado, igual que todos los miopes; lo metió en una novela que venía mareando desde hacía tiempo, justo en la página en que la anhelada campana ponía fin a la clase de lengua, y salió de la habitación como alma que lleva el diablo. Abajo, en la puerta, se encontró con Antiplatón, que le hizo saber con suavidad: «También la entrada está atestada», pero él no le dedicó siquiera un gesto descuidado, y, sorteando los charcos, corrió hacia las primeras palabras de la carta, personificadas en Janka, ya doliente, aunque todavía no llorosa.

Si Jurek Listillo Salchichón Pepino Ovillo hubiera tenido en ese momento tiempo y cabeza para analizar la carta con tanto detalle como cuatro años antes había diseccionado, en el examen de reválida, la obra de teatro del poeta —obra en la que todo era oscuridad y tinieblas—, se habría fijado en las seis delgadas columnas de las exclamaciones. ¿Por qué S., en adelante llamada como entonces, Sonia, en un momento tan decisivo, con una bola de acero aprisionándole la garganta, un hormiguero instalado en las muñecas y los labios temblando como la superficie del agua agitada, no se olvidó de firmar dos veces, una tras otra, las iniciales tan bien alineadas y centradas en la página? ¿Por qué no descuidó la puntuación? ¿Por qué se mantuvo fiel a la convención epistolar de saludo, y luego a la de empezar otro párrafo tras un punto y aparte? ¿Por qué enfatizó con un signo ortográfico tanto sus deseos de que fuera feliz el destinatario como las frases empapadas de cultura general y lecturas grecolatinas? «¡Qué extraño es el destino!», proclamaba como el gran Sófocles, enfatizándolo con exclamaciones como el coro que comenta los acontecimientos en la tragedia. «¡Será que así estaba escrito!», y redoblaba esta declaración con otros dos signos, devolviéndole al fátum lo que es de ley, y haciéndole, al irse, un profundo

chapeau bas, completamente a propósito. Repetiré varias veces las respuestas a ésta y a otras preguntas: al fin y al cabo tampoco dispongo de tantas coartadas. Quizá puso las exclamaciones porque ya había leído sobre el destino en alguna parte. Sabría algo de él, algo habría oído: por ejemplo, que afectaba a todas las personas nombradas aquí y aún con vida. Pero lo que daba a entender era que a quien le había tocado era precisamente a ella, a ella la había atrapado en una red o en un cazamariposas, a ella le había hecho más de un guiño. Y, al irse, mostraba de esa manera ortográfica que lo aceptaba, y que con todo su ser, concentrada en ese grito, humilde y valiente, espantada y tranquila, se ponía en camino como tantos otros antes que ella. Y haciendo uso de la forma convencional del *post scriptum*, permitida al común de los mortales, les deseaba bien alto, a pleno pulmón, un futuro mejor a aquellos que se quedaban aquí. Por eso mismo creo que puedo viajar por esos signos de exclamación, como si de los estrechos raíles de un tren mágico se tratara, a aquellos lugares; que con un esfuerzo acrobático puedo llegar hasta la habitación cuadrada de Sonia, en la que están en este momento Jurek, todavía con la respiración entrecortada, y Janka, ahora ya llorando; dejarme llevar a través de ellos al otro lado, pasar junto al frenético tictac de su reloj, junto a su corbata negra de lunares blancos y el vestido de flores de ella; que podré, a través de ellos, pasar como un sonámbulo desde los altos techos de los rascacielos a los aleros oblicuos de los pabellones del hospital y de los edificios anejos, porque ahora también yo he leído y oído algo, y algún día, si no me faltan ni la vista ni las fuerzas en las puntas de los dedos para atinar en las teclas, dejaré como despedida varios trazos esbeltos con una pequeña esfera redonda como la Tierra en la base.

Para Jurek Listillo Capitán de los Grillos toda esta historia había empezado también por unos signos de exclamación. «¡Importante salario! —prometía, grandilocuente, el anuncio—. ¡Alojamiento y comida incluidos!», concluía la última línea. Y en las anteriores se buscaba para la administración de un hospital a un hombre joven, con referencias y buen conocimiento de una lengua importante para el mundo de vez en cuando y para Europa siempre; que le pregunten a Goethe.

—Importante salario —subrayó la madre, inclinándose sobre el periódico de los alemanes—. Tu padre también encontró su primer trabajo en un anuncio. Por desgracia, el de ahora —suspiró— no tuvo que buscarlo.

—¡Alojamiento y manutención incluidos! —la secundó Jurek, mordisqueando el pan negro que había conseguido tras una larga cola—. Y yo sé contabilidad, no se me dan mal los números y conozco la tierra que el azahar perfuma.

—Podrías venir todos los domingos a comer, no queda muy lejos —añadió, con viveza, la madre, cortando más pan.

Al día siguiente, pues, envió Jurek su solícita solicitud del puesto adjuntando un currículum más corto que la independencia polaca, escrito a máquina en una Continental Werke A.G. Chemnitz en casa de la madre de Olek, amigo suyo de clase y de juegos. Adjuntó un certificado de la Delegación de Abastos puesto que había cumplido con responsabilidad todas las tareas encomendadas, para completa satisfacción de su jefe, el señor Górecki, y, tras pensárselo un momento, añadió también la carta de agradecimiento, ya algo arrugada, del Comité de Ayuda Social, enviada en su momento a todo aquel que, con pleno sentido cívico, había prestado sus fuerzas desinteresadamente a la causa de aliviar el sufrimiento de la población de la capital, así como de los que iban llegando a la ciudad como consecuencia de las circunstancias de la guerra. El lunes recibió la citación para una entrevista para el mismo martes.

—Mañana es martes... ¡y a Tworki partes! —dijo Jurek riendo—. Mamá me planchará la camisa blanca, la que le regalaron a padre en Navidad.

Pasó toda la tarde con el libro de texto, repasando hasta llegar al lejano *plusquamperfectum* y al *gehen* [ir] junto con el *sein* [ser], y al día siguiente, a media mañana, después del desayuno, mientras se tragaba deprisa la última rebanada de pan, metió en la cartera los certificados, un libro de poemas con su documento de identidad separando las páginas leídas de las aún no leídas; besó a su madre en las dos mejillas húmedas y, cuando ésta se volvió para ocultar las lágrimas, salió por la ventana para llegar antes a la parada del tranvía. El trayecto a la estación era corto, Jurek no sacó el libro de poemas. El tranvía pasó rápido junto a la iglesia de la calle Sowiński, allí estaba otra vez el padre Wojtek, sentado en el banco, leyendo las baladas de Schiller en la lengua original; un rayo de sol, maduro para finales de

marzo, destelló en las letras doradas de las tapas. En la primera parada del centro se subió bastante gente y Jurek le cedió el asiento a una señora mayor que llevaba unas piltrafas de carne, se abrió paso hasta la salida y fue el primero, antes de que el tranvía frenara, en bajarse en marcha en la plaza Zawisza.

Ahora los raíles eran más anchos, al lado de los asientos individuales había otros dobles, y más sitio libre; no todos los viajeros del tranvía alcanzaron a subir, sorprendidos por la puntualidad del tren, inusitada en este país nuestro. Al principio fue dejando atrás edificios grises, y en seguida sólo árboles, campos arados para la siembra con respeto, y la ciudad cada vez más lejana y apretada en el horizonte. A la izquierda una valla larga y verde, un par de estaciones más, un par de versos más; y a la derecha un lago sin barcas pero con pescador, y Jurek habrá llegado a su destino. Estos versos, por ejemplo, me gustan mucho: «Ante las mudas estrellas mi alma se arrodilla | y a los labios pálidos, a los que no alcanza un suspiro...», sólo que los labios pálidos no me entusiasman, preferiría otro color para el alma, sobre todo en los labios. En ese momento chirriaron penosamente los frenos, así que rápido, la *Kennkarte* [documento de identidad] al libro, justo en el verso en el que él confiesa su culpa, el libro ¡zas! a la cartera, la cartera bajo el brazo y al bajar, esta vez cuidado con los escalones, para que las gafas no se te caigan como hace tres cuartos de hora, al saltar del tranvía en marcha.

«Tú lo has querido, y aquí estás: martes y a Tworki partes, la entrada ahí delante, el tren atrás», pensó Jurek parado de repente ante el portón, ya al otro lado de los raíles. La imagen no es que fuera muy alegre: debajo de la marquesina un mendigo tocaba una triste sonata al violín, el guardia de la puerta en feroz posición de descanso, menos mal que está cerca del tren, y tampoco muy lejos de casa, y a lo largo del muro hay álamos, igual que bajo la ventana de casa en Ulrychów, aunque éstos colocados con algo más de disciplina. Puede ir adonde le lleven, le vino a la cabeza, cada tres metros un nuevo tronco y otro paso más, hasta el infinito; para qué empezar nada, si todavía nos queda tanto tiempo y el corazón nos sigue latiendo.

—Vengo por el trabajo —farfulló al soñoliento bobalicón verde que llevaba la cartuchera al cinto y la carabina en la mano—. Pusieron un anuncio, en el *Nowy Kurier*, aquí tengo la citación.

El ser adormilado y aburrido le echó un vistazo al papel, que le recordó algo, quizá los tiempos en que había sido acomodador en el cine Parsifal, hizo una señal con la cabeza y le dejó pasar con asombrosa educación, y de esta manera Jurek se encontró dentro, atravesó el portón, que se entreabrió con un chirrido y puso en marcha el cronómetro de una nueva etapa de su historia. Cuando tocó a la puerta del despacho señalado por el cañón de la carabina, habían pasado cincuenta segundos desde que empezara la cuenta; cuando salió, con los papeles en la mano y la llavecita colgada del dedo corazón, era el minuto diecinueve, los segundos se los llevó el diablo.

Salió al pequeño paseo que discurría delante del edificio de la administración.

Estaba bien cuidado, cubierto de grava, con los bordes a ambos lados redondos y albeados. A lo largo del paseo ofrecían su sombra altos árboles, ya casi verdeando, y en el limpio cielo no se veía ningún adorno de plumón, ni resplandor alguno ni humos difuminándose hacia, digamos, la nada. «El salario más bien enano —recordó, observando los arbustos que crecían debajo de los arces—, me engañaron con los signos de exclamación, y a mi querida mamá, tan noble y buena, le tomaron el pelo tipográficamente: unos zapatos de cuero, de momento ni soñarlos. La sopa que estoy oliendo tampoco parece que sea de puerros nuevos ni de zanahoria fresca, y la carne del segundo, a saber si de verdad viene del matadero. Pero a cambio este sitio es acogedor de una manera extraña, seguro en su seno como un valle entre montañas; y pronto, cuando llegue abril, estará completamente cubierto por la vegetación favorita de los poetas, si echan bien las raíces y extienden bien las ramas. Además te garantizan los papeles *ganz in Ordnung* [todo en orden], a buen seguro, cubiertos de los sellos indispensables, y seguramente madrugar no se madruga, porque hace rato que dieron las doce y en los paseos aún se observa un perezoso desfile de pijamas, a rayas verticales como manda la última moda, aunque como toda la vida desaliñados y amarillentos en las partes centrales del cuerpo».

Sintiéndose un poco incómodo en el traje oscuro de su padre, que contrastaba, elegante, con el crema del abrigo echado sobre uno de los hombros, se puso a andar entre los parterres que rezumaban calor, y advirtió el bosque tras uno de los muros, y tras el otro, las vías del tren, casas humildes y un caballo amarrado. Se quedó observando la carrera de tres gatos enloquecidos por el celo de marzo y rayados como los pijamas, y después calcetines, bragas y pañuelos puestos a secar en las rejas de las ventanas, tristes y exhibiendo sus partes más pulcras, como si estuvieran ofreciéndose para cambiar de dueño. Desde una barraca con dos chimeneas que expulsaban un humo lívido, avanzaba renqueando hacia Jurek un viejo doblado por la mitad, que, con unas riendas de cuero, arrastraba trabajosamente un carro pesado y chirriante. No le dio tiempo a Jurek de mirar al cielo, allí adonde asciende todo lo mejor y que está en su mejor estado, y ya tenía ante los ojos cuatro cubos oxidados y gorgoteantes. Se encontraba en estos cubos todo lo que había desechado el hombre digno de mejores manjares y más bellos colores. En las profundidades rosáceas y turbias flotaban trozos de patata y huesos rotos, rebanadas de pan a cual más blanda exhibiendo su moho, y en las manchas sebosas se acumulaban sedimentos dorados, huella última del sabor. El viejo pasó de largo, y con él el fétido olor, y Jurek pensó que después de todo quizá conseguiría salir con vida de esta guerra.

Le habían anunciado que le enseñarían su habitación una hora más tarde, y ahora quedaba sólo media; «Tres poemas, ponerse un poco a pensar y ya habrá pasado el tiempo», calculó, y, sentándose al borde del banco, sin apoyarse en el corazón atravesado por una flecha, sacó de la cartera el librito, una limonada y una manzana amarilla, a saber de dónde habrían salido, seguramente de la vecina, la señora Zofia, por medio de la mano invisible de mamá, mamá querida, pobre mamá, sin papá, que

hace ya un año que se lo llevaron y estará de esclavo en casa de extraños.

En aquel mismo banco, o en todo caso, en el cuarto por la izquierda según se mira de frente el edificio principal, sólo que ahora de hierro, me senté ayer también yo con mi ordenador de veinte por veinticinco centímetros y batería para tres horas, conocido como Pentium Texas 2000, pero que yo llamo Varsovia *forever*. Me volveré a sentar allí dentro de una semana, que será martes, y también el martes siguiente. El banco estará vacío, día sin visitas, los contenedores despidiendo su negrura, tras el portón, el traqueteo de los trenes, cada vez más cerca, cada vez más lejos, un estribillo sin estrofas, un memento eléctrico del eterno retorno, quizá en breve electrónico, y dentro de un par de años seguramente amortiguado y de una sola vía, pero siempre con revisor. Y sentado así, con una pierna sobre la otra, en sandalias y calcetines a rayas, esperando como un pasajero rezagado en el fin del mundo, les contaré a los que quieran oírlo y a los espontáneos que salten del tren o lo estén esperando cómo sigue esta historia, y su final real e increíble, su solución última, su *Schluss* [término] o punto final.

En aquel mismo banco, otra vez de madera, se sentó junto a Jurek, que estaba inclinado sobre el libro, un pijama igual que los otros, con calcetines a rayas agujereados, y anunció tímidamente:

—Lo difícil se sembrará, lo simple se desbaratará.

Jurek se inclinó todavía más, acunando el libro en su regazo. «Antojosos de besos, muchacha, tus labios | en promesas de hombres aún no andan versados...».

—¿Y qué es lo que está usted leyendo? —escuchó sobre su cabeza en un susurro, tranquilo, delicado.

Jurek le enseñó el lomo del libro, sin decir palabra.

—Nada, unos poemas —explicó.

El pijama torció ligeramente el gesto.

—Si me permite, Antiplatón me llamo. Hace hoy muy buen tiempo para esta época del año. Muy pronto será plena primavera. Fin de la cita.

Jurek aseguró, balbuceante, que estaba encantado de conocerle y se sumergió de nuevo en la lectura.

Antojosos de besos, muchacha, tus labios,
en promesas de hombres aún no andan versados,
rarezas sueñan y su candidez rechazan,
y ya sospechan que algún placer les es vedado.

Antiplatón recitó rítmicamente, torciendo el gesto aún más.

—Ya no se escribe así. En Tworki ya nadie escribe así. Así se escribía antes de Tworki. ¿Sabe usted, acaso, qué es Tworki?

—¿Cómo que si lo sé? Si es precisamente en Tworki donde estamos —dijo Jurek y, algo irritado, cerró el libro de un manotazo. «Un loco, claro —pensó—, un manicomio, locos, mal de la chaveta, y mal de la azotea, aunque por otro lado robles

centenarios, salario y la manutención, a pesar de esa sopa, y, además, el alojamiento. Como para volverse loco. Y aquella alegre señorita, vestida de contable, ¿estará también loca? ¿No será que lleva esos mangotes y debajo un pijama como la que más?»—. Perdone, señorita —se dirigió por encima del hombro de su vecino a la chica que pasaba silbando—, ¿por dónde se va al pabellón C?

—Venga conmigo —contestó la desconocida, dedicándole una luminosa sonrisa a Antiplatón, que se ruborizó de repente—, precisamente voy para allá.

Precisamente iba para allá la señorita alta, florida, que conquistaba al instante con la cadera derecha el espacio abandonado por la izquierda, ofrecía ora un pie, ora otro, para que Jurek les clavara la vista, así que lo que él veía era el tacón bajo, de corcho, y encima de los zapatos acaso la piel desnuda sin medias, y las primeras flores de algodón allí donde se adivinaba la rodilla, una rótula vanidosa y chiqui chiqui, si le hiciera cosquillas desde atrás, y aún más arriba menudos paraísos cubiertos ya completamente por un colorido tapiz de flores, plena primavera, pues hay rosas, anémonas y quizá también claveles que sucesivamente suben y bajan, allí donde se castiga a los niños, y ahora el tropiezo de Jurek, al fin y al cabo en el paraíso también habría piedras, y estos estúpidos mangotes de contable, como negros presentimientos en el linde del jardín, como fundas fúnebres de la natura y la cultura juntas; por suerte los dedos que sobresalen de esta oscuridad, largos y morenos, traduciendo con presteza los silbidos a la lengua de los gestos, marcando los compases de la melodía de trinos, obligan a dejar de lado toda especulación y con un repentino *allegretto* reforzado por un *molto vivace* llevan a Jurek a mirar hacia arriba, donde el brazo de quien dirige la orquesta acaba de alzarse, ordenándole al timbal que retumbe y a los arcos de los violines que aceleren hasta el final, y se deja caer en ondas rubiorrojizas, brillantes y revueltas por el viento, que aquella misma noche Jurek recordaría en el último tren como «cabellos cascada», haciéndolos rimar con «confiada», para quedar así descritos en el interior en las tapas del libro, pero por ahora no hacía más que seguirlos con cara de bobalicón hasta sus muchas fuentes bicolores, separadas a la izquierda por una raya y algo reprimidas con una cinta de color violeta sobre las orejas, que por detrás de la cabeza perdía el control de esa tormenta de seda clara, que a buen seguro le iba bien con la tez, ésa sí más morena y probablemente bastante agraciada, que volviéndose por un momento sonríe ampliamente y se asegura de que Jurek va tras ella hasta el pabellón C, porque la señorita iba para allá, precisamente para allá iba.

«Y ahora cómo me presento, qué decir que quede bien —se preguntaba Jurek conforme se iban acercando a la maciza puerta de madera—, empiezo modestamente por el nombre o despliego de una vez todo el abanico, por desgracia un apellido final no demasiado bonito, y sin el noble final en “ski”, la mejor mitad o el todo peor, pero que sea rápido, antes de llegar a esa escalera. Y, ¿qué es eso que oigo?».

—Usted se llama Jerzy —escucha Jurek—. Es usted nuevo en la administración, empieza mañana y se va a alojar en una habitación que tenemos libre. En la segunda

planta está. ¿Quiere que le acompañe?

—Usted se llama Beatrice. Tiene unos bellos ojos oscuros y una sonrisa radiante. Es usted la guía que va conduciendo a todos por las avenidas y los pabellones, y a todos les quiere bien. Por eso todos le traen flores y le envían versos.

La risa es corta, la escalera, larga. En el segundo piso algo rozó, tintineó algo metálico, luego gimió bajito, como maldiciendo, luego se restregó por el suelo, y por fin chirrió dos veces. Era el miope de Jurek, abriendo la puerta en la semipenumbra. Esperaba encontrarse cuatro paredes pintadas de color crema, y la intuición no le falló. Se imaginaba una amplia cama con una colcha de cuadros azules y rojos, y dos camas había, estrechas, con un número de inventario blanco en los catres de hierro y colchas del color de las fresas tempranas; soñaba con tener un escritorio bajo la ventana y ante ella un roble milenario; y allí estaban, escritorio y roble. ¿Qué más podía pedir?

Ciertamente no ese cuadro colgado sobre la cama, con nieve y un pingüino en el papel de personaje de novela negra, ni esta señorita de al lado, con un vestido de flores y zapatos de tacón bajo, que le decía:

—Me llamo Sonia, y en la contabilidad vamos a trabajar juntos. Tengo una habitación parecida, pero desde aquí no se ve, porque en el pabellón B está. En el cuadro que tengo yo hay una palmera y unas barcas vacías en una playa.

—So-nia —repitió Jurek las dos sílabas, y la primera palabra que le vino a la mente para la rima tenía tridente, y era rara en su versión femenina—. Sonia. Qué nombre tan bonito. Sólo que, en un descuido, puedo llegar a decir doña Soña.

—Ahora tengo que irme a la planta baja, otra vez se han perdido unas sábanas. Pero luego puedo enseñarle el parque y los despachos... si quiere... De acuerdo, pues dentro de un momento en el vestíbulo.

—Quiero, puedo, tengo que —dijo Jurek, cerrando la puerta con cuidado—. Estoy, tengo, poseo, pienso, deseo, sé. Santo cielo, qué mujer.

Se paseó más detenidamente por la habitación. Las paredes ya nombradas, la mesa y la cama advertidas, no así un armario oscuro a la derecha de la puerta; tras la ventana sigue estando el roble. También tras la ventana, ahora, las siluetas de dos batas blancas, cruzándose en el paseo y dándose la mano rápidamente, y un gato, por suerte también blanco, sorprendido de que el pájaro sepa volar, y en el corazón de Jurek la imagen de un desierto y la de un oasis de un paraíso limítrofe, el país sigue en guerra y el mundo, a pesar del gato, es de perros; un mundo de perros, negro y ruín.

«¿A quién, dónde, cómo y qué? —meditó Jurek, sentándose al escritorio, de espaldas a la ventana—. Acaso estando aquí tan tranquilo, como Dios y al amor del horno, pues hay hasta una estufa de azulejos color crema, justo en el rincón, al lado del armario, se pueden hacer preguntas normales, mientras ahí fuera todo está ardiendo, cuando unos contra otros y el hombre para el hombre. Mejor hacerse preguntas intrascendentes, por ejemplo, si habrá terminado de contar las sábanas

abajo en la lavandería, si estará ya en el vestíbulo haciendo ondear las flores y brillar los mangotes».

También su sonrisa brilló cuando Jurek le propuso hacer de momento un *bruderszaft* con limonada, hasta que trajera desde Varsovia algo mejor.

—Usted, Jurek..., ¿irá a menudo...? ¿Irás a menudo a Varsovia? —preguntó cuando salieron al paseo, detrás de la lavandería—. Yo casi nunca voy. Esa ciudad no me gusta, aquí al menos hay muchos árboles y en primavera todo verde se pone, y se puede el cielo y las estrellas salir a observar. Un poco como en mi casa, a orillas del mar.

Su mar, esto lo supe en seguida, también era antes nuestro; sus olas bañaban nuestras playas en la separación acordada por las dos partes y confirmada internacionalmente, su ámbar pertenecía a nuestro país, potencialmente en la arena y efectivamente en broches y collares, pero su ciudad natal no era nuestra del todo; su ciudad era, Jurek rió, como una señorita casadera, como un taxi o un *rickshaw* sin pasajero, como un desdichado caracol, hasta el momento en que se abrió fuego desde el acorazado.

—Ah, por eso los ojos de Sonia son grandes como conchas de mar, y de ahí su encantadora sintaxis, es decir, el verbo casi siempre al final, y ese ligero acento suyo.

—¿Un ligero acento? —Sonia se rió, señalando que iban a girar a la derecha, hacia el paseo—. Creo que lo peor de todo es lo de la erre.

Es cierto, quizá demasiado ronco era ese sonido para una garganta tan bonita cuando Sonia empezó a mostrar la granja de gallinas ya germanizadas y de aves así, en general para consumo del hospital, y con una vaca negra con motas color burdeos que como en la canción no son nada feos; cuando iba acompañando a Jurek a través de distintos rincones, allí donde el muro se tuerce como una serpentina y donde van a florecer las rosas y las *Rosen* [rosas] en conflictiva, como es su costumbre, compañía. Rara era la erre y rara era también la propia Sonia, dado que más que en la eternidad Jurek empezó a pensar en el tiempo futuro simple, seguramente demasiado simple, y ya que hablaba aún más que pensaba:

—Paseando así con usted, señorita Sonia, es decir... con usted, por momentos me da la impresión de que este sitio me ha sido predestinado. Que me esperan aquí muchas cosas poco comunes. Pues ahora aquí me siento tan bien con usted, es decir, con usted, Sonia.

Pasaron también por la cocina, «Con sus infernales calderas —masculló Jurek—, para ciertos pecados», luego la sala de estar, que estaba a esta hora cerrada como, en la comparación de Jurek, la mayoría de los corazones femeninos, y doblaron hacia la avenida central, dejando atrás los grupúsculos de pijamas, que paseaban a pleno sol. Pasaron al lado del banco de nuevo vacío, aunque ya cuán memorable, que estaba al lado de la sala de calderas con su carbón amontonado a la entrada, y llegaron al edificio principal de la administración, a la derecha del portón según se entra, a la izquierda para los que salen huyendo. Entraron a una sala grande de la planta baja y

Sonia cerró la puerta con cuidado.

—Honnette, el director, tiene el despacho enfrente —dijo bajando la voz—. Buena gente, se pasa el día leyendo. Es de Friburgo, de Schwarzwald. Es muy gordo y la nuez se le está moviendo siempre, lo que, se dice, es señal de buen carácter. A veces vienen a verlo. Los de negro, sobre todo dos, pero nunca pasa nada. Al que te hizo la entrevista, es decir, a Kaltz, también se le puede soportar, es de Weimar, no habla ni una palabra de polaco y se le puede liar... Tengo entendido que hablas bien alemán, ¿verdad?

Jurek asintió bajando los párpados, redondos tras los cristales gruesos como conchas, qué pena que de agua dulce, y siguió el amplio gesto de Sonia hasta la siguiente mesa.

—Aquí se sienta nuestra mecanógrafa, Bronka. Es una chica fantástica y buena trabajadora, escribe a dos manos, con los diez dedos, hasta cinco páginas por hora. Es muy simpática, un poco tímida y triste. Tiene dos trenzas negras preciosas.

—Mejor será no tirar de ellas —masculló Jurek, deteniéndose ante la segunda mesa.

—Éste es mi sitio, éste el de Fela Jabłkowska, la secretaria del jefe, con ella hay que tener cuidado. Aquí se sienta Quick, que es de Heidelberg, introvertido, muy meticuloso, pero no muy listo y completamente inofensivo.

A las tres mesas siguientes no se les había asignado aún trabajadores; Sonia sentó de momento a Jurek en la primera que estaba libre, por desgracia detrás de Jabłkowska, reservando las otras dos para una pareja aún desconocida, pero que sería pronto contratada, porque conforme se va acercando el frente cada vez hay más interesados en trabajar en Tworki, en la sopa a la misma hora y una generosa ración de pan por la mañana, cuando canta el gallo. En ese momento Jurek observaba los cuadernos, los álbumes de sellos y los lápices colocados en la caja, el ábaco de cuentas negras y amarillas y la máquina de escribir de letras góticas. Acarició con delicadeza su lado de metal, arrastró con cuidado el carro y de repente se puso a aporrear las teclas, cortando el silencio con el tacatacatá e imprimiendo, negro sobre blanco, con una letra ametrallada, como dicta el *Zeitgeist* [espíritu de los tiempos]: «En la mesa están Fela y Bronia, pero mi reina es la señorita Sonia». Sonia se inclinó, la cascada derramó sus aguas sobre el hombro del autor. Tras leer juntos, Jurek mismo sacó disciplinadamente la hoja y la tiró con soltura a la papelera, aunque las costumbres de la época aconsejaran más la quema, al sonrojo respondió con sonrojo, y con una sonrisa comprensiva a la mano que señalaba el reloj.

—Me tengo que ir pitando —dijo Sonia—, ya son casi las cinco.

Jurek le cedió el paso a Sonia en las dos puertas siguientes, haciéndose a un lado, el tronco ligeramente hacia delante, el corazón más bien en la garganta, en la boca un suave «tenga la bondad». Luego ya sólo pasos apresurados hacia delante, para unos el portón de salida, para otros la avenida de grava, hasta que desaparece la esbelta silueta, pero hacia dónde, no se sabe, porque a través de la reja se ve mal y el metal se

incrusta dolorosamente en las mejillas, se incrusta en las mejillas.

Detrás de Jurek se paró, con un chirrido, el tren en dirección a Varsovia; escupió apenas un puñado de personas, pero se tragó todavía menos, y entre ellas a ningún hombre joven con gafas gruesas y una cartera desgastada en la que llevara un libro y no hubiera ya ninguna manzana. El único de los alrededores que correspondía a esta descripción iba andando, sorteando con cuidado los charcos que habían quedado del chaparrón de ayer, por un camino que transcurría paralelo a los raíles, como si hubieran sido extendidas para él estas traviesas de madera con ese olor a creosota de árbol y estas vías rutilantes que le llevaban a través de Komorów, Nowa Wieś, Kanie Helenowskie, de Podkowa y de Milanówek a ninguna parte, hasta que al final aparecieran las primeras tierras limpias y las aguas cristalinas, y la hierba sin las prescindibles pisadas y el cielo silencioso, azotado sólo por las copas de los árboles y mejor si azul. Incluso aquí mismo, tan cerca del sanatorio, no se está nada mal, la pradera está serena como la tierra tras el diluvio, el puente recto como la fe y verde como la esperanza, y por debajo fluye un río, pequeño, transparente, con sus pececitos, símbolos del amor fraterno a pesar de que el nombre de Pérdida le reste algo al bello todo. Si aun así, a orillas del Pérdida, en la pradera, con el calor de la merienda o el rocío de la mañana, las manos sudaran juntas y se tocaran mutuamente las yemas, si los ojos oscuros brillaran para esos otros azules, y el viento llevara los cabellos de ella a la boca de él, que habla en verso con estrofas sin falta rimadas que tratan de esta extraña pero a veces también hermosa, aunque a veces la llamemos simplemente un largo sueño, o sencillamente *c'est la vie*.

«¿Qué vendrá ahora, qué va a pasar, qué me deparará esta juventud?», se preguntó el reflejo de Jurek en el agua cristalina, Jurek Tarambana Príncipe Rana, ¿cuánto tiempo, por qué camino, con quién, para quién, sucederá aquello que está escrito, o se escribirá aquello que va a pasar? He aquí que viene traqueteando desde Komorów el último tren como una zeta valiente en la retaguardia del abecedario, así que ya no hay razón para quedarse aquí parado, Jureczek Triste, Alma de Alpiste, porque más allá no se nos ha perdido nada, no habrá nada que encontrar ni que escribir que no sean preguntas y las letras las tenemos contadas, y los trenes escatimados, así que desde el riachuelo volvamos corriendo al andén y cambiemos paisaje por ventana y dentro de media hora estaremos ya en Varsovia; quedaba el tiempo justo para que Jurek empezara a esbozar su retrato poético de Sonia, metiera rápidamente el libro dentro de la cartera, el lápiz en el bolsillo y aún corriendo saltara hacia el gris del ocaso y de esa existencia de nocturnas prohibiciones. El tranvía condujo a Jurek a casa, al retrato de Sonia a la mitad y la expedición a un final feliz. Si bien es cierto que estaban todavía esperándolo la madre, la ventana abierta del piso de abajo y las lágrimas: la santísima trinidad de los hijos prodigos que vuelven a casa demasiado tarde, del miope perdido y vuelto a surgir de las cenizas. Pero en seguida se secarán las lágrimas a escondidas, se servirá la cena, se recibirá la buena noticia de la contratación con palabras de agradecimiento al cielo y tierra y luego, tras otro trozo

de pastel de zanahoria y otra taza de fragante achicoria podría Jurek refugiarse en su rincón, allí donde estaban su silla, su mesita, sus libros; y sobre la mesita le aguardaba la ya segunda manzana del día como una tentación acumulada y ya pudo sacar su papel de cartas mejor, del de antes de la guerra, y escribirle una larga carta a Danka con un resumen completo, aunque seguramente no del todo, de los últimos acontecimientos.

3

Lo de Danka empezó así. Un día, Jurek salió de casa después de comer, despreocupado como un joven conde, para dirigirse a casa de la tía Irena, la calle Solec, a subirle el carbón, porque desde que el tío se llevó a sí mismo como un saco al otro mundo la pobrecita se había quedado sola, y, aunque bien dispuesta, no siempre podía hacer ese trabajo de hombre. Y es que el carbón, hay que ver, cuántos viajes arriba y abajo, y el sótano tan lejos. Así que una vez subido el carbón, se lavó las manos del negro trabajo, rezó por el tío y por la tía ante la foto que lucía la cinta negra, y ya tía Irena le está sirviendo un licor de grosella negra y para que no se quede mano sobre mano le pide a Jurek que le escriba una carta para la sobrina que vive en Ozorków, porque, aunque bien es verdad que a esta vieja cabeza le cuesta ordenar los pensamientos, estar tanto tiempo sin escribir ya da hasta vergüenza. Recopiló Jurek todas las noticias, desde la ciática hasta el desgarró del costado, las muestras de agradecimiento por los recuerdos y por las grosellas para el almíbar, los deseos de éxito para el primer trabajo de despacho, lo vertió todo en verso, y cuando la tía primero se echó a reír, luego frunció el ceño y finalmente empezó a rascarse la cana cabellera, volvió a escribirlo todo sin rimas, pero a cambio arrancó su consentimiento para añadir un *post scriptum* de su parte.

Querida marquesa, mi nota será corta como la invitación a un baile: tengo veintiún años, a la tía Irena la quiero y la respeto, me interesan también la poesía y los libros, pero de ti, marquesa, aún poco sé. ¿Querrás bailar un vals conmigo?

Nueve días después el vizconde, porque maldita sea mi estampa, vizconde, supo que a Danka, de Ozorków, también le interesa, también quiere y respeta, si bien ella tiene diecinueve años y preferiría no intercambiar fotos para permanecer tras el halo del misterio; también piensa en flores y en tranquilos retiros, al igual que él considera que la vida es bella y extraña, y su gato se llama *Amicis* en honor al *Cuore*. A lo que Jurek contestó que en esta bella y hermosa vida lo más importante es el amor, y lo peor, la soledad, sobre todo en tiempos difíciles como los que corrían, y al recibir confirmación de que efectivamente la amistad era lo que más contaba, pudo dar comienzo, con la serenidad de un corredor de fondo, a las crónicas de los acontecimientos y pensamientos diarios, franqueados una vez a la semana, y una vez a la semana intercambiados por una crónica provinciana, fresca y agradecida como la tranquila casa de azulejos, como *Annunzio* en el alféizar.

Fotos Jurek no envió, tal y como se le había pedido, pero se apresuró a describir más o menos cómo era. «Doy algunos datos personales —anunció directamente en la segunda carta.

Lo más importante: nací (el mayor error cometido hasta ahora en la vida). La luz del día, o, mejor sería decir, de la noche, ya que fue de noche cuando emití mi primer grito triunfal, la vi en Varsovia. El calendario señalaba en este momento histórico la fecha del 16 de mayo de 1921. En Varsovia me crié y crecí, y quizá por eso le tengo tanto

amor y adoración. Mi infancia la pasé, como dijo el poeta, de manera bucólica y angelical. Cuando tenía dos años vino a hacerme compañía un hermano al que pusieron el nombre de Witek. Luego el jardín de infancia. Tres años de despreocupados juegos. Comía gachas con leche y... era feliz. Pasó el tiempo, corrieron los años. Al terminar la escuela primaria toqué a las puertas del ansiado gimnasio. El mundo me parecía ahora enorme, fantástico, poderoso. Empecé a leer, mucho, apasionadamente. Los cuatro años pasados en el *Gimnazium* los cuento entre los momentos más felices de mi vida. Terminada la escuela, aprobé el examen de ingreso al liceo de administración. Y por fin, tras dos años de estudios, el examen de reválida, un momento difícil de olvidar, incluso en la agitada y llena de emociones vida estudiantil. Me parecía ahora que el mundo me pertenecía, que se abría ante mí. En el momento en que había presentado la solicitud de ingreso a la Escuela Superior de Economía llegó el tristemente memorable septiembre. ¡La guerra! La palabra nos cautivó a todos los jóvenes. Despertó en nosotros el entusiasmo y la exaltación. ¡La patria en peligro! Qué dolor tan terrible, tan capaz de sobrecoger el alma hasta el tuétano, supuso este despertar. Despertar tanto más doloroso —concluía con arrebatado Jurek, luego sólo le siguieron los saludos y cordiales caricias para *Annunzio*— cuento que inesperado».

Cuando a Danka le llegaron noticias del tren que llevaba a Jurek hacia lo desconocido a las afueras de la ciudad, del riachuelo que corría detrás de la verja como un Danubio azul en este país de seres grises, de la habitación con el pingüino y el guardia en posición de descanso ante los álamos firmes, Jurek ya no Rapaz Incapaz, sino homo contable y chico para todo, hacía tres días que no escuchaba los trenes sino de lejos y ni asomarse por el río; hacía tres días que no hacía más que introducir los asientos en columnas y escribir en cristiano lo que se le *sprechenaba*. Al lado de la mesa de Bronka y de la de la secretaria Jabłkowska había colgado Jurek en esos días, para nosotros en «aquellos», su cuerpo, suspendido, al igual que los otros, a medio camino entre el salario y el osario, pero, como para tiempos de guerra, bastante bien colocado, más cerca del marco pasajero y el zloty efímero que de la victoriosa gravedad a tres pies bajo tierra. Pues por lo menos Kaltz, su superior directo, había recibido de muy buen grado la presencia de Jurek junto a su jeta alemana cuando se trataba de comprar más, más barato y que por fin se pudiera comer en la fábrica de quesos de Pruszków. Jurek se llevó aparte al gerente, el señor Żwirek, y luego, subido al descansillo que estaba encima de la sala de quesos curados, les recordó a los trabajadores reunidos la fábula del cuervo y el zorro al pedirles para que nuestros locos tuvieran razones para sonreír y las tuvieran más a menudo. De momento, fueron seis kilos de queso graso extra: un prometedor comienzo con la vista puesta en una lejana meta.

Mejor aún le fue a Jurek en el matadero vecino. Estaban de pie él y Kaltz, ya pálido, tras los rollos de manguera, viendo al señor Staś tirar de una vaca polaca por las puertas abiertas. Con el bosque como decorado, la grupa rígida y la cola hacia atrás, hacía su última aparición terrestre, estuche de violín al revés, hasta que por fin se encontró bajo la clara bóveda de la nave. Que bien podría servirle de bóveda celeste si quisiera ver las constelaciones en los ganchos. El señor Janek se dispuso a esperar que la vaca se quedara quieta un momento y acabara de darle al silencio lo que había en ella de grito, y luego aplastó el hocico con un martillo; el señor Karol, primer violín, degolló limpiamente con un solo movimiento de cuchillo, convirtiendo así aquello que estaba de pie y bramaba en algo que yacía inerte; el cielo descendió y elevó el bulto a las alturas. Kaltz, la vista puesta en el firmamento, por fin se desmayó. Igual que la más delicada *Mädchen* [muchacha], apoyó la cabeza en el hombro de Jurek y abandonó sobre él todo el peso de su cuerpo, aunque muy abajo, aún entero, pero ya confiado. Cuando abrió los ojos vio ante sí dos tiernas pupilas eslavas tras los gruesos cristales y escupió abundantemente, como de una fuente, el agua corriente que se le dio en un bote de mostaza. Por fin el bosque de detrás del portón se cerró de golpe, la camioneta iluminó toda la escena con largos haces, se llenó hasta los topes de carne de vaca, no sólo los huesos, y Kaltz, bajito, para que el

chófer no le oyera, le dio las gracias a Jurek con una palmadita en la espalda. Y Jurek, ahora sí Tarambana y Hombre Rana, o más bien Pez Manta, no dudó en arrastrarse con él al suelo de la camioneta y prometió luego callar ante el mundo el cobarde gesto de Kaltz de fingir que buscaba algo bajo el asiento al primer disparo rebelde o, hablando en plata, Herr Jerzy, petardeo de un tubo de escape con más agujeros que un queso suizo por muy Krupp y muy Daimler que fuera la camioneta.

También el director general, Honnette, portador no sólo de hermosas consonantes dobles, sino también de una doble papada, recibió de buen grado a Jurek en su despacho para departir con él brevemente sobre el primer trabajo de contabilidad cuando se tienen veintiún años, y de la vida cuando se es un gran y gordo director. Le habló de lo importantes que son los estudios, sobre todo en Freiburg, y del destacado papel que desempeña la familia alemana desde la mujer hasta los nietos, que están ya creciendo para gloria de la futura Europa, y le gustó mucho ese escuálido chico polaco que hablaba como un abuelo alsaciano, región donde hace mucho que, por comodidad, los pantalones de tirantes se llevaban cortos, y el sol calentaba directamente las rodillas, y para la tripita brillaban las deliciosas uvas blancas y una col más tierna que ninguna otra cosa que crezca a lo largo y ancho. Si traducimos lo anterior a lo general, y le añadimos la risa sofocada de Bronka que sucedía a los versitos de Jurek y las risas sinceras de varios dementes adeptos a la presencia de Jurek en las elíseas avenidas del interior, sería difícil describir la entrada de Jerzy de otra manera que —y esto es una cita de la siguiente carta que le escribió a Danka, en la que cambió la palabra «petardeo» por «pedo»— como buena, prometedora, por momentos despreocupada.

¿Y Sonia?

Tras el martes, el día tercero, del cielo aguacero. En la planta baja de la casa de Ulrychów, de momento el despertador sólo hacía tictac, pero ya estaba encendida una lucecita en la temblorosa *Reisefieber* [fiebre de partida]. La achicoria ya hervía, la colonia perfumaba, lo peor era la camisa. Porque otra vez la misma como una vida después de la muerte que lo va pregonando todo de uno de la mañana a la noche.

—O la *beige*, o la corbata —maldecía su suerte Jurek sobre el café más o menos negro y oloroso, y de sabor, regular—. No tengo nada que me quede bien, maldita sea mi estampa. Que yo también tenga que heredarlo todo de mi padre. La camisa de padre, el traje de padre, la mala vista de padre, las entradas en la frente, también de padre. De todas maneras me voy a empapar.

La madre le limpió las gafas con un trozo de fieltro, se las puso en la nariz y al mirarlo le sonrió a su juventud en los Jardines Sajones y a la cercana buhardilla en la que había tenido su génesis, el mismo año del Milagro del Vístula, su milagro particular. Ciertamente, se parecía al padre Jan y al marido Janek cuando se ponía la mano sobre la frente y ocultaba en los ojos la sonrisa, cuando sacudía así, de esa manera tan divertida, la cabeza, y se le blanqueaba la pelusa en las orejas. Por tanto un momento más, terminarse del todo la achicoria y el Milagro del Vístula estaría

listo por fin. Sobre la camisa *beige* brillaba un fular color café, la chaqueta marrón claro ciñó los tensos hombros, el cinturón se ajustó en un agujero mejor y el abrigo claro lo cubrió todo; de los zapatos mejor ni hablar, porque en casa no estamos para gastos, en casa la tarta de jengibre no es sino de zanahoria y la mantequilla es de recuerdos, pero las suelas taconearon lo suyo cuando Jurek saltó por la ventana con la cara de mamá pegada al cristal y cuando en la parada se puso a dar brinquitos y aguantemos que ya vendrá la primavera. El paraguas rojo de mamá, porque papá, por desgracia, había perdido el suyo ya antes de que se lo llevaran, descendió para protegerlo del aluvión bajo sus faldas y volvió a elevarse sólo al ver el número siete, que llegaba con retraso. En el tranvía se le evaporó el agua de la espalda, y en el tren se le secó lo más importante, el dobladillo de los pantalones.

¿Y Sonia?

Era miércoles, día tercero, del cielo aguacero. La lluvia llevaba tintineando desde las cinco de la mañana, pero Sonia no saltó de la cama hasta las seis, o, mejor dicho, se levantó penosamente de la cama a las seis y media. En la habitación estaba todavía bastante oscuro, y de pie ante el modesto desayuno, en camión, evocaba una aparición brillante. Sobre la mesa la esperaba ya, cuidadosamente envuelto en un pergamino, el panecillo de ayer, y en el platito se ponía roja la mermelada de colinabo, pero no, antes fue Sonia a asearse a la ducha al final del pasillo, donde no le está permitido entrar a la vista y se oyen sólo los pasos de las zapatillas y el frufrú del albornoz. Algo tuvo que pasar si volvió con la cabeza mojada aunque faltara mucho para el domingo y le quedara tan poco vinagre. Ahora se estaba secando el pelo con una toalla verde, lo que tenía tal efecto en el aire que hasta saltó el panecillo y tintineó en el vaso la cucharilla. Qué mala pata que con el cabello alborotado queden bien tan pocas cosas, como no le queda bien la tierra a la cascada, pues de ninguna manera puede ser ese vestido de ayer de flores, y mucho menos la falda gris a juego con la chaqueta también gris, como ratoncitos gemelos; mejor sería una falda negra y una blusa blanca, pero ni hablar, uniforme de colegiala, y además, para qué airear el armario, si ya desde antes de dormirse ayer bien se sabía que Sonia pasaría el día de amarillo y azul, eso si deja de llover; el hombre delgado la mirará de nuevo con ternura y contará cosas divertidas, moviendo mucho las manos amigables, y eso sí, si no está demasiado arrugado.

Pero lo estaba. Sonia sacó rápidamente de debajo de la cama la plancha que se había traído de la lavandería, el panecillo, tras un blando vuelo, aterrizó en la colcha entre la chaqueta y la blusa, y la lengua de gato de Sonia se puso a lamer la mermelada del platito aun antes de que el señor Jan, llamado desde la portería contigua para enviarlo a las calderas, pasara muy ufano y con un corazón encendido en el fondo del cubo que calentó la habitación entera mientras Sonia planchaba su vestido favorito y aclaraba el cielo: ahora sí que podía empezar a silbar y mirarse en el espejo. «Ya te pasó una vez», le dijo seguramente su doble, riéndose como una tonta, sólo que el caballero no vino a la cita y el día entero se hundió en el champán

puesto a enfriar demasiado pronto, y los pendientes nuevos se hundieron, furiosos, en el fondo del acuario; pero era de comprender, pues era tan apuesto, alto y americano como por desgracia nadie más en este condenado país. El carmín dejó en el vaso de té una huella roja, y se confundió con el panecillo de tal manera que Sonia hasta se atragantó y volvió disciplinadamente al espejo a volver a pintar lo comido, a colorear lo humedecido pero quizá también sediento. El señor Jan la estaba esperando pacientemente a la entrada, hurgando en una cerradura rota.

Esos cinco minutos de charla sobre las novedades tworkianas, que si Goethe le había dado un bofetón a Bismarck porque éste había vuelto a hurtarle un purito, que si Cleopatra ayer había vuelto a salir del pabellón sin bragas, las pesquisas de dónde había pasado Kaltz la noche y qué se dijo ayer en Radio Londres, los tenía contados Sonia en el guión de las salidas matutinas, igual que las reverencias y los cortos intercambios de cumplidos por cortesías de la avenida principal. Esta vez, Rubens alabó los colores de su vestido y la correcta colocación de los pies gracias al magnífico trabajo de las rodillas, y Durero apreció el maquillaje, aun más cuidado que de costumbre. Les dio las gracias con una sonrisa, deseándoles un buen día, y sobre todo un buen almuerzo, y entre las hileras de saludos y cordiales buenos días llegó a la puerta principal.

En el andén de Tworki, los charcos reflejaban un cielo ya casi sereno y el paraguas dejó caer, mudo, sus últimas gotas minúsculas en su mar rojo. Aparte de Jurek no hubo quien saltara, pero tampoco quien saliera, del tren, y reinaba el silencio que precede a un concierto. Y es que sí, algo estaba empezando a gimotear y sollozar bajo la marquesina, era el mismo mendigo de ayer, que ya estaba tocando el violín, sobre todo las cuerdas bajas. «No se presenta nada mal —pensó Jurek—. Paraguas rojo, sonata, camisa sin corbata». Nada más que ella le estuviera esperando.

Esperándole estaba, era difícil de imaginar, pero Jurek, antes de dormirse, lo había conseguido; le estaba esperando ante el portón de entrada, charlando con el guardia, por fin firme como un pino antes de la tala.

—Vaya un paraguas que llevas —rió—; menos mal que ya no llueve.

—Paraguas rojo, sonata... —empezó animoso Jurek, pero se detuvo ante la mirada azul del guarda.

—Éste es Johann —dijo—. Imagínate, antes de la guerra vivía en Baden-Baden.

Tras el primer Baden, Johann sonrió levemente y se alejó hacia atrás los dos pasos reglamentarios.

Entraron. Jurek dio unos alegres golpecitos en la reja y esperó a que Sonia se diera la vuelta.

—El destino así lo ha querido... —dijo bajito, mirándola directamente a los sorprendidos ojos— seré contable.

—Todavía nos queda un cuarto de hora, ven, te voy a enseñar una cosa.

Dejaron atrás el edificio de la administración y se adentraron en la avenida que discurría junto a la valla. Tras el sexto abedul, Sonia giró de pronto a la izquierda y se

lanzó por entre las altas ramas de un enebro. Cuando empezó a mecerse el columpio, Jurek todavía estaba corriendo. Allí en lo alto, junto a las copas de los árboles, se oscurecían las suelas *beige* claro, y el vestido azul y amarillo de Sonia parecía más atrevido y colorido que bien cosido. Al bajar, se fundían sus colores en las lentes del miope, y al subir, las suelas *beige* le pasaban bajo la nariz a Jurek como micrófonos impacientes con soportes alargados y delgados. Entonces dijo Jurek:

—Hoy también va a hacer calor, a pesar de la lluvia de por la mañana. Qué tiempo tan bueno hace este año. Parece agosto. Hace tiempo que no veía un cielo tan azul.

El columpio disparó bajo el azul y se quedó colgado un cuarto de segundo, de manera que Sonia parecía inalcanzable, y por eso en extremo femenina. Lo mejor sería empezar a besar por la oreja y el cuello, y luego bajar, con el columpio, a eso de un metro del suelo. De momento se puede recordar esto y aquello del cisne en su balanceo y la belleza que no se puede alcanzar o retener, a no ser que ella misma así lo quiera.

—No es por jactarme, pero es que de verdad tenemos un mes de marzo muy bonito este año —dijo Jurek desde abajo, y arrugó el sombrero al quitárselo sin donaire—. Por no hablar de los cisnes.

Sonia se lanzó, estiró el cuello, meció la cabeza a contrarritmo del columpio y cogió más impulso, apretando la mano izquierda sobre aquello que a Jurek no se le había venido a la cabeza, pero que sin embargo también estaba volando. «No sé yo si podré atraparla, porque no está en la tierra —así lo sintió por primera vez—, se columpia demasiado alto, y quizá es demasiado morena para mi piel, tan blanca». Más tranquilo ya, se caló el sombrero y terminó de abotonarse el abrigo junto al abedul, custodio del blanco.

Incluso así de claro y de pálido, no estaba nada mal en el arco que formaba su tronco, así, mirándolo desde arriba, desde abajo y luego otra vez desde arriba. Tenía las manos en los bolsillos y la hebilla del cinturón, justo en el centro de Jurek, lo dividía en dos partes iguales, como la cesura de un buen verso. A la derecha, allí donde se acababa Jurek y estaba la rima, el abrigo le llegaba en línea recta hasta el dobladillo de los pantalones. El dobladillo, del que habría que hablar largo y tendido, se dejaba caer amplio sobre los zapatos, así desde lejos como que no muy de cuero y estrechos. Pero sobre todo tenía una buena caída: formaba una ola díscola, medida por el sastre afinando hasta el último centímetro, que transmitía un anuncio de la grandeza que se escondía bajo la tela cortada a medida. Más arriba, cuatro botones sobre la hebilla, el cuello medio levantado se bifurcaba en dos como es natural, mostrando ante el bosque de pie y la mujer suspendida en el aire la barbilla no demasiado firme, pero recién rociada con agua de colonia, los labios ligeramente apretados, como para ser americanos, un poco finos, la nariz más bien de las grandes y las orejas de las muy grandes, ideales para tenerlas debajo del sombrero, que era lo único más oscuro que el abedul. Como *gangster*, había matado Jerzy así, a simple

vista, a más de uno; como Rodolfo de los valentinos seguramente no tenía mucho que le pesara en la conciencia, y como él mismo en este momento no pesaba ni importaba más de lo que estaba a la vista.

—Estás muy guapo visto desde aquí arriba —dijo Sonia, colocándose de un saltito en el sendero y mirándolo con atención—. El abrigo te queda muy bien y el sombrero, verdaderamente *prima sort* [de primera calidad]. Y mi glorieta, ¿te gusta? Bueno, de glorieta no tiene más que el columpio y aquel banquito de debajo de los abedules. Vengo a menudo, cuando un momento libre tengo. Antes de empezar a trabajar también, porque muy pronto me levanto. Pero no te rías. ¿Me prometes que no te vas a reír?

De rodillas habría resultado más sincero y más adecuado, pero se lo juró desde el banquito.

—Es que sabes, Jurek, me gusta mucho columpiarme. Desde pequeña. En el jardín de la casa que teníamos cerca del mar había un columpio. Podías llegar muy arriba, papá puso unas cuerdas especiales, muy gruesas.

—¿Por qué te gusta tanto columpiarte? —preguntó Jurek con el dedo meñique de la mano derecha en el codo de Sonia.

—No hay que andar. Qué sé yo...

—¿Cómo ha llegado hasta aquí este columpio? —El dedo se retiró, pero sólo un poco.

—Lo colocó un paciente... aquel que ayer estaba contigo... escribió un poema de gente columpiándose y me lo leyó, un poco raro, pero decía que sí, que era un poema. Y una cosa llevó a la otra. Lo más difícil fue lo de la escalera, por suerte Rubens me ayudó a traerla y se cuidó muy mucho de que no se cayera. No sabía si reírme o si llorar, pues estaba aguantando la escalera, tambaleándose, y repetía: «Ahora, mismo, imbécil, vas a salir disparado».

Ahora Jurek se puso serio.

—¿No te has planteado nunca qué poco sitio hay para la bondad en este mundo? Qué fenómeno tan raro entre la gente es la persona. Una persona que tenga alma. Y el alma es cabeza y corazón. Sobre todo, Sonia, corazón. El corazón.

Sonia asintió mientras se fijaba en el dobladillo con más detenimiento. Le quedaban muy bien, en verdad a la americana, incluso así, sentado con una pierna sobre la otra y con los primeros rayos del sol en las gruesas gafas.

—En verdad que pocos tienen lo uno y lo otro. Pero es sólo la unión de ambos componentes, en la debida armonía, lo que nos da aquello que llamamos la cultura anímica, crea un individuo verdaderamente magnífico y grandioso. El lema de un individuo así es olvidarse de sí mismo, pero sin perderse a sí mismo. Olvidarse de sí mismo, es decir, encontrar ese enorme eje particular en el que está uno colgado y sobre el que se mueve y gira nuestra vida. Pero no perderse, es decir, ser fiel a sí mismo en la línea de la vida, ser fiel al ideal que se... se... se... sigue.

Sonia volvió a asentir.

—Pues hay que ver lo profundo que está Jurek en su primer día de trabajo —añadió poco después, arrugando la nariz con una cara divertida, que hizo que los agujeros de las mejillas se le rellenaran un momento y sólo después pudieran volver a gustar y encajar perfectamente tanto en la cara como en los sueños de Jurek, en el deseo de Jurek y en este momento en su silencio. Por fin Jurek también se echó a reír, posando otro dedo más en el codo de Sonia.

—Primer día de trabajo, segundo de éxtasis. Sonia provoca oleadas de ascesis. Sabes, es que me gustaría hablar contigo de todo, pero de todo, contarte tantas cosas.

Sonia se echó a reír y miró el reloj, exactamente igual que ayer.

—Tenemos que irnos —Jurek prefirió ser el primero en suspirar—. Seguro que ya tenemos que irnos.

Un poco después, Sonia ya estaba llevando a Jurek por todos los puntos importantes, lo colocó ante la mirada de firmes y las reverencias de bienvenida de los que desde tan temprano estaban resplandecientes y tan temprano, fatigados, como corresponde a la clase obrera, y finalmente le puso tras el escritorio con la primera evidencia, que, la verdad, para Jurek no era nada evidente. Y cuando de pronto, como un esperado monzón, llegó la hora de comer trayéndoles a los sedientos su húmeda sopa de legumbres y las *kartoffeln* en salsa alrededor del medio pseudofilete, puso ante Jurek la montaña de escudillas de los empleados, le desveló el misterio según el cual el fondo vence a la superficie y ella misma le sirvió hasta los bordes del primer plato, dejándole el servicio del segundo recipiente al interesado, cada vez más agradecido, cuán sorprendido y aun prendado y cuán todavía aniñado.

Cuando, tras el fin de su primera jornada, marcada por el bing bang del reloj y el carpetazo brusco de la libreta alemana de Quick, sorprendido y prendado salió del edificio directamente a un claro de sol, andando inseguro, guiñando los ojos física y psíquicamente, Sonia ya lo estaba esperando ante el portón, entornado como el interior de una metáfora. «Ella y yo como dos bolas a toda velocidad por el espacio abierto del tiempo —pensó—, ella y yo como una eternidad liberada de su trabajo, una pareja desconocida de protagonistas felizmente unidos en el último verso del soneto».

—Si quieres, te puedo enseñar los alrededores, ya que un día tan bonito hace —le dijo Sonia y empezó a andar delante de él, a un paso demasiado rápido para permitir nuevas comparaciones. Iban andando en dirección a Pruszków por el camino adoquinado y entre casas bajas que se parecían entre sí; el abrigo de Jurek, hinchado de valor por el viento.

—Razón tenía el poeta —empezó *in medias res* en dirección al vestido que ondeaba ante él ya amarillo, ya azul—, razón tenía cuando decía que las mujeres son capaces de despertar en nosotros los sentimientos más sublimes y que a menudo son el desencadenante invisible de hechos que precisan de un cúmulo inusual de fuerzas. Y sobre todo...

Sonia torció bruscamente a la izquierda, en dirección a Komorów, y echó a correr

por el estrecho camino que discurría entre los bosques dormidos. Por un momento anduvieron en fila india Sonia, las palabras de Jurek y finalmente el propio Jurek, hasta que por fin se abrió ante ellos el campo, soleado, de Kopry.

—Qué bonito es esto —dijo Jurek, sofocado, aún recobrando el aliento mientras que Sonia ya respiraba acompasadamente—. Sobre todo contigo delante.

Sonia estaba de pie ante el enebro, mirando hacia el horizonte, que se oscurecía lentamente. La rubia cascada perdía brillo conforme la luz se iba apagando, pero ganaba fortaleza de forma innegable junto a los fluidos ojos, clavados en lo más lejano del horizonte.

—Me gustaría saber describirlo. O mejor, pintarlo. Hacerte un retrato. El enebro verde oscuro y tu figura.

—A mí también me gusta pintar. Pero en realidad dibujar con lápices es lo que más me gusta.

—Yo, si fuera pintor, pintaría sólo gente. Retratos. Así, de pie. Pero en dibujo apenas sacaba siempre un cinco. Tampoco con las rayas del cuaderno me las arreglaba muy bien. Mi pobre madre tenía que ayudarme, porque no me salían rectas las líneas, se me torcían siempre.

—Y, ¿por qué sólo gente? —preguntó Sonia, y por lo ronco de su voz la pregunta le pareció a Jurek importante, y sintió que también él por dentro iba cobrando importancia.

—No sé, cuando se pinta gente pasa algo bueno. Las caras son tan ricas... como si no se terminaran nunca. Hasta pena da que no duren. Por eso, cuando leo, nunca me salto las descripciones. Los cuerpos, dentro de la ropa, están tan cuidados que dan ganas de vivir para siempre. Como ahora contigo, en este banco.

Dieron una vuelta a ritmo lento por el claro del bosque y Sonia le mostró cómo se llegaba hasta las vías atravesándolo. El silbido del tren se extendió en un triple eco y se colaba por entre los árboles como un hilo mágico, casi invisible.

—Y también me gusta mucho ir al cinematógrafo —le dijo Sonia, encontrándose directamente con los ojos entornados de Jurek—. Y mucho más si la acción transcurre en América.

—Cuando termine la guerra iremos cada día a ver una película distinta, ¿quieres?

—Sí, claro —Sonia volvió a arrugar la nariz de una manera graciosa, y ahora le estaba señalando el atajo por el que volverían a Tworki. Jurek no se movió, que ni hablar, y se estuvo resistiendo bastante rato mientras Sonia le tiraba con fuerza de la manga, hasta que por fin en el abrigo algo crujió, como una advertencia. De nuevo andaban rápido; Sonia, como siempre, iba delante, y Jurek avanzaba a grandes pasos para seguirle el ritmo y para poder proponerle algo para más adelante, para después del cine. En los pabellones ya estaban encendidas las primeras luces, y Sonia le explicó en qué puertas del comedor se recogía la cena. Otra vez le sirvió en la escudilla la misma sopa y se echó a reír al verlo soplar, aprensivo (ésta es, querida Sonia, una de las turbulencias de la historia), cada cucharada, y cuando Jurek hubo

dado buena cuenta del primer plato, Sonia se apresuró a pedir que le sirvieran un poco más.

«Así es Sonia, así podría ser todo el mundo», pensó Jurek con cada bocado, absorto por el método de succión y prolongada masticación, cara a la galería poco amable, pero para las vísceras, en general, saludable. «Así es Sonia», se fue repitiendo durante los días siguientes, días de vacas flacas, pues ya hasta el medio filete faltaba y la sopa se había ido aguando, aunque siguió alimentándose de la diferencia entre el ser agraciado de Sonia, la hermosa forma de Sonia y la coincidencia injustificada de meridianos y paralelos. «Si se pudiera acercar el mundo a Sonia, sacar de él lo mejor, como el arroz de la sopa, como aquel trozo de pera de la salsa», soñaba ensimismado con el reflejo de su propia mejilla en la escudilla rebañada con el pan (de masa francesa, Sonia querida, a pesar de la maldita línea Maginot), si pudiera concentrar sus cuatro costados en torno a su mesa o cuando le está esperando a él en el portón, le conduce por los edificios y va cautivando a la gente con una sonrisa, ¿no sería eso la felicidad? Pero como hasta ahora le había ido tan bien en el despacho y en el aprovisionamiento, con los nuestros cercano, con los otros cordial, al fin de la primera semana echó mano de la pluma y con su hermosa caligrafía redactó una invitación para el domingo, para una fiesta de mayo algo adelantada que tenía por objeto que Sonia conociera un mejor *imago mundi* representado, en una vestimenta mejor que la de diario, por todos los magníficos: Olek, nombre de guerra Cañón, Stefek, nombre de guerra Comino, su propio hermano Witek, nombre de guerra Hoz, y Henka, nombre de guerra Letras, que disparar no disparaba muy bien, pero se leía los libros de cabo a rabo y, al igual que Jurek, nombre de guerra Sílabas, sin saltarse las descripciones.

«El primer amor, querida Danuta —se puso a escribir Jurek el sábado por la noche al no encontrar a Sonia en ninguna parte, ni siquiera en la glorieta; por lo que sacó la camisa para el día siguiente y los zapatos para variar, y a lo que le dio bastantes vueltas fue a lo de la corbata—, el primer amor, tema favorito de cantantes, ensayistas y de todo aquel que deja a la humanidad su legado inmortal y de monumentales obras de arte, tiene dentro de sí tanto de sentimiento, a veces una inocencia infantil, que su recuerdo se guarda largamente en el corazón. Casi todos pasan por el periodo de lo que llamamos el primer amor. El mundo se nos antoja entonces hermoso, las flores huelen mejor, el aire que se respira tiene otro sabor. Hasta la sombra de un roble consigue despertar la nostalgia y pensamientos cálidos, tiernos. Por las venas ya no corre la sangre de antes, sino que se mueven por ellas torrentes día y noche, un torrente cantarín, espumoso. Los días pasan alegres, como un corro de muchachas risueñas, cada una de las cuales lleva un cesto lleno hasta los topes de alegría. Salve, oh, encantadores días del primer amor».

Y aunque sí, a Jurek el arroyo se le rebotó de espuma por la noche ante los ojos del pingüino, las primeras luces de la mañana del domingo lo encontraron ya afeitado, aseado y al final con la corbata. La sombra del roble que tenía debajo de la ventana consiguió de nuevo despertarlo y Jurek, haciendo acopio de valor, se encaminó, con un paso demasiado lento para los pensamientos de la noche anterior, hacia el pabellón B. Por más que el toc toc fuera un golpe en la puerta y el gutural «Soy yo, Jurek», un saludo, Sonia no oyó más que unos roces y un murmullo. Aun así abrió, la bata era azul cielo y con mucho escote, el cisne echó a volar de nuevo. Miró furtivamente al reloj cuando Jurek dijo algo de una misa matutina juntos los dos, o bueno, los tres, contando al espíritu santo, en la capilla de Tworki, pero los ojos, renegridos como la sombra del roble, le decían que era mejor que hoy rezara solo.

Se encontraron ya en la puerta. Los magníficos habían llegado en tren a las once, colándose por la puerta principal con la multitud que venía de visita y perdonándole la vida por esta vez al guardia. Lucía un sol neutral, ecuánime con todas las pieles y colores, y ya estaba recibéndolos, con el almíbar del día anterior y con alguien que llevaba un vestido amarillo y azul, Jurek, que había ya repartido los huesos de cereza de manera equitativa entre los tarros de mermelada; junto al río prometido en la carta que le había escrito a los chicos temblaba ya la pradera, deseosa de recibir las primeras patadas y robinsonadas de victoria, que la pelota no cayera al agua y no se llevara la corriente los mejores años.

—Y es que, querida Sonia, estos chicos son jugadores de primera. —Junto con el almíbar, iba vertiendo Jurek más o menos de manera equitativa información sobre los magníficos—. Los chicos disparan y pasan la pelota como pocos, dan patadas mejor

que los de la Gestapo a uno en el suelo, y Olek Cabeza Dura da pases de cabeza como un raro ejemplar de Einstein. En su momento, es decir, también en el nuestro, delantero del Varsovia y de los de las camisetas negras, incluso futuro titular de la selección polaca si Polonia no hubiera estado tan interesada en el corredor y, aquí una pequeña pulla para ti, Sonia, en poder tener acceso a ti, es decir, al mar. Además, Olek es muy alto y muy delgado. Tiene los rasgos de la cara muy delicados, aunque es ágil, suelto, desenvuelto. Siempre va muy bien vestido, es amable con todos, sereno hasta el límite. Pareciera que nada puede hacerle perder los nervios. Sabe resolver cualquier asunto, es muy listo de nacimiento, se las arregla bien en todo, a todos los contratiempos les encuentra solución. Como amigo mío, goza del favor de las damas. Pero comoquiera que al relacionarse con ellas no pasa de la simple amabilidad, se ha ganado entre algunas fama de engreído. Pero, créeme, Sonia, que esta fama es injusta: en el fondo, nadie lo conoce mejor que yo. Me unen a él desde la más tierna infancia los lazos duraderos e irrompibles de la amistad verdadera.

Al ver a Jurek, los magníficos gesticularon alegres en señal de saludo, y a sus brazos abiertos para darles la bienvenida lanzaron una pelota no de trapo, sino de las de verdad, de cuero, y, al mismo tiempo que cayó ésta al suelo, empezaron también a caer en las orejas de Jurek, visiblemente ruborizadas, también varios chistes sin duda adecuados al sitio, la situación y la torpeza del poeta, si no fuera por la presencia de la silueta de Sonia, la presencia del porte de Sonia, la presencia de las formas de Sonia, y de esa risa, de esa risa. Se llevaron a cabo las presentaciones, se dieron los nombres, manteniendo los de guerra incógnitos, se pasó revista al cuarto de Jurek, elogiando tanto el pingüino como el roble frente a la ventana y, por fin, con el paso lento de la gente en su sano juicio en un domingo apacible se dirigieron, abriéndose paso entre un grupito de napoleones parlanchines que estaba ante el portón, directamente al río.

Y estaban juntos, y eran seis, cuando se pusieron a observar los peces de agua dulce desde el puente y dejaron caer a la corriente ramitas y trocitos de madera, a ver cuál iba primero, y eran seis cuando se pusieron a agitar los brazos como condenados para animar al molino en su trabajo y pasaron volando como pájaros sobre la molienda, y eran seis los que volvieron, para variar, por la otra orilla del río y se repartieron los bocadillos, qué pena que sin jamón, pero a cambio con muchísimo queso extragrasso que no degustará ya hoy ningún Napoleón ni ningún Newton, y seguían siendo seis al ponerse a entrelazar relatos sobre las delicias gastronómicas de los tiempos de paz, empezando por el milagro unánimemente aclamado como el mayor de todos, es decir, el fantástico salmón con un ramito de primicias y salsa Lanckoroński con un toque de jerez del Algarve, obra de la abuela de Sonia, que Dios la tenga en la gloria, con una copita de vino Mosela, hasta el milagro postrero: los huevos revueltos con cebolla y beicon de los hermanos Jurek y Witek, pero eran sólo cinco cuando empezó el partido en medio de la pradera, eran cinco solamente cuando hubo que remangarse los dobladillos de los pantalones, colocarse las gafas, eso Jurek,

o escupir con gallardía, eso el resto, y mostrar la fuerza del ataque polaco y de la defensa polaca.

La sexta persona se apoyó cómodamente en el árbol, entrechocó dos tazas y dio comienzo el partido con los troncos de abedul como portería entre Olek y los elegidos del resto del mundo, el mejor, ciertamente, de los posibles. Tantas estrellas hay en el cielo, tantas veces se recibió y pasó el balón, tantos granos como hay en un campo de trigo, tantos pases de cabeza, de pie y de voleo se dieron, y tantas como hay cáscaras en el salvado, tantas veces se comió falta. Y he aquí que el balón lo tomó Olek, le dio con la pierna izquierda, lo lanzó hacia arriba, recogéndolo en el pecho abierto, y cuando caía ya al suelo lo levantó con un hábil golpe de rodilla, lo lanzó por encima de la cabeza de Witek a las nubes y ahora ya debajo de la pelota se pasó a sí mismo por uno de los lados, pero sin que fuera ningún obstáculo el cuerpo vuelto de Staszek, que chutaba casi como la mujer de Lot, paró el balón mejor que el mismísimo Aquiles, con el balón corrió hacia el amigo Heniek, aunque no tenía ni por qué correr, hizo una finta por la izquierda, dejando a Henia la Gran Odalisca tumbada a un lado mostrando la pantorrilla desnuda y siguió adelante como alma que lleva el diablo, pero no era su alma la que estaba en juego, la de quién será, quién lo adivina, Sonia se dio cuenta en seguida, la de Jerzy-San Jorge, que llevaba luchando desde que empezara el día contra un terrible dragón, por desgracia, en contra de la leyenda, abatido por un dragonil golpe de antebrazo, ya en el marcador y en la tierra mientras la pelota seguía adelante, como es natural sin que importe el ordinal de la guerra hasta la mismísima portería, hasta el lugar donde se confirma la supremacía de unos y la miseria de otros.

Uno a cero todavía no es para tanto, no es más que la primera indirecta, el primer gusano en el celestial estado del empate, porque la victoria ya ni soñarla, uno a cero, todavía es como un trueno antes del aguacero, mantengamos, pues, caballeros, el ritmo, démosle la vuelta al marcador y haciendo juego de equipo, caballeros, Heniek a Witek, Witek a Stefek, Stefek rápido a Jurek, Jurek, qué se le va a hacer, a Olek, vamos a darle caña al mejor y calmar los nervios de la bella. Hicieron pues los caballeros —a ojos de la bella, más bien muchachos— lo que pudieron, podían hacer lo que hicieron, defendiendo a muerte la portería haciendo la tradicional peña, extendiendo el juego al extremo y haciendo pases largos con mala intención, saques e invasiones, pero ya era demasiado tarde pues el marcador iba en crecida, obstinado como el río Bug a su paso por Brok, como el Pérdida en primavera ante Tworki, ya que Olek Pierna Fuerte, Olek Cabeza Lista, Hábil Pierna, y si hace falta, también mano y codo, Olek, jugador en plantilla del Varsovia y del club de los casacas negras se volvió loco, invirtiendo en esta locura todo su talento, su conocimiento de la primera división y de la psicología femenina y todo su futuro. Hasta un ciego se hubiera dado cuenta, así que Jurek seguramente también advirtió que lo que estaba en juego no era un gol, que alguien aquí estaba matando dos pájaros de un tiro, y hasta que en la tribuna había risas, admiración, aplausos y un rubor demasiado sano en las

mejillas. Y es hermoso que Jurek haya luchado hasta el final en su Termopilas particular, al diablo con los pantalones limpios hasta tal punto que aceleraba, frenaba, se escapaba con el balón, se retorció y daba vueltas, saltaba y bloqueaba, lanzaba el balón al aire y por tierra, se colocaba las gafas como una piedra caída, aunque sabía que no se podía hacer nada, que ya no se le podía dar la vuelta al marcador y que lo más que restaba era rezar por un descanso.

Alguien escuchó sus plegarias, seguro que le tocaba pitar ahora a árbitro comprado, y Jurek se tumbó con placer sobre el abrigo en posición de eterno ahora. Al lado, los caballeros bebían almíbar de cereza y escupían discretamente los huesos en la palma de la mano con los cuatro dedos cubriendo al pulgar en gesto de victoria, Sonia le presenta el cuello al sol y el sol lo acepta, y los caballeros le cuentan a Sonia de los goles que Olek le marcó al Cracovia en la copa polaca, un aire de felicidad circula en el cálido ambiente.

Pero cómo felicitar, cómo alegrarse de la suerte del hermano y ponerse a su disposición cuando se acaban de escupir los últimos huesos y se anuncia el fin del descanso. En el club de la afición alguien se arregló el cabello con discreción y se mojó los labios, y los equipos volvieron a salir al campo. Jurek se paró a fijarse con desesperación en Olek, que ya estaba pasando el balón, y luego en sus propias piernas, torpes como un verso, esta vez sin cesura, y por último en sus propias ocurrencias, Jurek Celestino Gafe de los Finos como un verso de trece sílabas. Pero de qué sorprenderse, si es que el delantero profesional, y además mejor amigo de la escuela, estaba guapísimo y no tenía nada de qué avergonzarse la amada ciudad de Varsovia, ni mucho menos Wola, el mejor de sus barrios. Había tanto zafiro en sus ojos como mar necesita una mujer, en esos brazos de venas gruesas podía llevar a cualquier niño que se quisiera ser, y dando tirones a ese cabello rubio y espeso podía romperse más de una uña roja. Además, la mandíbula fuerte y la boca a la que, de acercarse, mejor hacerlo mucho, la camisa blanca sudada y abierta aún de manera inocente, además de, claro, las pantorrillas, tan esbeltas y musculosas que para qué los pantalones. «Para qué nada», pensó Jurek, deslizándose con tanta fuerza contra Olek, atacante, que éste aullando se agarró la rodilla y marcó un gol sin ningún placer, cuatro contra uno y cero a cuatro, qué vergüenza. Pero cuatro lobos apaleados son suficientes para cualquiera, así que la hinchada los miró a la cara y bostezó a escondidas, así que Olek desvió el balón hacia unos arbustos y el resto de los magníficos anunciaron por su propia cuenta el merecido armisticio. Jurek se fue a sacar la pelota de detrás de un enebro, la colocó ceremonioso a los pies de Sonia y sonrió por fin.

Tumbados y sentados, con la frente al sol, la conversación volvió a fluir. Y se habló de las chicas que están en las ventanas mientras los soldados marchan, de tacones rojos, de Greta y de Rodolfo juntos y por separado, pero mucho mejor juntos, de montañas mágicas y de cumbres blancas, de la península vista desde la bahía y desde el mar, que sólo Sonia conocía, y de una arena más limpia que las lágrimas, de

las balandras que volvían de la pesca y de sus hermanos los girasoles amarillos, de una casita blanca, de las vacaciones a orillas del Świder, de los placeres simples de la vida. Y al final, cuando ya se hubieron callado todas las bocas, y se abrazaban los abrigos, Jurek, a petición del victorioso Aleksander, improvisó sobre un tema cualquiera para aclararse la voz y empezó a declamar, no sólo para Olek, en alejandrinos:

Plantadle cara al miedo, amigos míos caros,
nada habrán de enseñarnos sus fatales palabras,
unamos nuestros hombros como rimas alternas,
pues hablamos en verso, y la muerte sólo es cháchara.

—Otro —aclamaron todos los magníficos—, ahora otro, Jurek, de Sonia. —Sonia se sonrojó, pero le animó bajito.

—Venga, Jurek, improvisa algo sobre Sonia.

Jurek asintió gravemente, se arrebujo en el cuello del abrigo y se puso a pensar. Mientras tanto, Stefek el Acróbata se puso cabeza abajo; el punto fuerte de Witek era la imitación: se puso a cacarear y luego a ladrar con una voz que no era la suya; el Prestidigitador de Olek hizo ese truco de encender una cerillas y hacer que otras cuatro humeen; lo único que sabía hacer Heniek era mover las orejas. Sonia rió las mañas, incluso cuando Olek le quemó los talones, le ladró a Henia en el oído como *Azor*, el perro de los Baskerville, y a Witek lo miró con cariño, pero a Jurek, cuando volvió a aclararse la voz, se le quedó mirando extasiada. Así que, instante, haz el favor de durar:

Pitis era una dama, así nos dicen los griegos,
yo soy hombre, poco avezado y miope sempiterno
más aquí algo está tan claro que lo vería hasta un ciego
su sonrojo y su mirada le hablan ya de amor eterno.

En la audiencia se hizo el silencio, un silencio sepulcral, como suele decirse, un silencio que les cedió amablemente el turno a los pájaros, al leve murmullo del río, con los pronunciados crujidos de los árboles, y al chucuchú del tren de Podkowa, cada vez más cerca, y cada vez más lleno, hasta que, de la emoción, les empezaron a latir las sienas y a hacerles cosquillas las venas de las muñecas. El sol se estaba inclinando ya hacia el poniente; decidieron volver. Iban por el camino de dos en dos, Olek le iba susurrando algo a Sonia, tan bajito como seguido; Witek, que andaba junto a Jurek y le acompañaba fraternalmente en su silencio, iba recogiendo el balón cuando a su hermano se le escapaba de las manos. «Menos mal que está el toque de queda», pensó Jurek, golpeando con la mano la pelota, que era más pesada que las patadas, y levantando mucho los pies con cuidado, para evitar (Dios no lo quiera) arrastrar los pies, qué maravilloso sería, Dios mío, estar a orillas de este río, junto a las vías y por la noche en el cuarto, pero qué se le va a hacer, el de vizconde también es un hermoso título, con tal de salir vivo de esta guerra, con tal de no perder el tren

adecuado.

El chucuchú de Podkowa acababa de llegar justo en el momento en que pusieron los pies en el andén. Los magníficos apretaron largamente la mano de Sonia y le dieron palmadas al autor y futbolista Jurek, y uno de ellos incluso le besó en las mejillas prometiéndole que volvería justo dentro de tres semanas, cuando regresara de ya se sabe dónde. Al tren se subieron cuando estaba ya en marcha, y Olek tiró rápidamente de Heniek, que no conseguía encaramarse él solo al tren desde la escalerilla. El último vagón tardó en perderse de vista desde la perspectiva de Tworki, tardaron en aparecer las casas de al lado de las vías, los álamos de guardia, y por fin Sonia fue bajando la mirada hasta el suelo para posar la vista en la misma piedrecita que Jurek.

—Ha sido fantástico, creo que unos amigos realmente magníficos tienes —dijo, extendiendo el brazo inesperadamente hacia Jurek. La piedra seguía en el suelo, pero el hombre ya estaba apretando esos dedos tostados, esos estilizados cartílagos que le llevaban directamente a la muñeca, y esas uñas de color carmín, y de pronto ¡zas!, ya lo estaba besando todo, anillo incluido.

—Tengo que a descansar ya irme. —Sonia sonrió, como triste, y miró el reloj—. Muchas gracias por todo.

Se perdió en el paseo, se perdió en el paseo, y Jurek pudo ya ir arrastrando los pies a gusto pasados los parterres siguientes, hasta que por fin, cansado y todavía sudado, con los zapatos tan llenos de polvo que daba vergüenza, se sentó en un banco. Debió de dar alguna que otra cabezada, porque tardó en percatarse de la presencia de Antiplatón, que estaba acurrucado a su lado. Llevaba puesto el mismo pijama, los calcetines agujereados con las sandalias destrozadas y, ya cómodamente sentado, miró a Jurek a los ojos con lo que parecía curiosidad.

—Qué tendrá hoy tan pensativo al señor contable... Y además, ¿dónde está el resto de la grata compañía?

—Por ahí —se encogió Jurek, pero en seguida se dio cuenta de que necesitaba hablar con alguien.

—Solo, ¿verdad?

—Solo, así es la vida —Jurek sonrió con amargura y se acordó de uno de los gestos de Sonia, la mano sobre la mejilla, como ensimismada al ver a Olek meter un gol.

—Pues a mí, maldita sea, me han mandado a borrar eso —rezongó Antiplatón—. ¿Ve usted, señor contable, en este muro, éste que está detrás de nosotros, semejante tontería? Que fui yo quien lo escribió. ¡Menudos idiotas! ¡Manada de cretinos! Y con agua sola no se va, haría falta jabón, o algo. O me voy a hacer polvo.

«Os lo digo en pocas letras, sacad de mi jardín las jetas», fue leyendo Jurek para sí, volviendo la cabeza con desgana.

—Esto es cosa de Voltaire, seguro.

—Claro. Yo mismo lo vi esconder la pintura debajo del jergón. Y ellos que no,

que fui yo, que en Tworki soy el único que escribe. Vaya imbéciles, imagínese usted, para empezar y principalmente, yo nunca escribo con rima. Y cuando me da por escribir algo, ni me meto con nadie ni hago alusión a nadie, porque nunca cuento nada directamente... «En falta de un referente común da vueltas, desprendido, el eje de la Tierra | he aquí el busto del mundo sin pechos de madre hasta el amanecer, hasta el amanecer | antropos en un columpio sedentario desenrolla un cantar disperso, un cantar disperso...». Así empieza mi última obra. También trata de la soledad, el amor y el abandono. Y de que lo que una vez se escribe es ya para siempre abstraído y luego solamente repetido. Y que los puntos son ballenas blancas en el mar fundido de lo archihumano y lo sucedido.

—¿Cómo?

—La obra se titula *Palimpuesto*.

—Ah —suspiró Jurek, aliviado—. Pues, sinceramente, tampoco el título es que me convenza mucho.

—Quizá lo cambie —murmuró Antiplatón y se puso como un tomate—. Pero ¿qué es lo que tiene de malo?

—¿Qué clase de palabra es ésa? Un palimpsesto, eso todavía lo entiendo, una tablilla sobre la que se podía borrar todo y volverlo a escribir, formando un buen lío, pero ¿palimpuesto, dice? Más bien será un manifiesto, nadie sabrá qué es esto —rió Jurek—. Descompuesto. Peripuesto e indispuesto. Opuesto a lo propuesto. Oyéndolo me quedo sobre todo... je, je, bien traspuesto.

—*Palimpuesto*, señor contable, porque la existencia se ha convertido en una frase establecida de antemano y sin inspiración, retorcida y prestada. Un impulso sin pulso, eco del eco que gotea, que gotea. ¿Lo pilla usted?

—Pues no del todo. Más bien no.

—Pues vea usted, señor contabilizador y suministrador, sólo con que pudiera no volver a escucharlo, me curaría.

—Y dale. ¿Escuchar el qué?

—¿No lo oye usted, señor chupatintas?

—No —bufó Jurek.

—¿No oye usted un sonido terrible que grita alrededor del horizonte, esa voz que comúnmente se conoce como eco?

—No. En absoluto. Y, además, no entiendo nada de todo esto. Y por eso nadie entendería ese título, y no se haga ilusiones, nadie va a comprar, ni siquiera a leer ese libro, eso en caso de que alguien lo edite, ja, ja, si es que en ese verso sobre el director ese, al principio, ahí no hay manera, sinceramente, de saber de qué se trata y además no tiene ni pies ni cabeza. Y no se dice «por falta de», sino «a falta de», o «debido a la inexistencia» o «teniendo en cuenta la ausencia». Por ejemplo: «A falta, en ausencia, por falta de amigos empezó a escribir versos».

—¿Se puede saber qué es lo que viene usted a enseñarme, señor mocososo, caballero tenedor? ¡Si yo podría ser su padre! —gruñó Antiplatón—. No es suya,

caballero bien alimentado, la boca, ni suyas son las remolachas. Y además, caballero Jerzy sabihondo pero que bien hediondo, ¿para qué dejar huella en esta tierra? — Volvió a rezongar y se levantó, ahora ya enfadado y con la cara toda roja—. Y, ¿a asunto de qué hoy en el desayuno había tan poco queso? Se hace de noche, muy buena se la deseo.

Se marchó a paso ligero, clavando la vista en las sandalias y farfullando algo para sí. Cerca pasó, silbando y resoplando aliviado, el último tren, como si por fin se hubiera quitado el domingo de encima, y en realidad ese día ya no sucedió nada más, quitando la carta que le escribiera Jurek a Danusia, la inspección a la que Olek sometió al techo que estaba sobre la cama hasta el rosa del amanecer, los ronquidos de Witek y de Stefek y, bueno, el tardío paseo de Sonia, el paseo tardío de Sonia otra vez al río.

Qué fue lo que acertó a ver Olek tras la araña de tres brazos, qué fue lo que pensó Sonia cuando el río Pérdida brillaba como piel de serpiente, sólo lo sabe la señora Luna, pero la Luna misma acaba de asomarse por encima del hombro del apesadumbrado Jurek:

Cosas misteriosas son las cartas. Un sobre blanco, una hoja blanca de papel cubierta de signos negros: las letras. Tan poca cosa, parecería... pero no, es tantísimo. Una carta puede precipitar un alma al abismo de la desesperación o encenderla con la llama clara y cálida de la felicidad, y puede sanar al corazón con el mejor de los remedios, la esperanza. Cuando abro el sobre y saco tu carta, mis ojos se desprenden de la negrura y de toda la tristeza. Me preguntabas en tu última carta si voy por ahí rompiendo los corazones de las mujeres. Pues sí, bastante que he roto en mi vida, y con considerable frecuencia, si bien no corazones femeninos, sí la línea del enemigo con un balón de fútbol (no sé cuál de las dos cosas es más difícil), y he llegado en este deporte a conseguir progresos no del todo desdeñables. Sin embargo, en realidad no me he atrevido a jugar con los corazones de las chicas, pues considero que éste es un arte al que hay que entregarse con grandes dosis de habilidad, ya que no es difícil que el corazón se caiga al suelo, se dé un golpe y se rompa. Aunque un amigo mío asegura, convencido, que el corazón de la mujer es mucho más duro que las pelotas de fútbol (y no intentes negarlo). Por otro lado, la naturaleza es sabia y conoce el verdadero arte de pegar los pobres trozos de los corazones rotos, sobre todo cuando algún ser misericordioso, Danusia, decide ponerse manos a la obra.

Me dices, Danusia, que, en contra de la tendencia generalizada, tú no te enamoras, y que no sabes siquiera cómo se hace esto. No sabía que para enamorarse de alguien hiciera falta una habilidad especial o un amplio conocimiento. Es un sentimiento humano y llega cuando menos te lo esperas. Te parece que nunca te va a interesar y que el amor precisa también voluntad. Pero no. Un día se pondrá delante de ti... en el tranvía, en una tienda, en una avenida... y ya está. Sabrás que esa persona es la tuya. Y es entonces cuando te nace un corazón para la vida y para la muerte. Será entonces cuando todo cobre sentido. Habrás logrado tu objetivo: vivir para alguien, vivir para una persona. Una persona puede dar más que todas juntas. Nunca será verdaderamente feliz aquel que haya conseguido en la tarea que haya elegido el objetivo propuesto, ni el que haya sacrificado su vida por una idea, si no tiene a su lado a alguien para sí, cercano, que en los momentos de duda y sinsabores sepa, querida Danusia, encontrar una palabra adecuada, calmarle los nervios e inspirarle fuerzas para seguir trabajando.

En Ozorków también había caído la noche; Danusia ya estaba dormida, en el alféizar relucía discretamente la hiedra; un par de perros le aullaban a la señora Luna.

Pasó el tiempo: por fin la Luna, un par de horas más vieja, abandonó el lívido horizonte; en el *Arbeitskommando* [pelotón de trabajo] de la naturaleza brillaron los primeros rayos de sol y el rocío, disciplinado, se puso a despedir su resplandor: comenzaba una nueva semana como siete años de vacas flacas. Unas sopas aguadas fueron marcando penosa y sucesivamente los días, unos minúsculos filetes, descendencia de aquellos llorados filetes verdaderos, se fueron combinando irremisiblemente con la ensalada de pepino. Hasta el tísico almíbar se volvió transparente. Tampoco Sonia es que se prodigara mucho, se le escapaba a Jurek tras el ábaco, desaparecía al terminar la jornada como un diamante en el agua, sonreía menos que de costumbre, y a Kaltz, cuando volvía a traerle galletas, prácticamente nada. Por las avenidas se deslizaba tan rápido que los locos se volvían, asombrados, al verla pasar.

De Jurek, aún enamorado y de pronto desamparado, se apoderó el aburrimiento. Fue con el triste de Kaltz a comprar patatas y zanahorias y por el camino no pasó nada, le dieron la contabilidad de los gastos de lavandería, la carta de Danka no llegaba y encima la acción de la novela que se había traído de Ulrychów seguía detenida en la escuela, de momento poco antes de que sonara la campana llamando a clase. Y a buen seguro nada habría interrumpido el gris de ese día y la penosa lectura —acababa de entrar en la clase de lengua el profesor con expresión marcial— de no ser por la aparición en el escritorio de al lado, hasta ahora libre, en la escudilla de al lado, en el mismo armario y en la otra cama de un bípedo pensante, aunque casi siempre absorto, algo mayor que él, también con abrigo color crema, también con gafas y también de ojos azules: Marcel, Marcel, Marcelek para los amigos, en la lista de asalariados y de racionamiento, inscrito como Brochwicz, desde la be de ineludible hasta la zeta de quizá.

¡Marcel Brochwicz! *Well, well, well!* ¡Un contable de primera! Contratado por otro anuncio, el mejor candidato de los cuatro entrevistados. Mecanógrafo a dos manos, campeón del párrafo, artista de la bisutería de grapas. Maestro en descubrir falsificaciones y en mirar a los números a la cara, enemigo de los retoques en los balances y de los gastos innecesarios. Apenas alcanzó a darle la mano a Jurek —en el libro también era viernes por la tarde, un aburrimiento mortal, y continuaba la última clase—, apenas presentó educadamente sus respetos al pingüino, y ya estaba mirando debajo de la cama, dando golpecitos en el suelo y calculando la distancia hasta la ventana y recitando de memoria todos los pseudónimos del autor de la novela que Jurek estaba leyendo. Pero a fin de cuentas, como suele suceder con los contables, no era mucho lo que le separaba de Jurek, a no ser el hecho de que, inocente, buscaba en la sopa una segunda zanahoria y una tercera patata, y que le daba de comer con regularidad al gato *Virtuoso*, que vivía en el primer piso, en la lavandería. Al igual

que Jurek había elegido antes de la guerra la Escuela Superior de Economía, igual que él era aficionado del Polonia, igual que él prefería los *westerns* a los melodramas del doctor Wilczur y le gustaba pasar las veladas con un libro, en particular *Los misterios de París*. Igual que Jurek se acostaba después de las once, igual que él, si no se le pegaban las sábanas, lustraba por la mañana los zapatos, que tampoco eran de cuero, igual que él buscaba la compañía de Sonia y con idéntica celeridad se apartaba del camino de la secretaria Jabłkowska. Igual que Jurek con el recién llegado, Marcel hablaba antes de dormirse con el anteriormente contratado, y en esas largas conversaciones de ciudadanos polacos comparaban el pasado con el presente igual que el color de un loro con el del pardo *Virtuoso*, y cuando Jurek recitaba, Marcel le acompañaba cantando la misma melodía de Bizet. Se peinaba de una manera parecida a la suya, echándose el pelo ligeramente hacia atrás, y soltaba los mismos improperios al manipular la llave en el oscuro vestíbulo. Por fin, con la misma melancolía pensaba en el domingo, junto a Jurek planchaba la camisa y los pantalones con dobladillo. Franela con franela, dobladillo con dobladillo, el segundo domingo salió a la luz que había, empero, una fundamental y hermosa diferencia entre ellos: Marcel Brochwicz estaba casado.

De nuevo era una cálida mañana de domingo. A lo lejos, sobre el bosque de Helenów se elevaba, perezosa, una niebla rosácea en frívolas ligas celestes. Bajo el alero de la caseta del guarda estaban aposentados unos gorriones, el aire olía a pinos húmedos de rocío y, ya antes de tiempo, a perfume de ciudad. Las puertas de los trenes se abrían sin ruido, y fluían grupos de pasajeros hacia el andén en silencio. Fue entonces cuando en la puerta apareció Anna. Anna Brochwicz fue la última en aparecer, como una virgen en un marco de madera de castaño, como un resumen simbólico del renacimiento entero. La guerra era fea, así de hermoso el cuello de Anna, e invocamos a todos los puentes del mundo para que admiren su escote, profundo como el corazón del salvador. La guerra era horrible, así de bella la mano de Anna con la primera flor de la primavera de un color inocente, la hermosa mano y los dedos de Anna ciñendo su talle en cinco delgados sinónimos. La guerra era salvaje, así de esbelto el claro vestido de Anna con su alegre volante en el borde, delicada la hechura de la tela y la vigilancia de los botones plateados, todos en sus puestos. Para estos tiempos difíciles, Anna había elegido una barra de labios color pastel de reflejos violeta, el cabello lacio, alborotado, recogido en la nuca, y la timidez en el rostro como mejor maquillaje. Y posaba con tanta dignidad en el museo de este momento matutino, con una firma invisible en la esquina inferior derecha, y aguantó con la misma dignidad, Anna esposa de Marcel, dama con una flor amarilla inmortalizada en una pose real contra su voluntad, hasta que por fin dejaron de sonar los pitidos que avisaban de que el tren se iba dentro de un segundo, ahora de medio; en el andén de nuestra modesta estación de Tworki desciende, tenga la bondad de alejarse de toda tentación, un ángel de luminoso rostro y zapatos algo gastados.

Bajo el segundo álamo, al lado del portón, algo gritó para luego contenerse, la

impaciencia se encontró con la sensibilidad, un hombre, como siempre, con una mujer.

—Espera, déjalos que se saluden —le susurró Sonia con la mano, ay, aún, en el brazo de Jurek—. ¿Es que no ves lo que está pasando?

Ahora sí que lo vio. De debajo del primer álamo reveló serenamente su delgada figura Marcel, colocándola, inmóvil, a tres metros del andén, la mano clavada en el bolsillo. Los ojos espiaban el horizonte, la hoja de menta que tenía en la boca de pronto se dio la vuelta, las sienes succionaban el sombrero. La tierra se adhería a los pies, la cara se oscureció como el sol en Sunset Boulevard. Marcel Brochwicz ya estaba preparado para ver a su esposa.

La ola de sanos y recién llegados, con apretado paso, se bifurcó a la altura del cuerpo de Marcel para volver a unirse ante el portón cargados de embutidos y almíbar polaco para los robinsones de la locura. El andén se fue quedando vacío, si bien ya no era un andén, sino un transbordador de felicidad y de tiempo suspendido. Que intente estimarlo la NASA, que busque en los sistemas planetarios otro vacío tan maravilloso entre dos seres de pronto exentos de la ley de la gravedad, liberados del lodo de los caminos, del andar común y de la presión atmosférica. Lo pueden utilizar también los guionistas, siempre que no teman las pausas en la acción y los estrictos primeros planos, y sean capaces de aguantar la respiración, igual que ahora Jurek y Sonia. Todavía Marcel estaba quieto, la esposa de Marcel no se había movido. Simplemente estaban, pero más que estar, se miraban, se miraban, pero todavía más esperaban. Les separaban aún diez días de soledad, diez relojes de arena puestos siempre del revés, con la arena cayéndoles en la cara, que el chamsin del amor les iba arrebatando ahora a toda prisa. Y de pronto sucedió. En el bolsillo ya no había sitio para la mano, ni en la otra mano soporte para la flor. Anna alargó el brazo, Marcel tiró el sombrero. Marcel levantó el vuelo, Anna se echó a correr, los brazos por fin rodearon y ahogaron el tiempo perdido. De nuevo estaban juntos destino con destino, nariz con nariz, documento falso contra *Kennkarte* falsificada. Y se pusieron a comprobar que eran los mismos, tocándose alternativamente el cabello, las mejillas, de una manera prolongada, sólida, hasta que tras el segundo álamo a la dama se le saltaron las lágrimas, el caballero tragó saliva sonoramente, mientras sobre la alfombra de cemento del andén de Tworki seguían abrazados, plano largo, por favor, el sombrero marrón y la flor amarilla.

Marcel condujo a Anna hasta el comité de bienvenida.

—Ésta es Anna, mi mujer. Éstos son Sonia y Jurek —les introdujo a los presentes, aún presentes, y sonrió abiertamente por primera vez desde que empezara a trabajar allí.

Se dieron la mano, Jurek incluso se inclinó, y antes de irse a degustar el almíbar estuvieron un rato charlando bajo el árbol de esto y lo otro, empezando por la operación Arsenal. Anna hablaba despacio y con muy buena dicción, y al escuchar a los otros abría mucho los ojos; cuando cruzaron la verja se volvió, se tocó la mejilla

con la mano y se quedó un momento contemplando el cielo sin nubes. Así la recordaría Jurek.

Visitaron las oficinas, la mesa de Marcel con los lápices afilados de tal forma que temblad asientos y corred a acercaros al cero, también pasaron a ver al pingüino que presidía la cama como una imagen sagrada y pasearon erráticamente hasta el río. Tras el primer puente se supo que Anna era profesora, tras el segundo, que enseñaba música a niños, y junto al molino dejó ya de resistirse y sacó del bolso una pequeña flauta color *beige*. Se sentaron en unas piedras al borde del camino, apretados, sobre el abrigo de Marcel, ya que Jurek no había querido quitarse el suyo.

Anna giró la embocadura, sopló en su interior un par de veces y luego miró al cielo por los siete agujeros y los siete sonidos, desde la armonía de las esferas, desde las notas que consiguen recomponer todo lo que en nosotros está parcelado, o silenciado y desgarrado. Un solemne silencio lo borró todo hasta dejarlo en blanco y en seguida las primeras notas empezaron a anotar temblorosas sobre esa página, trémolo sobre nada, su tímida historia. A Marcel le traían a la memoria los años de su infancia pasados en el pueblo antes de marcharse a la capital a estudiar, y le decían que qué pena de años pasados en la Escuela Superior de Economía, tanto esfuerzo, el trabajo de diplomatura publicado con mención del ministerio, que quizá habría sido mejor marcharse aunque fuera antes de terminar los estudios, como quería Anna poco después de conocerse en el santo de Julián, en la calle Karolkowa, y su vestido de muselina brillara, rugoso al tacto como naranja crujiente. Pero también le decían que aquí estaban tan bien, como cuando iban a cantar en el coro del convento de las Visitadoras las cantatas de Bach y luego se iban por la calle Nowy Świat, que tenían tan cerca, a dos pasos, o se tomaban un café vienés en la mismísima cafetería Ziemiańska, y una vez hasta en el Adria, y estuvieron bailando junto a los oficiales hasta por la mañana, y luego se quedaron un buen rato en la bañera del piso de la calle Elektoralna, porque tenían un pisito en la calle Elektoralna.

A Sonia, los sonidos cada vez más sólidos de Anna le hablaban de una rara nostalgia en las yemas de los dedos y de una pelota amarilla y azul que se había escapado del jardín para acurrucarse en una rama en el riachuelo; la corriente la mecía y columpiaba y bajo el resguardo umbrío, el viento le hacía guiños a la pequeña Sonia enseñándole ora uno, ora otro de sus colores; se mecía y se columpiaba, era tan ligera y lejana, una vez azul, otra amarilla, y en el agua se dibujaba su verdadera forma, difuminada, de color, semicircular, descolorida; se mecía y se columpiaba, así que Sonia la dejó así, mecida por la corriente, y ya en casa le dijo a su madre, porque el padre se había ido a alguna parte con sus conspiraciones, que la pelota había echado a volar y se había perdido, pero que no quería que le comprara otra. Como re do mi y como si do, así de pelota en pelota, le decían aún a Sonia siempre nuevas notas, y seguían contándole cuántos goles se puede marcar con una sola pelota en esta pradera si uno está en forma, y cuántas veces se puede mirar, y cuántas chutar, y que un buen delantero seguramente no encontraría una defensa

efectiva por su parte.

A Jurek, la música de Anna le recordaba en primer lugar que al lado estaba sentada Sonia, y que no tenía suerte con las mujeres guapas, pues, aunque estén, están de manera poco definitiva y no necesariamente por él, y con esta melodía, a uno lo que le gustaría es cogerla de la mano hasta el final de las últimas notas, tras las que está la vida real, pero poco después le trajo el recuerdo de la estación estival en Urle, adonde les habían llevado con la clase entera del liceo, él y Olek siempre en el mismo compartimento, a estudiar al aire libre y a tomarse cada día un vaso de leche recién ordeñada de vaca de la región de Podlasie, y por las noches, cuando ya habían perdido sus tres partidas contra el profesor Dyrda y el profesor Kaminski, iba al arroyo y se quedaba mirando el agua, que pasaba veloz en una carrera de tinta, como la esperanza, que nos pasa por delante, nos llena la garganta y nos lleva a un futuro que será y que con toda seguridad llegará.

La si do de pronto se calló, ahuyentado por la voz de Marcel. Pues Marcel había hecho una profunda inspiración y soltó desde el mismo diafragma un tenor cantarín, fuerte y colorido. De momento era sólo un sonido impetuoso, modulado y ligero, pero en seguida se le unió directamente desde la flauta una soprano como una ola silenciosa, y las dos voces se juntaron en largas palabras. Cantaron primero en octavas extranjeras a las penalidades de los hijos de los hombres y las lágrimas inconsolables de las madres, a la hermosura y la verdad de cuando todos seamos hermanos, y luego, ya en nuestra lengua, a los caminos de arena, el honor de los soldados y finalmente a las castañas, las rubias y todas vosotras, muchachas.

Jurek pidió un par de canciones más del repertorio de moda, sobre todo de las canciones dedicadas a cierto sentimiento que todo lo perdona. Hasta que Anna y Marcel se cansaron y se quedaron mirando alrededor, inseguros.

—Qué bien que cantáis. Mejor que en la radio. Más claro que en el gramófono. —Jurek, de la emoción, hasta asintió con la cabeza, y Sonia, en calidad de medio rubia, incluso aplaudió—. Y eso que habéis cantado en tudesco, qué bien suena. La música amansa las fieras. Vuestras voces casan tan bien como sólo pueden las de dos esposos, deberíais cantarnos algo todos los días. La música y la poesía es lo único que cuenta.

—Pues Jurek recita muy bien —le dijo Marcel a Anna, y Sonia asintió—. Recítanos un poema, Jurek, anda.

Jurek asintió en seguida. Tomó a todos de las manos hasta que se levantaron de la piedra, se pusieron en círculo y se abrazaron. Y entonces susurró entre las sienes y los cabellos juntos:

Es vodevil y es drama griego,
es culmen y es descenso,
olor a rosas y sabor a ajeno,
amor es eso...

Dos manos le palmearon a Jurek la espalda y una le acarició la cabeza. El círculo se deshizo en dos parejas y las dos eran hermosas, aunque quizá la de Marcel y Anna lo era aún más, de tanto que se abrazaban y se susurraban en la mejilla camino a los dominios del pingüino. Jurek y Sonia disminuyeron el paso, se pararon a la sombra de un roble y se sonrieron, algo avergonzados.

—Se aman de verdad. Mirándolos, es que dan ganas de cualquier cosa... —dijo Sonia.

«Ahora», se dijo Jurek. Ahora o nunca. Las primeras hojas del roble ya sabían qué era el viento, la grava de la alameda se mantenía con todas sus fuerzas.

—Sonia, yo también...

Sonia echó una mirada rápida al reloj.

—Perdona, Jurek, tengo que irme —dijo con una rara tristeza—. De nuevo hemos pasado un domingo muy agradable.

—Ven, te acompaño —susurró por Jurek el sabor a ajeno.

—¿De veras te apetece? Bueno, un trozo —asintió el olor a rosas.

Dejaron atrás un grupo de pijamas que discutían en un banco ante el jardín, y Sonia iba tan pegada a Jurek que sus brazos se tocaban.

—¿Por qué no viven juntos? —preguntó Sonia—. ¿Ni tienen hijos?

—Se casaron apenas seis meses antes de la guerra. Luego tuvieron algún problema con el piso. Anna vive con unos conocidos, parece que no había sitio para dos.

—No deberían separarse así.

—Díselo si no al pingüino —replicó Jurek en seguida y Sonia lo miró de una manera extraña—. ¿Te acuerdas de que dentro de una semana viene Olek? Espero que sin pelota.

Sonia lo miró de una manera aún más extraña.

—No, no me acuerdo; es decir, sí, me acuerdo. Todavía tengo un rato, ¿entras a tomar un té?

En el mundo algo se tambaleó y crujió para luego desplomarse, un mar se deshizo, por los glaciares surcaron nuevos ríos, sí, claro, Jurek aceptó entrar a tomar un té. Con un movimiento rápido, Sonia le dio la vuelta a la llave, coló el cuerpo por una mínima abertura de la puerta, rápida como el rayo echó el camisón bajo la almohada y luego hizo pasar a Jurek.

La barca vacía del cuadro estaba a la sombra de una palmera y le venía igual de bien a Sonia que a Jurek el pingüino: era delgada, no dejaba de moverse y tenía dentro una zona umbría. Sobre el escritorio había un jarrón vacío, y las horquillas del pelo dispersas formaban un caminito a ninguna parte. Bonitas eran también las piedrecitas reunidas en un rincón del escritorio y, justo al lado, un dibujo de una casa con un árbol, sin terminar, pues faltaban los escalones de la entrada y una de las balaustradas. Por el mar, esbozado apenas con lápiz fino en algún punto del horizonte, Jurek supuso que no se trataba de una casa cualquiera, ni de un jardín

imaginario.

—¿La echas de menos?

—Sí. Pero, sabes, no te lo he dicho, cuando era muy pequeña en distintas ciudades vivimos. Papá cambió de trabajo y los últimos años nos mudamos al mar. Y Gdańsk es una ciudad tan bonita. No como Pruszków.

—¿Por qué te marchaste?

—Eso, ¿por qué? En Pruszków sólo hay un cinematógrafo. —Sonia se echó a reír y se acercó al lavabo para echar agua al cacito. Durante un momento le dio la espalda a Jurek y él pensó en cómo se vuelven las cartas en el solitario cuando se les pregunta por el destino de esa noche o de toda la vida. Si sale la jota de tréboles, te devuelven tu dinero. Diez de oros da la vuelta, tienes un viaje a la puerta. Lo peor son las picas, porque querrían decir que el rubio se lo lleva todo. Pero ¿es que todavía se puede siquiera soñar, ahora que todo está tan claro, con la dama de picas? Ahora se dará la vuelta, silenciosa, ruborizada, y nos van a separar nada más los dos cristales gruesos con sus dos cilindros. El agua llenaba el cazo hasta el borde, Jurek se quitó las gafas y tocó levemente el hombro de Sonia. Ella se volvió de repente, el cazo se balanceó, aunque no se le escapó ni una gota, y dijo:

—Es que todavía no le he hablado de mí a nadie, ¿sabes? Qué bien que estés. Aquí no tengo amigos, sólo a ti, Jurek.

Qué le vas a hacer, Jurek compañero, tú tan caballero, cómo no te vas a tomar lo que te sirven, qué otra cosa dulce y amarga te ibas a tragar, si no este té servido en vaso y con el tintineo de su cuchara, hasta que el tintineo se apaga, los posos dejan ver que antes fueron hojas y que el abismo no debe de ser tan terrible si está teñido de color bronce y se toma a pequeños y cálidos sorbos. Qué otra cosa puedes hacer, Jurek sereno, tú que eres tan bueno, si no callar solemnemente durante un momento, no entender mucho todo esto, envidiarle a Olek su suerte y compadecerte un poco de la tuya, y cuando lo peor haya pasado, sonreír, levantarte y decir:

—Parece que así tenía que ser, seré tu amigo.

Las avenidas estaban ya vacías, todos los locos se habían ido a cenar, apremiados por la esperanza de una ración entera de queso, así que Jurek pudo sentarse tranquilamente en su banco favorito de la avenida principal. De repente le dieron ganas de describir en verso la situación en la que se encontraba ante Sonia, o ante todas las mujeres, pero por más que lo intentaba no se le ocurría nada apropiado con que rimar «melancólico», o al menos «melancolía». «Mi corazón está enfermo», probó de esta otra manera, «pues lo ha mordido una larva», pero las rimas asonantes se le resistían aún más, sí, sí, muy bonito, «larva», «parva», genial, mejor todavía. Por fin logró concentrarse, atraer hacia sí las palabras y fue rimando con cuidado en una hoja «desesperar» con «mendigar», «atormentado» con «encarnizado» y «amigos» con «domingo».

Estaba así, escribiendo y mordiendo el lápiz, cuando vio a lo lejos a Marcel y a Anna. Tiernamente abrazados, parecían echar raíces, y luego mecerse ligeramente en

el centro mismo del mundo. La alameda principal por la que iban andando hacia el portón de entrada dividía Tworki en dos partes iguales, dejando a uno y a otro lado pabellones, casitas, senderos, partiendo en dos la hierba, los árboles, las aceras. Si de repente desaparecieran, el sanatorio podría venirse abajo siguiendo las sombras de sus pasos, pero aún estaban allí y, oscuras al atardecer, sus siluetas aún mantenían en pie los edificios y sus avenidas. Encima de la estación el horizonte marcaba el avance del círculo del crepúsculo; se quedaron de pie ante el portón y el guarda, seguramente Johann, se cuadró de broma y también quizá con una ligera solemnidad. Se quedaron inmóviles un instante, se dieron la vuelta y sus caras brillaron con la luz propia de los puntos más importantes del espacio, imagen que se le grabó a Jurek en la retina, y desaparecieron en el andén, tras la garita. Jurek se levantó y se encaminó sin prisa al cuarto aún caldeado.

De mamá guardará más imágenes. La del siguiente domingo, con la llegada del tren, repleto como el duodeno a mediodía, quizá no sería tan relevante ni la tendría tan viva en la memoria —el chucuchú que se va acercando despacio hasta frenar con un chirrido, mamá, que es la primera en bajar y, sin mirar siquiera a su alrededor, se acerca directamente a Jurek y con una sonrisa le da la mano a Sonia como si la conociera de toda la vida y a él le pasa la bolsa, y en la bolsa, ya se sabe, los hay duros y los hay rellenos— si no fuera por la palidez, la extrema palidez, el sonrojo y luego de nuevo la palidez, y por el sudor, con sus gotas cual perlas en la cara de Sonia, y si no se le hubiera mudado el color de la cara, triste, ni se hubiera puesto tan seria de repente. No vino, no vino de visita, aunque aseguró que vendría, ayudaba Jurek a pensar a Sonia, no salió del tren este domingo, que quién sabe si no será el último, ni llenó con todo su ser la puerta, ni pisó el suelo ni lanzó al aire la de cuero. No va a silbar ya como un mirlo que pasa ni mirará así, de soslayo, no va a enderezarse hasta su metro noventa de *Übermensch* [superhombre], ni siquiera su metro ochenta y cinco, ni ofrecerá la mano en la pasarela. ¿Dónde está esa cabellera rubia como el vino del valle del Rin, los ojos azules como las aguas del Spree, la nariz recta como un dibujo de Durero, dónde los otros *membra disiecta*, todo en el mejor estilo americano? El cielo callaba, Jurek no sabía.

Mamá algo sabía. Más sabía Witek, que había venido corriendo con la noticia ayer por la tarde. Más información todavía tenía el *Untersturmführer* [Alférez] Guteck, pero los que más sabían de todos eran el granjero Zweibel y su señora. Si los objetos se pusieran de lado del relato y hablaran más claro, con menos miedo, algo más de información se les podría sacar a la lona trasera de un camión Sauer, a la culata de una carabina, al diente en el suelo de la sala de espera de la estación, a la ventana enrejada del vagón de transporte, a un camastro en el pajar y a la brizna de paja que estaba punzando un corazón.

Pues si bien Olek era afortunado en el juego, en esta ocasión su lance no había marcado gol, y no fue por la alegría de una victoria que había levantado bien alto los brazos. Witek, que iba con él en el tranvía, había estado más rápido echándose al otro lado de la calle, allí donde había un portal que tenía mejores tragaderas y mejores almas. Desde el anfiteatro de la escalera del primer piso pudo admirar seguidamente la obertura del techo del camión, el solo de Olek al caer dentro bajo la presión de los figurantes y el frenético desarrollo de la escena. Lo del intento de huida de Olek de la sala de espera de la estación donde se había hacinado a los detenidos se lo había contado poco después Stefek, hijo de ferroviario, y lo de la leche no sólo de vaca, sino también de cabra, y los trozos de tocino en la sopa, el propio Olek en la carta que había llegado a Ulrychów dos semanas después y que Jurek, no sin *Schadenfreude* [alegría por la desgracia ajena], le leyó a Sonia justo después del desayuno (por

desgracia, Sonia, sin leche austríaca) y otra vez, de postre, ante las escudillas vacías. Empezaba la carta en una hoja arrancada de manera demasiado violenta de un cuaderno de Olek, nombre de guerra Carabina, de hecho ahora Alex El Mozo:

Querido Jurek:

Estoy en el campo, en casa de los Zweibel, que tienen una granja grande en las montañas, cerca de Innsbruck. En el bosque, cerca del campo, hay todavía mucha nieve. La comida es buena. Te voy a contar qué hago durante el día. Me levanto al amanecer, medio vaso de leche (de vaca o de cabra), dos buenas rebanadas de pan y al trabajo, que hay mucho que hacer. A las dos tengo un descanso, me dan una sopa con bastante grasa y todas las patatas con tocino que quiera, y de vuelta a los cerdos y las vacas, o al campo, hasta la noche. La jornada termina a las siete de la tarde. Pero hoy es domingo y por la mañana estuve dándole patadas al balón con tres mozos. Me dio mucha pena que no estuvieses aquí, ¡con nosotros dos jugando juntos, se iban a enterar! También tengo que decirte que he tenido mucha suerte. Podría haber caído en un sitio mucho peor, porque los trenes que salieron de la estación iban sobre todo a las fábricas. Pero entre los escoltas había uno que se apellida Guteck y que me ayudó para que me trajeran aquí. Fue futbolista del Fortuna de Berlín. Y es que uno de los zapatos lo había perdido antes incluso de salir de Varsovia, y le estaba diciendo a uno que estaba al lado que a partir de ahora iba a jugar descalzo, como el mismísimo Leonidas contra Polonia en el mundial. El tal Guteck se me queda mirando y dice: «Seis a cinco, ¡menudo partido!».

Espero que Witek esté bien, porque no lo he visto por ninguna parte. Ya le escribí a mamá, pero, por favor, Jurek, vete a verla a la calle Wilcza y tranquilízala, que no se preocupe. Esas cosas a ti se te dan muy bien. Y quería pedirte otra cosa. Aquel domingo, en Tworki, lo pasé tan bien, me acuerdo todo el tiempo de nuestra visita. Jurek, ¿podrías transmitirle a la señorita Sonia mis reverencias y saludos y decirle que me alegré mucho de conocerla en Tworki? Tú eso lo sabes hacer bien, y yo, ya sabes, no soy muy diestro a la pluma. Lamento mucho todo lo que ha pasado, pero no te preocupes por mí y escíbeme. Echo mucho de menos nuestra Varsovia. Saluda y besa a todos de mi parte,

OLEK

Jurek saludó a todos y besó sólo a algunos, dos veces además, sin contar las que iban de su parte, y le habría leído otra vez la carta a Sonia; por desgracia, no quiso. Sin embargo, el domingo siguiente consiguió convencer a Sonia para que fuera con él de visita a casa de mamá a Ulrychów, a escuchar el gramófono, enseñarle el barrio, los libros y las fotos del año 1930 y de la clase, sobre todo de la época en la que compartía pupitre con Olek, aún, Sonia, sin ningún corazón grabado, y de las vacaciones que pasaron juntos en Brok, por donde pasa el río Bug. Y sin duda, la fotografía de recuerdo de la entrega a los alumnos del liceo Sowiński de los certificados de reválida, es decir, de madurez, a pesar de lo mal que declinaban *puella*, a pesar de que confundían a Prus con Proust y a menudo metían la pata con los verbos irregulares.

Una vez visto el rincón de la cocina que le servía de cuarto a Jurek, el alféizar a modo de barandilla y el sofá que hacía de salón, los jóvenes tworkianos se asomaron con curiosidad a los álbumes de los tiempos en que los helados sabían mejor que el resto del almuerzo, el tirachinas era más importante que subirse los calzoncillos y el timbre era más esperado que el silencio. De escolar, Olek no se parecía nada al futbolista alto y rubio y no tenía nada de americano, mientras que Jurek llevaba prácticamente las mismas gafas redondas y fruncía el ceño, obstinado, ante los números, que otra vez no cuadraban. Para ser el gordo y el flaco poco se distinguían, se miraban de reojo en el pupitre con bastante cariño, como los personajes de Czesnik y Rejent en la obra de Fredro.

Pero también había, recordaba Jurek, riñas y guerras por el espacio del banco o más sitio en la barra de sacudir las alfombras. En la clase en la que se hablaba de *La venganza*, Olek le hizo una judiada en forma de borrón en medio de la página a Jurek, empañando para la posteridad su hermosa caligrafía y emborronando en algo la disciplina de la clase.

—«Al hablar del humor de *La venganza* nos hacemos la siguiente pregunta —leyó en voz alta Sonia, riéndose y pasando el dedo por el borrón, vasto como la melancolía en el pulcro hasta la manía cuaderno de Jurek—: ¿acaso el humor de Aleksander Fredro es despreocupado, bienintencionado, sano, y su comicidad sólo superficial? Respondemos a la pregunta negativamente, y nos hacemos otra, que surge de la primera: ¿será que la comedia tiene como objetivo mofarse de algunas clases sociales?; y, si es así, ¿de cuáles? La respuesta a la segunda pregunta es la siguiente: la comedia de Fredro constituye una sátira de las ganas de meter cizaña, del desenfreno, la falta de educación y las absurdas peleas de la nobleza, la gorronería, la vanidad y la mentira. La sátira aparece por regla general en las comedias cuya comicidad no surge de las situaciones externas, sino de la contraposición de ciertos tipos o personajes».

—Exactamente —dijo Jurek, y suspiró hondamente.

—«Al hablar de la pieza teatral olvidamos advertir que una obra de teatro debe tener escenicidad para que se pueda poner en escena —siguió leyendo Sonia—. En la obra, el número de actos no supera los cinco. Además, cada acto está dividido en escenas. Para que pudiéramos ver *La venganza* a la luz de la crítica, la profesora nos leyó la crítica que escribió el profesor Sarnowski».

—Debería ser Tarnowski —dijo Jurek.

—Tarnowski —corrigió Sonia, aguantándose la risa—. «Pero previamente habíamos aclarado el concepto de crítica. La crítica es la valoración de virtudes y defectos».

—En el arte —añadió Jurek.

—En el arte —Sonia terminó de leer hasta el punto y se echaron los dos a reír.

Mamá trajo el té, cortó otro trozo de pastel y era difícil estar aún mejor.

—Hagamos un recuento de nuestras virtudes y defectos —propuso Jurek—. Crítica literaria de domingo a la hora del té. ¿Alguna de ustedes desea tomar la palabra en primer lugar?

—Eres un vago, Jurek —dijo la madre—. Tenías que traer carbón del cobertizo y no lo has hecho. Eres un desordenado, mira cómo tienes el armario. Y eres un comilón, te has comido tres trozos de pastel y la señorita Sonia nada más uno.

—No, no, no —objetó rápidamente Sonia—. Jurek es muy noble, y sabe divertir con su conversación. Es sociable y muy gracioso, y amable como pocos. Es muy culto, extremadamente inteligente y siempre dispuesto a ayudar. También es muy buena gente.

—¿Y mis defectos? —preguntó el noble y culto, pero quizá no tan divertido.

Sonia se paró a pensar, porque elevó la vista al techo y luego se puso a mirar por la ventana.

—No, no hay... la verdad es que no veo... Lo único es que Jurek es... poco americano. Pero, por favor, no me pidan que les explique qué significa.

—Pues Sonia es requeteamable y requetealegre. Cuando está de buen humor, de sus labios sale un caudal de palabras volcánicas, plásticas hasta el no va más. Tiene un corazón de oro. Se viste con gracia y con un inusitado sentido de los colores. Eso lo sabe apreciar cualquier hombre culto. Igual que su sonrisa de las más blancas perlas y sus ojos de diamantes ardientes. En realidad, Sonia no tiene más que un defecto.

—¿Cuál? —preguntaron a la vez la madre y Sonia, pero la madre más alto.

—Se prendó de otro —anunció Jurek triunfalmente, paseando la mirada por la habitación.

Sonia hundió la cabeza rápidamente en el cuaderno de Jurek antes de que a la madre le diera tiempo a lamentarse de por qué su Milagro del Vístula tenía siempre tan mala suerte a orillas del Pérdida, por qué tan rara vez cantaban triunfos sus hombros estrechos, sus ojos redondos y sus orejas grandes, por qué lo que se nos da no siempre es lo que queremos y aceptamos.

—«Esta clase la hemos dedicado a leer un fragmento del diccionario de Linde. Samuel Bogumił Linde, alemán de origen, merece un puesto de honor en las letras polacas. Este hombre se propuso reunir todas las palabras polacas en un solo volumen, definir las y explicarlas. El diccionario tenía el encanto —Sonia se sonrió—, el encanto de que el autor se basó en la obra de autores de distintos siglos, citando los versos en los que aparecía la palabra en cuestión. Cada entrada estaba tan bien elaborada que en realidad no se podía añadir nada más. En el diccionario se puede apreciar un ligero acento alemán».

—Igual que cuando habla Sonia —resopló Jurek.

—A callar. «Además de su acento alemán, la escasez de vocabulario regional, pero esto debemos perdonárselo a Linde, quien, al no ser polaco de nacimiento, no podía conocer los secretos de la lengua polaca».

—Eso en concreto se lo puedo perdonar a Sonia —Jurek volvió a resoplar.

—Silencio. «En la clase de hoy nos ocupamos del fragmento titulado “Los enciclopedistas”. En primer lugar, demarcamos qué es una enciclopedia. Una enciclopedia consiste en una serie de tomos encuadernados marcados con las letras del alfabeto. En cada letra podemos encontrar distintas explicaciones de conocimiento de distintas ramas de la ciencia. Todo esto está mezclado —Sonia cogió aire— y conforma un cierto caos. A partir de este fragmento pudimos llevar a cabo una caracterización de los rasgos físicos de Diderot, un eminente miembro de la literatura. Diderot era ancho de espaldas, con el cabello claro y rizado, tenía la frente alta y los ojos vivos».

—Muy americano —rió Jurek.

—Silencio he dicho. «El trabajo de Diderot exigía una gran tenacidad, además de confianza y fortaleza de carácter, rasgos todos que poseía este hombre de letras, que cumplió aquello que se había propuesto. A este trabajo propio de Sísifo le dedicó prácticamente toda su vida».

—Fin de la escena del diván. Acto segundo: importante paseo por los alrededores —dijo Jurek, ya de manera bastante teatral, guiñando el ojo tras el vidrio, pero de todas formas nadie se dio cuenta.

Se tomaron otro té para entrar en calor y Sonia se puso un grueso suéter de la madre, pues el frío había vuelto inesperadamente como un repentino lengüetazo de glaciar. Y si en un golpe de suerte se inmortalizara todo bajo cero junto al vapor que salía de las bocas, si volviera a apoderarse del barrio de Wola y de todas las tierras polacas el cuaternario, si todo se inmortalizara, limpio, cual cristal, entonces, en esa suerte de cajones transparentes, se detendrían para siempre, para no volver a moverse, los largos gusanos de los trenes y los pastores alemanes con la vista clavada en las personas; no caerían abatidas ni las hileras puestas contra la pared ni las siluetas que tratan de guarecerse en los portales, y las plumas se quedarían inmóviles en una letra inacabada, y en un trozo de césped de Wola, junto a dos pilares que una vez hicieron las veces de portería de liga, se alzarían, como brotes eternamente jóvenes, dos personajes absortos y envueltos en jerseys de lana con sendas nubecitas blancas junto a las bocas.

Y, en estos bocadillos, el amante de los cómics podría leer:

—Aquí, Sonia, es donde le dimos patadas al balón durante toda la escuela primaria. Recuerdo como si fuera hoy nuestro primer partido con unos más mayores. Olek, tras un pase mío, metió un gol y conseguimos una victoria sensacional. A partir de ese momento ya fuimos compañeros de pupitre hasta que terminamos la escuela. Y cuando nos llevaban de excursión con el colegio al río Bug, siempre dormíamos en la misma habitación, él en la litera de arriba y yo en la de abajo. Y allí, ¿ves?, tras esos arcos de la derecha, estaba nuestro campamento indio, los tipis estaban detrás de aquellos arbustos, y ese roble grueso era el palo de tortura.

—¿De tortura?

—Sí, como en las novelas... se ataba a Old Shatterhand al árbol y se le lanzaban desde una distancia de quince metros piñas de pino o, mejor, corazones de manzana... Una vez alcancé a Olek en el ojo, porque ese día me tocaba a mí de apache. Bien que se las cobró cuando me tocó a mí.

—Y, ¿también en el ojo?

—En las gafas, en la oreja, en la nariz y en el jersey nuevo que me había hecho mamá, de lana, recién salido de las agujas, parecido a ése que llevas ahora. Y aquí, a esta caseta de la esquina, veníamos después de los partidos a tomar una limonada riquísima que costaba un grosz. Ahora está cerrada a cal y canto. Los días pares pagaba Olek y los impares pagaba yo. A no ser que los dos tuviéramos los bolsillos vacíos, como suele pasarles a los hijos de los conductores de tranvía. Pero incluso

antes de eso nos tomábamos un bollo, a veces hasta dos... Y ahora voy a enseñarte, Sonia, el estanque, porque allí tenían lugar en esa época acontecimientos de importancia.

»En este estanque los caballeros atormentaban a los cruzados, volvieron varias veces los lituanos y el guardián del orden era el más culto de los *sheriffs*. Una sola vez el *sheriff* se ahogó, pero más de una vez tuvo Olek que salvarlo cuando el mal consiguió, por desgracia, vencer al bien y los bandidos de segundo curso, enterrar al honrado Jerzy o, para ser más exactos, a McGeorge. Una de las veces la persecución a la que sometieron esos bandidos a ese honorable y americano, querida Sonia, guardián de la ley sobrepasó las callejuelas de Ulrych City que están al lado del estanque y, salvando las montañas rocosas de los basureros, se trasladó a los confines de Wola, allí donde terminaba este mundo y empezaba un mundo distinto, anunciado por los personajes vestidos de negro y los ojos lacrimosos sobre los puestos de cebolla. Mientras tanto McGeorge, el perseguido, se confundió con la multitud y celebró la victoria de sus talones, ya no adoquinados, a cambio de sentirse enajenado y perdido. Sensación esta que ahora no está disponible, a no ser que uno atravesase las ruinas de aquel primer muro que se ve allí a lo lejos, obra de la empresa Schmidt und Münstermann, y salve luego el segundo muro a la manera de un pájaro o un saqueador, o guareciéndose en las columnas de humo que se arremolinan allí, de manera abundante, desde hace unos cuantos días.

Jurek le enseñó a Sonia también el edificio de la escuela, con el mismo agujero de siempre en la alambrada de atrás, una verdadera puerta a la libertad en las horas de química, que Jurek no soportaba, y de lengua, que no aguantaba Olek, y un poco más allá el lugar memorable donde Olek, de Ulrychów, venció a puñetazos, un codazo y un hábil puntapié en el bajo vientre al mismísimo Maciek de Jelanki, un burro, un abusador, el King Kong de los alrededores. Pero luego Jurek se quedó callado porque dejó de preguntar Sonia, Sonia se puso triste, Sonia se apoyó en un árbol. Sonia incrustada en otra pieza de cristal para la eternidad por el enorme silencio y la insólita tranquilidad en el aire, porque quizá ésta era la imagen que mejor recordaría Jurek. Primero, el cielo grisáceo, el cielo tizado sobre una Varsovia temblorosa de frío, sigue la copa, los brotes abiertos, un poco más abajo las ramas cada vez más amplias y, más abajo aún, el tronco recto, un poco áspero hasta el velo del cabello claro, hoy atado con un lazo rojo, hasta el dibujo de la frente lisa, con las cejas fruncidas lo justo para que pudieran entornarse bien los ojos, clavados en el infinito y nublados; una niebla, así que no está, no está Sonia, cuanto más que bajo la esbeltez de la nariz se entreabrían los labios en una verdadera media sonrisa dirigida hacia los propios pensamientos, que danzaban en alguna parte en los alrededores de las sienes, o quizá más abajo, allí donde con la respiración se hincha el jersey de cuello cisne. Y luego ya sólo, aunque incluso esto es una enormidad, las manos clavadas en los bolsillos de la falda, las piernas juntas y cada vez más lejos del árbol para poder arrimar la cabeza al tronco y apoyar la espalda con fuerza, ya en la parte más baja, allí donde acababa

el cristal, los pies juntos en los pobres zapatos, con los tacones vueltos hacia sí, abrazándose, como si Sonia entera sólo quisiera ya a Sonia y se quedara solamente con Sonia.

Y cuando por fin emprendieron el camino de vuelta, pues mamá estaba esperándoles con la cena hecha, y cuando Jurek, ya bastante hambriento, se distanció del encanto particular de aquella bella definición, de aquel «esperándoles con...», amable y caliente como la sopa que le van a servir en seguida y como el segundo plato que vendrá después de repetir, Sonia de repente lo cogió del brazo, de una manera tan infantil y tan torpe que Jurek pensó al instante en el pingüino de su cuarto, pero un momento después el brazo de Sonia se puso serio y decidido y Jurek, Atlas sostenedor del mundo, siguió sintiendo su hermoso peso hasta la cocina de la ventana ahumada y el olor a zanahoria, y sintió también a través del jersey, a pesar del punto grueso, los delicados movimientos de los dedos, que le daban señales que él no entendía, pues quizás sabía demasiado poco del esperanto de los gestos y en general de ese idioma que habla la desesperación.

—¿Cómo es? El sentido de la vida, ¿cuál es? —preguntó Sonia de pronto, cuando ya habían entrado al oscuro vestíbulo—. Dime, de nosotros, ¿qué va a ser?, el ser humano, ¿a qué aspira?, ¿qué es lo que todo decide?

Apoyaron un hombro en la pared y se quedaron frente a frente, de nuevo entrelazaron los brazos y estuvieron un largo rato en silencio. Y lo que Jurek dijo, lo dijo bajito.

—Muchas veces pienso que a nosotros, los humanos, nos dirige la mano inexorable del destino y que el ser humano, en los albores de su vida, ya tiene marcada la línea que recorrerá, quizá de una vez para siempre. ¿Sabes?, leí un libro sobre esto, no hace mucho.

—¿Sí?

—Sí. La línea de unos es recta, clara. La de otros, retorcida y abrupta. Y lo que llamamos en la calle sorpresa, casualidad, en realidad está previsto, definido de antemano. Como en la mítica tragedia griega, donde se refleja con tanta grandiosidad el misterioso, el inexorable fátum que dirige los destinos de los protagonistas convirtiéndolos en algo así como instrumentos en manos de aquel orden supremo del mundo.

Delante del almíbar, como es natural, los ánimos se relajaron, incluso brilló el sol a través de las lívidas nubes. Pues cómo tiritar de frío, cómo sumergirse en los pensamientos, cuando en el vaso todo es tan rosado y cambiante, ora yéndose al fondo, ora flotando en la superficie, ondeante como unas migajas del recuerdo de la fruta, gracioso como el hueso que se escupe en la palma de la mano, en la cucharilla o directamente en el platito. El último hueso en caer, con un sonido matriarcal, fue uno de mamá, y Jurek ya sabía que mamá ahora se iba a poner a adivinar el futuro, leyendo los hechos en las cartas y en las líneas de la mano. Las cartas le decían a Sonia que su cumpleaños caía el veinticinco de mayo, lo que resultó tan

rigurosamente cierto, como que era el vigésimo; que sus meses eran marzo y julio, y que debía tener cuidado con diciembre; que el dinero no la abandonaría y el amor, como fiel río, no habría de faltarle en toda su vida si escuchaba los dictados del corazón y no se dejaba llevar por la falsedad de los ojos pardos. En la mano derecha de Sonia estaba escrito que sus colores eran el amarillo y el celeste, y que debería llevar encima una esmeralda para protegerse de las enfermedades del estómago. Por el contrario, la izquierda le decía que tenía que tomarse otro vaso de almíbar, pues mamá, dedicándole una sonrisa, se había echado a correr a la despensa a traer otro tarro. Brindaron unánimemente por el fin de la guerra, por el hacha, la azada y porque de nada vale llorar por las rosas cuando arden los bosques; Jurek contó uno de los últimos chistes, aquél de un pintor *nomen omen* de altura, y ya cuando las bellas damas allí presentes dieron con temas de conversación para acompañar el almíbar, a saber, el mar y sus peces, jerseys y suéters y Jurek como hijo de su mamá y como amigo de Sonia, el susodicho, tema de conversación y no ya de crítica, se hizo llegar al cuarto, donde más borroneó que redactó una carta para Olek.

Le contaba del paseo que habían dado antes de comer por los patios y jardines de su «Arcadia de mocosos, es decir, el paraíso de nuestra infancia», de la sonrisa de Sonia, una vez triste, otra alegre, de su vivo interés hacia cada uno de los detalles y lugares que le enseñara el divino guía, de los competentes comentarios de aquel «Beatrice con barba», explicándole seguidamente por qué Beatrice y por qué peludo. Mucho le habló también Jurek de la añoranza que había producido el inesperado viaje de Olek, «Has dejado un enorme vacío con tu desaparición», le aseguró, para luego resumir su corta existencia en el marco de los hechos que les eran coetáneos diciendo que: «En tiempos difíciles nos ha tocado vivir». Terminó, pues, este hombre de letras con estas palabras: «Querido Olek, dentro de un par de semanas, el veinticinco de mayo, será el cumpleaños de Sonia. Me apresuro a asegurarte que una tarjeta de felicitación tuya le va a causar un enorme placer. Ya sabes cómo les gusta a las mujeres recibir cartas. Así que, por favor, no pases por alto este acontecimiento y envíale unas líneas, aunque sé lo que te cuesta escribir (por cierto, a colación de esto último, no se dice “diestro a la pluma”, sino “diestro con la pluma”, a no ser que lo estés diciendo en americano). Ella seguramente estará esperando que le escribas, créeme».

Hasta llegar ahí, bastante se entretuvo Jurek, pero aún más rato, mamá y Sonia con pescados ahumados y rellenos con mención especial de la carpa, con la contabilidad con el método polaco y extranjero, a decir verdad bastante más exacto, con la boda en la cafetería Ratuszowa y por lo tanto con el marido, que se lo llevaron a trabajos forzados. Jugaron luego a la canasta y al remibridge, pues por desgracia faltaba uno para la pareja, pues los que le faltaban, tanto Olek como el marido, estaban en el extranjero, y Witek estaba hoy en casa de la tía, subiéndole el carbón. Se les hizo demasiado tarde para volver y se fueron a dormir, Sonia en el lugar de Jurek en el cuarto, Jurek en el lugar de la mesa de la cocina. Durmieron

profundamente hasta que la Tierra hubo cumplido su parte dando la vuelta en torno al eje como una bailarina presumida, y al amanecer se postró, solícita, a los pies de los dos trabajadores.

Cuando salieron, despabilados por la achicoria y el resto de pastel, el sol ya ahuyentaba el frío del día anterior y de nuevo olía a mes de mayo.

Abril, dicen, siempre vil: al principio, al medio y al fin. Estaba Sonia, pero faltaba Olek, estaba Marcel, pero no estaba con él su mujer, aunque sí estaba en la misma Varsovia; estaba también Jurek, pero de Janka, nada de nada.

Pero Janka ya estaba en camino. El tren traqueteaba, el tren resoplaba, a veces silbaba; en Ulrychów, tanto en la cocina como en el cuarto, se oían desde hacía una hora unos suaves ronquidos, y en el tren las respiraciones acompasadas de los pasajeros dormidos; sólo los ojos abiertos de par en par de Janka mostraban el verdadero cansancio que venía de una pesadilla no precisamente soñada. Desde arriba, como desde el séptimo cielo, la observaban dos maletas gemelas de piel de cerdo cuya compra y preparación había supervisado su padre en persona, de la misma manera que ahora, también en persona, aunque no solo, descansaba muy abajo, en un agujero plano. Qué contenían estas maletas no se supo muy bien hasta que Janka no tuvo la bondad de abrirlas, primero en el tren, a petición de dos señores de uniforme verde oscuro que hablaban una lengua bastante gutural, y luego ya en la esquina de los aseos de la estación de Varsovia, ante dos señores vestidos de azul marino, que balbuceaban en una lengua más de aquí algo sobre el idílico paisaje que se extendía ante el cuartel general de la Gestapo de la avenida Szucha. Desalentados por los gruesos manuales de contabilidad y un ejemplar del Nuevo Testamento en la traducción de Wujek que se escondían bajo una sima de ropa interior de algodón, sacaron las manos de debajo del montón de sostenes y braguitas y se marcharon maldiciendo bajo sus abultadas narices.

Era un día como cualquier otro. A la hora en que el tren en el que iba Janka se estaba acercando a Varsovia y Jurek y Sonia esperaban el suyo, todos los contables y todas las contables habían salido ya de casa. En su despacho de Tworki, Kaltz ya estaba afilando sus lápices y sacando del escritorio la goma para borrar los errores que cometen casi todos los que cuentan y todos los que escriben. Cumpliendo sus indicaciones, Quick, cubriéndose con elegancia el bostezo que le asomaba a la boca con la mano abierta con la que acababa de saludar con un «Heil» [¡salud!], colocó sobre el escritorio de Sonia los libros de contabilidad donde había que inscribir las nuevas adquisiciones y en el de Jurek acumuló la contabilidad financiera con una exactitud, Herr Jerzy, de tres decimales y no con el redondeo al que acostumbran los eslavos. Janka se abotonó la chaqueta, cogió las maletas y, mirando con curiosidad a derecha e izquierda, dirigió sus pasos a la salida. De nuevo hacía calor y echó dentro de la maleta, abierta nada más volver la esquina, la chaqueta, empujando la Biblia a un lado y colocando las medias con las medias. En una dirección muy segura, a tres pasos de la estación, ya no vive, señorita, que se llama así, así que ahora podía ir hacia delante, o girar hacia donde le viniera en gana, ya que el provinciano, ignorante de las fronteras de los barrios, se pierde en la ciudad y se pone a sudar,

resplandeciendo como las aceitunas y las uvas en Campo de Fiori. Así que, al acordarse de su padre, se puso Janka en camino adonde fuera, cambiando de dirección en cada calle transversal, mirando a derecha e izquierda y rezando en los cruces. Por fin, fatigada y sedienta, entró a una cafetería para tomarse, como todo contable a esta hora, una taza o un vaso de buen té.

Sonia no siempre lo endulzaba, Jurek sí, sobre todo cuando Kaltz les ofrecía del verdadero, refinado. A veces, para acompañar, Jurek contaba alguna anécdota, y a su alrededor se hacía un silencio que poco después explotaba en carcajadas una vez que se había dado cuenta del té y comprendido el chiste. Ese día había recitado un epigrama de un lebranco colgado de un gancho, tras lo cual se puso a pensar en el saldo positivo de aquella agradable (pues Sonia le sonreía y el té estaba sabroso) mañana. Janka, igualmente satisfecha como clienta, pidió incluso un segundo vaso de té, si bien la nata hospitalidad capitalina puso en el hule, con una sonrisa en el rostro sonrojado, hasta tres vasos, de igual color y con un humo que ascendía hasta las cenefas azules del techo. A los vasos de té se sentaron dos señores, que, nada más colgar las gabardinas, entablaron con Janka una conversación que debió de resultar bastante interesante, ya que Janka no pagó sólo el té, cuatro vasos de vodka, dos arenques, y hasta arenquitos, e incluso, no faltaba más, dos pepinillos, dejándoles a los señores, muy en contra de lo que estilan los contables, el cambio. Por desgracia se tenía que ir ya, y de nuevo se echó a la calle ya completamente bañada por el sol a pesar del humo, pilares de humo arremolinado que salían de detrás de aquellos edificios, de detrás de aquel carrusel enorme.

Pasó Janka al lado de unas mujeres que llevaban flores polacas, se quedó mirando los relojes del escaparate, se paró un momento delante de la noria y del carrusel de los caballitos silenciosos. Sin dejar de mirar con curiosidad a derecha e izquierda, llegó a una amplia avenida y anduvo junto a las vías del tranvía, contando las paradas y comparando los números de los vagones que se acercaban y alejaban, como haría todo contable que se precie, en dos columnas, igual que Jurek, que justo en ese momento estaba componiendo los gastos con los ingresos, y maldita sea la estampa de Kaltz, a partir del segundo decimal. Más adelante podía ponerse a contar los bancos de aquel parque y las flores de aquel parterre, pero daba igual lo que contara, ella era la única incógnita, así que, bastante fatigada, torció en una calle comercial, se detuvo un momento ante un escaparate y, al ver por un momento reflejada en el cristal la cara en la que las primaveras aún no contaban, ni se contabilizaban las arrugas y los ojos salían victoriosos de las ojeras, echó mano al bolsillo interior del bolso para sacar la última hoja de salvación con una dirección anotada, no muy segura, donde más bien era arriesgado ir. Un conductor de *rickshaw*, joven y amable, le colocó con cuidado las maletas junto a las piernas, y el *rickshaw* se fue abriendo paso ágilmente por la ciudad. La campanilla del carrito iba tintineando, alegre, sobre los adoquines y sonoramente se alegraba al final de cada línea la máquina de Jurek, pues por fin todo encajaba perfectamente, de nuevo daba cifras redondas y el hospital

mostraba un saldo positivo.

Y es que Janka ya no estaba tan lejos de él, de la tierra prometida del comedor, del almíbar que se podía repetir y de los robles con sombra incluida. Pues resultó que en la dirección poco segura de cerca de la estación de Opacz, la señora Aniela no sólo pone la mano, sino que también abre las puertas. Así que aún diez días más en un cuarto con vista al jardín por una suma moderada, teniendo en cuenta los olores y colores, las primeras noches de mayo acompañadas de la lectura de las ofertas de trabajo del *Nowy Kurier* y los rudimentos de contabilidad, por momentos oscuros como una noche de mayo, pero lógicos como que dos y dos son cuatro. Luego, sólo una pizca de suerte personificada en Sonia, a quien la señora Aniela le estaba cosiendo un vestido de flores frescas, bastante parecidas a las margaritas del jardín, tan hermosas y extrañas que eran aún desconocidas para los amantes de la naturaleza en estado puro y de las mujeres bien vestidas, al menos tal y como las habían soñado hasta ese momento los locos de Tworki, y ahora mismo ceñidas por la señora Aniela sobre las caderas con un cinturón negro de hebilla plateada.

¡Cumpleaños! ¡Cumpleaños! El avance descontrolado de la primavera hacia el festejo y las cifras que hay que celebrar por el simple hecho de que lleguen y parezcan redondas. El atrayente frufú de la colorida tela y el fogonazo del escote con una perla en el collar para que siguieran quedándose inmóviles y sonrientes las caras de alrededor, que los vasos se levantaran para el brindis, y que, ya que vamos dando pasos en la tierra, se haga justicia.

—Te vamos a hacer una gran fiesta —le anunció Jurek a Sonia—, al menos una docena de invitados, la mayoría de la ciudad, y mamá, como marca la antigua tradición polaca, traerá el almíbar y la tarta.

El soplo de suerte, que venía de un par de estaciones de tren más allá, miró a Janka fijamente a los ojos, observó la pila de manuales, Janka pidió que le acortaran el vestido un centímetro, le subieran un poco la cintura y le entraran un poquito por detrás, y así, «Sobre todo, señora Aniela, sin ningún vuelo», Janka quedó invitada, escuchada y besada por Sonia en ambas mejillas, y al día siguiente contratada por el procedimiento habitual, desde el susurro de Sonia en el oído, siempre dispuesto, de Kaltz, hasta la firme firma de Honnette en el documento en folio A4 que le pusiera aquél delante.

Cuando, dos días después, se presentó Janka en la puerta del despacho de los contables, la eterna pluma de Marcel empezaba a rascar más fuerte el papel, la silla de Jurek crujió un poco y en el alféizar de la ventana el gato *Virtuoso* se estiró. Jurek entornó los ojos tras los gruesos cristales y desde la puerta se adentró en la habitación una mancha color café con leche que con cada metro iba adoptando formas más complejas. Se imaginó Jurek una figura bípeda con medias, vio ya las manos, que salían con un gesto grácil de los guantes claros como dos asas de porcelana que pedían ser abrazadas con ternura; dos pasos más y le golpeó la visión de un talle color café completamente relleno por un cuerpo cien por cien arábico, y tras el paso

siguiente, pudo observar la sombra del cabello más oscuro que un trazo y, entre ellos, una cara de Afrodita nacida del vapor que se balanceaba, coqueta, a un lado y a otro.

Pues sí, era la última vez que Janka miraba a derecha e izquierda; se quedó mirando insegura la mesa vacía, pero ya se levantaba Marcel, reaccionaba Jurek. Sonia ofició las presentaciones, alabó la elección del vestido para el debut, tras lo que todos, unidos por la fuerza de los contables e ignorando a Quick, que estaba solo en su rincón, se sentaron ante un té recién hecho pero sin azúcar. Todavía no habían llegado los posos al fondo y ya Jurek se había quemado la lengua y empañado las gafas, perdiendo la *raison* en su propia niebla. Pero tenía tanto que añadir a su rima de siempre del brebaje que se bebe en los celajes, como que otro ángel acababa de acercar sus perfectos labios al vaso que le prestara Jurek, tomando en la mano grácil la cucharilla de aluminio blando, y que en absoluto es amargo por no estar azucarado, y es que Jurek, Jureczek, nada de eso de señor Jerzy, podría beber e incluso degustar este té durante muchas horas antes de que pase más de una primavera y el tiempo ponga las cosas en su sitio. Estaba sirviéndose otra taza cuando la puerta se abrió sin ruido y en el cielo irrumpió Kaltz con una cara marcial, como corresponde a los superhombres, y la boca llena de largos sustantivos, pero desconcertado por la mirada de Sonia, el arma más terrible del enemigo, peor todavía que los *Banditen* [bandidos] que acechaban en los bordes del camino, se fue, dócil, a buscar el azúcar y, sentándose junto a los festejantes, contó aquel *Witz* [chiste] del alemán y el polaco que se encuentran en el infierno y va el diablo y les pregunta.

Cuál de los dos consiguió salir del infierno, además del diablo, algún día lo contará la historia, pero por el momento no la apresures, porque no nos llega el aliento, porque la sangre nos corre a toda velocidad, porque queda poco tiempo para el cumpleaños del sábado. La puesta en escena y la dirección la asumió Jurek Archiduque, Guionista *ex machina* en esta sucursal del gran teatro del mundo, Gran maestro de ceremonias. En la ejecución de su plan, bellamente caligrafiado, con puntos y asteriscos, involucró a todo el mundo, independientemente del estado de sus cabales y el grado de enamoramiento de Sonia. La brava brigada de cesares del pabellón F, dirigidos democráticamente por Nerón, limpió el prado que se extendía a orillas del Pérdida y montaron con las piedras una mesa de bufet poco convencional. Los santos del pabellón K hicieron unas hermosas guirnaldas de papel oficial que el comando de marcianos y uno de Neptuno se encargaron de colgar en las ramas más bajas de los pinos. Vivaldi iba y venía por la avenida principal, murmurando para sí como cuatro melodías, el gran Rubens llevaba dos días rondando a Sonia con el pijama manchado y una cara misteriosa, mientras que Antiplatón no se dejaba ver. La buena de la señora del comedor prometió tazas y platos de latón, y el cuchillo largo pero de verdad, Herr Jerzy, se comprometió a encontrarlo Kaltz, además de tantos pases como fueran necesarios. Una tarde, nada más salir del trabajo, Jerzy se fue de repente a Varsovia, y dos veces se le vio ir en dirección a Pruszków; por las noches se encerraba con Marcel en su cuarto, donde se oía cantar, declamar y tocar, y también, la última noche, silbar, y qué era, ya se verá. También a Janka le esperaba bastante trabajo con los arreglos del vestido de Sonia, que le iba quedando cada día mejor a pesar de los arreglos de doña Aniela, y con las largas reuniones con Jurek y Marcel sobre los preparativos de la fiesta. Por lo demás, el día se iba alargando dulcemente a costa de la noche, el viento espantaba las nubes más grises para entregarles invitación sólo a los cúmulos y sobre el Volga temblaban cada día con más impaciencia mamá tierra y papaíto tiempo.

El sábado veinticinco de mayo, el primero en despertarse fue el gato *Virtuoso*. Maulló tres veces, como estaba acordado, y se relamió los bigotitos. Al oír la señal, el Sol envió un rayo de prueba y, nada más proyectado en la corteza, salió rodando desde detrás del tejado con su pesada bola. En ese momento se abrió con un gran estrépito la ventana de la habitación de ese piso y se asomaron un par de ojos intranquilos. Alguien silbó alegre, seguramente Marcel, alguien tarareó, Marcel, seguro, y a su lado, se puso a hablar, así era Jerzy, ya que el Sol, nuestra aspirina cósmica, traía alivio a la vida y un marco adecuado para la fiesta. Para el olor de la primavera se rociaron los caballeros las mejillas con agua de ámbar, para el aire dorado del porche se pusieron los caballeros chaqueta y pantalón de sincero algodón, planchados lo mejor que pudieron, sacaron los calcetines, ya con un resto de color

sobre el tobillo, y sobre aquello que aún está bello e intacto se pusieron los caballeros en la solapa cintas de colores. Miró Marcel a Jerzy, miró Jerzy a Marcel, «Dios mío, cómo lo quiero», pensó el uno; «Temido Yahvé, cuánto lo quiero», pensó el otro.

Mientras tanto, dos pabellones más allá se abrió con estruendo una ventana, las *madonne* recogieron de la ventana la ropa interior y se quedaron mirando el armario abierto por la corriente.

—Bueno, vámonos ya —animó Janka—. No tiene sentido esperar más, que vamos a llegar tarde a la oficina.

Pues claro que tenía sentido esperar, esperar el amor de Dios y el fin de todo aquello, que vinieran tiempos mejores y volver a casa, o quizá, en realidad no había qué esperar —lloró Sonia desconsolada cubriéndose con el pañuelito planchado— pues para qué todo esto, para qué estas flores en el vestido y el cinturón con la hebilla plateada, y el frasquito con esencia parisina, si él no está y quizá ya nunca esté. Janka, más positiva de cara al futuro, pero sensible a lo presente, también echó mano de un pañuelo, y se abrazaron las *madonne*, y siguieron llorando, susurrándose algo al oído, y siguieron llorando, las lágrimas cayéndoles en las combinaciones, testigos mudos de lo que llevan dentro y de lo que el corazón esconde.

Y es que qué otra cosa podría quedar en la superficie, si no estas flores y olores ganándoles la batalla a la tristeza, si no estos tacones, más altos que la tonta tierra, y el cinturón que hay que ajustarse bien. Por fin la hebilla logró entrar por el agujero más apretado, Sonia se miró por última vez al espejo y se arregló el pelo con un gesto grácil y bajó con cuidado la escalera para recoger del comedor la taza matutina de achicoria y la rebanada de pan con mermelada.

Se oyó un golpe, luego un estrépito, y tras el árbol donde estaba Jurek, algo se echó a reír. Un coro de locos formó un semicírculo resistente y bien dibujado desde el cantante más alto al más bajo, y a una señal de Marcel, que salió de la sombra, dieron el sol de prueba. Fue recibido admirablemente y Marcel rió satisfecho, levantó ambos brazos amenazante, se quedó inmóvil por un momento para luego hacer descender el cielo de súbito con un gesto. De las gargantas apretadas por el cuello de las camisas salió la primera cifra, redonda y larga como cada edad y como todos los siglos. Al repetirse varias veces, el canto se fue conformando en deseos de una larga existencia, de al menos un diez por ciento de eternidad, de un techo protector, y una cigüeña en el nido, un trébol de cuatro hojas, una puesta de sol ininterrumpida sobre la laguna y manjares en el paladar, ya que empezamos a cantar de la felicidad cotidiana. Además de, por qué no, un brindis con el coro.

Los brazos de Marcel se alzaron al cielo vigilante, volvieron a agitarse abajo y arriba y se hizo el silencio. Sonia enrojecía y palidecía, pero aún más pálido estaba el más viejo Matusalén, el patriarca de Tworki, que recordaba las expediciones de Cortés y la venganza de los indios al amanecer. Se apartó de la fila con un tazón de achicoria humeante y una rebanada de pan en la mano, dirigiéndose con paso tembloroso a la homenajead, al mismo tiempo contable y diosa azteca, y sobre todo

divina de los pies a la cabeza con especial atención al talle. Después de entregarle con ceremonia su dádiva, se arrodilló y clamó emocionado, antes de echarse a llorar.

—¡Recibe esta ofrenda, y quédate con nosotros, oh Tú Eterna, y permítenos honrarte en tu día!

Sonia levantó bien alto el tazón con una mano, se lo mostró a todos y se lo acercó a la boca con un gesto ceremonioso; con la otra mano acariciaba la canosa cabeza del viejo, tras lo cual hizo una leve reverencia entre aplausos. Mientras tanto, el coro empujó hacia delante a un mocoso duérmete niño casi perdido dentro del pijama. Era el más joven de todos, pero ya completamente majareta, y se acercó corriendo a Sonia, la besó sin pudor alguno en las dos mejillas, le colocó en la cabeza una corona hecha de trozos de seda y gritó «Aleluya, aleluya», y, tras pararse un momento, «*Heil Hitler, Frau contable*», para volver, diligente, a la fila. Todos se echaron a reír, «Hay que ver este loco», y el semicírculo, convertido en séquito a un chasquido de los dedos de Marcel, se colocó en posición de marchar. Sonia, radiante, susurrando «Gracias, gracias», a diestro y siniestro, se colocó a la cabeza de la procesión y el coro la siguió al ritmo de la canción del romero en flor y la de ahora que vamos juntos. En el umbral del edificio de la administración Sonia se dio media vuelta y volvió a darles las gracias a todos, llevándose al corazón la taza y la guirnalda con un gesto teatral. Entre tanto, Marcel estiró los brazos hacia delante, chasqueó los dedos, y el coro, refunfuñando cada uno por su lado, se dispersó a regañadientes, vigilado desde detrás del árbol por Jurek, cerebro de la operación, y Janka, su enlace.

Al llegar Sonia, en la oficina empezaron a traquetear las máquinas de escribir y los ábacos; al suelo cayó un lápiz alemán. Se hizo un embarazoso silencio, por suerte hicieron su entrada, sofocados, Janka acompañada de Jurek y Marcel, aún moviendo los brazos; besaron a Sonia tan sonoramente y tantas veces que Bronka se atrevió a sonreír y a comparar el vestido con una alfombra persa; «Muchas felicidades», dijo Jabłowska, y desde el rincón un rubio soltó con dificultad un «*Ja, gut*» [sí, bien].

Los nuestros intercambiaron cómplices guiños y, ya manos a la obra, empezaron a subrayar las sumas parciales y a pasar a la otra columna los asientos necesarios en este continuo caminito de nuestra existencia, desde el alumbramiento hasta el ocaso, pero hoy desde las siete y media hasta la una y media. Pues a la una y media las plumas entraron en los capuchones, los lápices a los tarros de mostaza, y penetró en la oficina Kaltz, aún más sigiloso que de costumbre y con un papel en la mano.

—«El señor director Herr Honnette le desea a la señorita Sonia muchas felicidades con motivo del vigésimo cumpleaños que hoy celebra —leyó de una manera aún más silenciosa, y enrojeciendo después de haberse puesto pálido—. Muchas felicidades, satisfacciones en el trabajo y un largo servicio por el bien de nuestra comunidad hospitalaria. Como muestra de reconocimiento por los resultados conseguidos en el primer cuatrimestre se le asigna una gratificación extraordinaria en metálico que asciende a cuarenta y cinco zlotys, que se le entregará el próximo mes. Firmado, señor director Herr Honnette».

Sonia se acercó a Jurek y a Marcel, que echaba miradas impacientes por la ventana. Jurek prefería que no dijera nada, así que la informó él mismo:

—Deben de estar al llegar. A lo mejor mamá trae algo del correo.

Sonia le sonrió, turbada.

—Bueno, pues, ¿qué hacemos ahora, aprovechando que me he puesto este vestido? ¿Por qué no os venís todos a mi cuarto a tomar algo? Le compré dos botellas ya sabéis a quién.

Sabían a quién, porque también tenían aún que sumar otras tantas, y porque era hermoso multiplicar el veinte del cumpleaños por un dos, o incluso, si el espirituoso líquido había destilado todo su espíritu, por un tres por ciento, y verterlo a los vasos, bebiéndoselos en el claro del bosque a la salud de cada brizna hasta que nos elevemos sobre la tierra. Pero mejor que Sonia vaya a buscar las botellas y quedemos a orillas del Pérdida dentro de una hora, que desperdiciarse no se van a desperdiciar.

Llegó un mar de minutos tarde, pues al salir del pabellón se le apareció como de la nada Kaltz, que no fue capaz de abrir la boca, ni siquiera cuando Sonia le sirvió un trago en el tapón de la botella. Por fin empezó a mascullar entre dientes algo de un regalo personal por la ocasión, se palpó uno de los bolsillos, no encontró nada, en el segundo tampoco, se sonrió, desconcertado, y fue del bolsillo trasero del que sacó una cartera pequeña, manejable.

—Quizá le venga bien una paga extra —susurró—. Le deseo una agradable velada. La juventud está para divertirse.

Llegó un par de minutos tarde, pero luego se quedó inmóvil mucho más de dos minutos, observando el pórtico hecho de troncos de abedul y de ramitas de abeto, la decoración de piedra de estilo clásico libre, las guirnaldas de los pinos, la mesa de bufet decorada con hojitas y cortezas. Entre tanto, se había llevado a cabo ya el primer brindis de bienvenida y el segundo general; tras el tercero y definitivo se formó una larga cola para rozar las mejillas y estrujar el vestido de Sonia, un convoy entero de buena gente. Sonia miró con gravedad a la madre del director de escena cuando ésta la estrechó contra su pecho y colocó en la piedra una tarta con la inscripción «Para nuestra Sonia» y un corazón de caramelo; Sonia se ruborizó cuando ante ella se arrodilló Stefek, cuando le apretó la mano y se la besó a la varsoviana, y en ella le colocó discretamente un cartucho con un corazón minúsculo y un grabado: «Para Sonia de los chicos». Se rió a base de vocales cuando le fueron imprimiendo sus besos en el maquillaje los siguientes pasajeros, Henia y Witek, y cuando le hicieron una reverencia con la mano en el pecho; el carmín que le quedaba lo empleó en las mejillas de Bronka y de Anna, la mujer de Marcel, y de Joasia, la hermana de Anna, invitada *in extremis* para que a nadie le faltara pareja de baile, y ya se echó a llorar de verdad cuando al fin la rodearon, abrazándola, Janka, Marcel y Jurek y le gritaron al oído y para todo el bosque muchas felicidades.

Su admirador encendió exactamente veinte cerillas y le calentó la mano a Sonia antes de que ésta consiguiera prender la pila de ramitas de abeto y de fragante enebro.

Entre aplausos y felicitaciones, Jurek y Marcel se pusieron a repartir bayonetas y trozos de longaniza que habían conseguido ya se sabe dónde. Todos se inclinaron sobre el fuego, por encima de la gente se oían los sonidos del bosque. Cuando las primeras gotas de grasa cayeron sobre las brasas y las bocas hubieron masticado los encurtidos, los chicos sirvieron la cuarta ronda y Jurek, echando una mirada a Sonia y a su reloj, dijo en voz alta:

Antes de que los brindis se nos vayan de las manos,
y suene la música y al baile nos rindamos,
ofrendas recibirá nuestra adorada Sonia
de la *crème de la crème*: ¡los más ilustres tworkianos!

Y es que sí, del camino algo venía arrastrándose con la dificultad propia de las personas que cargan con su cruz, incluso si se trata de un cuadro de un metro y medio por dos y medio. Por fin Rubens consiguió colocar su obra en el centro del claro y arrimarla a la mesa de piedra. Una vez que hubo recobrado el aliento y se hubo colocado el pijama, señaló con una mano a Sonia y con la otra, aún más orgulloso, el cuadro.

Había tenido lugar una multiplicación milagrosa. Pues a la izquierda estaba Sonia y a la derecha también Sonia. Ya había dos Sonias, dos bocas para besar, dos cuellos para ser adornados, mejor si es con un collar, dos narices, es decir, cuatro agujeros, y dos pares de ojos. La homenajeadada recién llegada miraba a la homenajeadada que estaba ya presente y aquélla con gran desconcierto al resto de los presentes y a Rubens. El resto se reía y aplaudía, y el artista, orgulloso, clavaba la mirada en el suelo, la inspiración de su arte.

Y es que de la tierra había surgido una nueva Sonia como había surgido del barro el mundo. Seguía siendo un cuerpo, pero más ligero que las ideas; seguía siendo una mujer, pero ahora también un eterno pelaje. Los pies desnudos y las pantorrillas surgían del suelo, aún negro, pero los músculos estaban hechos del mejor material, forjados para la eternidad. Por eso la desnudez podía subir aún más, y abrazando las rodillas, y dando esplendor a las piernas bastante vellosas, y saltándose las partes centrales, se inclinaba ante el Artista, ante nuestros incrédulos ojos, en el claro, uno de los bordes del misterio con un pezón al final, mientras que más arriba cubría el largo del cuello, ya calculado de una vez para siempre, los labios humedecidos con una media sonrisa y por último el alma, dividida entre la pupila izquierda y la derecha.

Pero volvamos *in medias res* allí donde están las pieles. Y es que sí, Rubens había envuelto el talle de Sonia con algo veloso y leonado. Lo que una vez habían sido las patas le abrazaba las caderas y le cubría el higo con amapola o cómo era aquello en el paraíso, lo que fuera el tronco lo llevaba enredado en el vientre, atravesaba el otro pecho y el hombro de Sonia para unirse con lo que una vez fuera cola, mostrando un todo suave, cercano y un poco picaro. Y es que algo quería esta nueva Sonia, así de

pie con esas piernas tan fuertes, por ejemplo, que le quitaran las pieles y miraran a la primera mujer salida de, si no me equivoco, la séptima costilla, una mujer cálida, avergonzada y anhelante. Así pues, era insegura pero también dispuesta era la sombra de su sonrisa y, a fin de cuentas, concreto era ese trozo de piel, pues sugería que no había incompatibilidad entre ellos y que lo que esconde aquí y ahora se podría abrazar y llevárselo aunque sólo fuera para siempre.

No cabía ninguna duda de que el maestro del retrato se lo había ganado todo a pulso: su nombre, una larga estancia en Tworki, una copa entera y un trozo de longaniza, un apretón de manos y un sincero beso de Sonia, y luego otro trago más que se bebió de manera normal, con la cabeza echada hacia atrás, pero no la risa de Stefek por encima del hombro de Jurek. Por suerte para la música del mundo que sonaba tras los arbustos, se alejaron los sonidos de las ocarinas y entró al claro, vivaz y delicado como la primavera, primera de las estaciones, Vivaldi con una flor en el bolsillo del pijama. Haciendo reverencias a una y a otra Sonia y, sin mirar siquiera la longaniza, atravesó la escena como transportado, soplando su instrumento, desarrollando la melodía. Para el tiempo que había pasado quizá tocaba demasiado despacio, pero en realidad de una manera perfectamente adecuada al ciclo del eterno retorno, de manera que no se desperdiciara nada, de la espiga se hizo el pan y las cigüeñas volvieron a sus nidos a incubar esperanza. Cuando ya hubo pasado la primavera, descargado su ímpetu, transcurrida en susurros, prometía un verano cálido y un otoño e invierno regulares, y cuando dio varias vueltas con un zapateo y recordó tras las últimas notas las primeras, entre los arbustos volvió a moverse algo.

—Antiplatón, ya puedes salir —gritó Vivaldi tras el escenario, mirando inseguro a Jurek y su ceño fruncido con cara de pocos amigos antes de que estallaran los aplausos, y se fue hacia el bufet sin ser invitado.

Antiplatón, como cualquier obrero de la palabra, también empezó por la longaniza y dos tragos. Sonia asintió con la cabeza sin salir de su asombro y hasta cogió a Jurek del brazo, qué guapo estaba hoy el invitado recién aparecido, con qué dignidad rellenaba el pijama. La barba, peinada por primera vez desde tiempo inmemorial, esculpía sus largos y canosos rizos, la parte más espesa de cabello estaba separada de la más lampiña por una raya festiva, la nariz tuberculosa brillaba menos, los labios otrora violetas mostraban un color carmín, a juego con los nuevos calcetines bajo unas sandalias limpias y bien lustradas. Por fin tragó saliva entre las risas bienintencionadas y se lamió de la barba y del bigote los restos de mostaza, carraspeó con fuerza bajo el cuello limpio del pijama y, poniéndose de pie entre las dos Sonias, lanzó contra el repentino silencio:

Primavera ha llegado: el verde mayo,
¡que el mundo entero sea alabado!

La primavera había llegado. Había llegado sin el estertor de las capas de hielo, sin un violento crujido de las fluviales cadenas del invierno. Había llegado sin hacer ruido,

como un sueño, acunando a la dolida tierra en su vientre. Y tras ella venía mayo, que traía de lejos un tesoro de encantos.

Primavera ha llegado: el verde mayo,
¡que el mundo entero sea alabado!
Mayo, rey del año, príncipe de los veinte años,
mayo, comunión de las almas, para el dolor remedio,
de los corazones acelerado tempo,
mayo, juventud...

Antiplatón de pronto se puso a tartamudear y a echar miradas nerviosas al papelito que tenía en la mano.

—... inmaculada —le susurró Jurek.

—... inmaculada —repitió, irritado, Antiplatón, arrugó el papelito y lo tiró con furia al arbusto—. Al cuerno.

Se fue hacia Sonia, se puso delante de ella de pie, con las piernas separadas, se mesó la barba y puso una cara solemne.

—Antiplatón a Sonia, salve y gloria. Poco se diferencia el síntoma del azar, del azar. Entre los iguales no tienes rey, los perros se fueron al bosque para siempre. No es el primero aquel que ladre, ni es el segundo aquel que responda. En esta espesura no hay soledad. He aquí la espesura de la espesura, que se escapa de quien la persigue, el ciervo dispara, las municiones las cuenta el jabalí. La caza continúa, animales no hay y no habrá. Pero a ti, Sonia, a tus veinte años, en la espesura de los tiempos, les quiero rendir el más hermoso, el más humilde homenaje. A Sonia, en su cumpleaños, Antiplatón le dedica salve y gloria.

—No entiendo muy bien —le susurró Sonia a Jurek, aplaudiendo aún más fuerte que los otros y respondiendo con una reverencia a la profunda reverencia del orador —, pero bien declamado, y, seguramente, divertido.

—¡Está loco! Está muy claro, está loco. Y eso que se lo supliqué. Ahora sí que se ha vuelto loco del todo —dijo Jurek como para sí y se puso en el centro del claro del bosque, también aplaudiendo y asintiendo con la cabeza. Esperó un poco y, cuando por fin todos echaron mano de nuevo de los vasos, resumió lo que había pasado:

A este claro llegó el arte, las musas que tanto amamos,
música, imagen, palabras, encuentro de las almas,
y ofrendas recibió nuestra adorada Sonia
de la *crème* de la *crème*... ¡los más ilustres tworkianos!

—¡Cretino! ¡Es un idiota! —les susurró Antiplatón a Rubens y a Vivaldi. Sonia acompañó a los invitados unos cuantos metros y, en el claro, Marcel se puso a instalar su orquesta unipersonal compuesta de un acordeón y un majadero que daba en una madera a modo de pedal.

Pero antes de que Sonia se ponga a bailar un *oberek* y una alegre polca, la entretienen un poco en el sendero, mientras Marcel termina de colocar los

instrumentos, las palabras de otro habitante de Tworki que, no se sabe por qué, no lo había nombrado Jurek, aunque estaba cerca y sin duda había bebido. «Permíteme, Sonia, que yo también te desee lo mejor en tu cumpleaños. Que sigas siendo bella mucho tiempo, y luego, bonita, amable y encantadora, y que conserves esa esbelta silueta. *Non omnis moriar*, dicen y escriben en las lápidas, pero dan lástima incluso esas partículas. Te deseo, e incluso te pido, que te quedes aquí para siempre, que no te alejes más allá del sendero que lleva del portón a este prado y no cruces las vías por nada del mundo. Que estés siempre a mano como las letras bajo la pluma y como las rimas asonantes. Si así lo quieres, te concedo, como a Mefisto, la eterna juventud, y pagaré por ella, pero en absoluto como lo hizo Mefisto, sino con mi vida, mi gracia, mi puesto, mi dinero, con tal de que no abandones Tworki, con tal de que sigas transitando por sus avenidas de grava, sonriéndoles sinceramente a los locos. Y cuando empiece el baile, si puede ser, dedícale el primero a Jurek, que bien que se lo merece».

El acordeón se llenó los pulmones, Marcel estaba ya preparado. A mamá se acercó Heniek, haciendo una profunda reverencia. A Anna se lo pidió Witek sin dejar de ser él mismo: con una mano en el bolsillo. A su hermana Joasia se acercó corriendo Stefek y la cogió fuerte de la mano, primero como para probar, con cuidado, y luego... ¡jop! Jurek se volvió hacia un lado y vio a Janka sonriendo, y al otro, a Sonia riéndose. Cuando sintió en las mejillas la respiración y el perfume del escote de Sonia, Jurek dio un respingo, se fue rodando hacia delante y se quedó con el mismo olor, pero un poco distinto, porque el escote era el de Janka. En el claro se propagaron los acordes y todas las parejas entrelazaron las manos, sonó el segundo acorde y en el centro del claro se quedó Sonia, álamo solitario, cayó el tercero, que marcaba ya el preludeo, y en medio del claro Sonia se moría de pie. Mientras tanto, Marcel miró a Jurek, Jurek volvió a echar una mirada al reloj, levantando mucho la mano. Y gritó con desgarró, porque así también sabía:

Embriaguemos el corazón de esperanza como si ambrosía fuera:
Si vale la pena esperar algo, es a que llegue Primavera.

De detrás de los árboles, a la derecha del claro, apareció una silueta alta que llevaba subidas las solapas del abrigo. Dirigió sus largos pasos directamente hacia Sonia, ante Sonia se paró y preguntó con un tono que sonaba sospechosamente a ensayado, artificial:

¿Me concede, señorita, el honor de este baile:
darle vueltas, llevarla, bah, ceñirla por el talle?

Sonia asintió con la cabeza, Sonia asintió con la cabeza. La mano derecha le abrazó una cadera, la izquierda buscó su mano.

Marcel aporreaba las teclas y las teclas daban de lleno en todo lo que cuenta, en lo que iba repitiendo de oreja en oreja y en ciertos corazones. La melodía no duraba

mucho, pero cuántos saltitos, vueltas y miradas le cabían. Otros también dieron vueltas, adaptaron los pasos, imprescindible para bailar el valsecito, otros también uno dos giraron, o incluso, como ahora mismo Witek, se tropezaron, pero era en el centro del claro donde saltaban chispas, donde se ignoraba el suelo. Uno dos tres rodeó el hombre a Sonia por su fino talle, uno dos la alejó de sí y tres la abrazó, y rápido, dos tres, voló con ella, y giró el aire una y otra vez, y ya no se ve, ahora vemos a Sonia, y vemos en sus ojos dos lucecitas, ahora a Olek y una cara que tiene una sonrisa más ancha que larga y bien afeitada, y sobre la nuca de Sonia el cabello aún recogido, y de nuevo la nuca de Olek, muy rasurada, y de nuevo los ojos de Sonia, uno de ellos entornado, seguramente como respuesta a algún susurro de Olek, y cuando Olek sonríe aún más, el cabello de Sonia se escapa, se derrama sobre el cuello, y de nuevo no se ve nada, y se oye el uno dos tres, uno dos tres de un valsecito que no era precisamente de Chopin.

Sí, Marcel había cambiado de melodía, transportando obstinado a los que hasta ahora tenían los pies en la tierra a un tango marinero, que invitaba más al balanceo, menos a los giros, más cerca de las nubes y la brisa del horizonte, así que se tensó el abrigo de Olek, como una vela, de puerto en puerto, y ondeaba el vestido de Sonia a toda vela, pero he aquí que con mucho tacto y nuevos acordes Marcel los obligó a emprender el regreso, desde la inmensidad de las lejanas aguas, a un país hermoso y amable, por ser el nuestro autóctono, conducirlos, allí adonde está el corazón, y un *oberek raj chaj chaj*, y una mazurca u-ja-ja, y Sonia y Olek como un granjero y su granjera en el terreno de pasto, y ahora en el prado con un taconeo que no tiene igual en ningún otro país así, un repiqueteo que iba diciendo que sí, sí tú, sí, sé que eres tú, te he echado de menos, sí, quiero, sí, que sí, y te deseo, sí, que quiero, sí, y quiero, sí.

Pero Marcel, como si se hubiera extrañado él mismo de la canción, había plegado ya el fuelle; cuando todas las parejas se pararon, se hizo el silencio y Jurek y Janka corrieron a encender las velas del pastel, y desde los fuelles de pronto se elevó hacia el cielo una melodía nueva, pero conocida, «aún Polonia», entonaron Heniek y mamá, «no ha sucumbido», se unieron los bajos Stefek y Witek. A una señal de Jurek todos los invitados se acercaron a la fulgurante tarta mientras en derredor palpitaba todavía la luz del día. Jurek, balanceándose de un lado a otro, levantó la copa que le había llenado a toda prisa Stefek y mirando fijamente ya el pálido rostro de Olek, ya el dibujo luminoso de la tarta, dijo:

—Una cálida velada de mayo. El viento sigue durmiendo en el oscuro cubil de la noche, no atormenta hoy a los árboles, no aúlla con su voz baja y lastimera. Y conforme la noche va cayendo, cuando el manto de la noche empieza a cubrir con su oscura tela nuestra tierra polaca, allá, a lo lejos, veréis una línea de llamas resplandecientes: allí están acampados nuestros soldados. Allí hablan bajito aquellos que ofrecieron lo más valioso que tenían dando la vida por la patria, aquellos que yacen, quizá desconocidos, y de los que el futuro solo dirá: regimiento, batallón, batería, ejército. Oh, soldado polaco, cuya única perdición, cuya única preocupación

no han sido los trabajos y las bajas de las filas, ni las balas y las bombas, sino lo sagrado de tu objetivo. Os defendisteis contra una fuerza de loca supremacía, defendisteis la libertad de nuestro pueblo y, aunque caísteis bajo el fuego asesino de la batalla, salvasteis nuestra honra y nuestro honor, que para nosotros, los polacos, han sido siempre y siguen siendo nuestros mayores y más preciados tesoros. Nosotros, a los que Dios nos hizo quedarnos, permanecemos aquí como guardianes de la limpieza de nuestros sentimientos, ofreciéndole todo nuestro sufrimiento al Único Dios. Y creemos que si Él ha permitido que nos alcance tal trueno, este rayo incendiario, es porque confía en nosotros. Confía en que nos levantaremos mejores, más fuertes. En esta cálida y festiva velada de mayo los pensamientos de todos nosotros, los aquí reunidos, polacos que seguimos con vida, vuelan hacia vosotros, soldados polacos. Que de vuestras tumbas, dispersas por los campos de batalla de Noruega, Holanda, Francia y a lo largo de casi toda Europa, nazca algún día una Gran Polonia.

Jurek enfatizó el último sustantivo, tras el cual se fue hacia Olek y se le abrazó al cuello. Así permanecieron, abrazados, mientras al lado lloraba Sonia, sollozaba la madre y todos se quedaban mirando las puntas de los zapatos de los chicos. Luego Olek besó a Jurek en las dos mejillas, se acercó a Sonia y la llevó hasta la mesa de piedra. Sonia inspiró profundamente y retuvo el aire en los pulmones como si lo hubiera adquirido en propiedad o para usarlo a perpetuidad. Cuando hubo llenado todas las cavidades hasta el diafragma, se inclinó sobre la hermosa tarta de fruta y almendra, de tres capas, redonda, sobre la que se desató el viento, desesperado, haciendo guiñar las veinte lucecitas. Se apagaron todas las llamitas; la tarta perdió de una vez su brillo.

—Cumpleaños feliz —entonó Stefek y se fue hacia Olek—. De dónde sales tú ahora, chaval, que cumplas muchos más.

—Y que cumplan muchos más —corrigieron todos y rodearon con alegría a Sonia y a Olek, y en Olek, al hombre, y en el hombre, la felicidad y una bala en la garganta. Que cumplan muchos más, hasta cien, que la tarta sea de verdad dulce y de tres sabores distintos, que la botella que está en el bolso de mamá sea licor casero de la tía Irena, que todos se sienten cómodamente, que Sonia descanse junto a Olek y que Olek responda a todas las preguntas que se amontonaban en los labios y se mezclaban con los grumos de crema de vainilla y, para algún afortunado, con una almendra de verdad.

—En realidad ya se lo conté todo a Jurek —empezó tímidamente Olek—. Hubo algún que otro percance, pero al final conseguí llegar a tiempo. Jerzy lo cuenta mejor.

—Olek se escapó —anunció triunfante Jurek—. Ganó el partido contra el Burghof, aprovechó un descuido, se subió a la bicicleta de Helga y desapareció. Luego viajó en un tren de mercancías, escondido entre unos bultos, hacia el norte, cruzó a braza el Danubio, en un tren correo húngaro atravesó los Tatras hasta Zakopane, sin problemas, porque ya conocía Budapest, rápido por toda Polonia, y ya

estaba en casa. Lo malo es que el tren se rompió en Włochy y tuvo que andar toda la noche, saltar el muro y despertarnos. —Jurek cogió otro trozo de tarta y tragó—. Todo gracias al fútbol. El domingo iba a haber un partido. «Sin mí vais a perder —le dijo Olek a Schnitzel—, ya sabe usted qué bien le dan a la pelota los de Burghof, ya les ganaron a los de Dorhof y aplastaron a los de Zamthof. Y, ¿con quién va a jugar usted, patrón, con Reschke y Waldtke? Si éstos no son capaces ni de seguir a las vacas. Sería una pena perder esos tres barriles de cerveza». Bueno, y el Schnitzel ese, el mejor enlace de todo Dubhof, se fue corriendo con Olek a ver al granjero y le dijo: «A éste nos lo llevamos, señor, no hay quien dé pases de cabeza como él, les vamos a dar una buena paliza a los de Burghof». Ya lo escribiré todo. Se va a llamar *La huida de Olek*. Para hoy ya he preparado algo. —Jurek sacó una hoja del bolsillo, cogió el último trozo de tarta y tragó despacio—. Fue más o menos así:

El valiente de Olek volver a su Varsovia añoraba,
y Helga, enamorada, escondió su bicicleta,
en el partido los ánimos cada vez más se animaban,
metió un gol, se largó: no quedó Helga muy contenta.

»No escribí más porque me caía de sueño —murmuró con un tono de disculpa, y pidió más tarta, pero ya no había—. Fue así más o menos, ¿verdad, Olek?

Olek asintió con la cabeza y todo quedó más claro que un glaciar alpino, que el cabello de Helga agitándose en la despedida, y el todo, así, no sonaba tan mal, pero cuál había sido el regalo de cumpleaños que había traído de la frontera septentrional, eso no lo había adivinado todavía nadie. Pero no había nadie que no hubiera oído hablar de las vacas y del chocolate con cremosa leche, los *Mozartkugeln* y los *Mozartbombe*, los verdes pastos en el marco frío de los glaciares immaculados, las plumas ceñidas a las cintas de los sombreros y las aguas cristalinas de cuando se derriten las primeras nieves y empieza el yodel. Se hizo el silencio, cómplice inmejorable de los efectos especiales, y se hizo la oscuridad, pues Olek les pidió a todos que cerraran los ojos. El viento sonaba y cesaba, y fue entonces cuando bajo, bajito, se extendió aquel sonido de plata, de plata, plateado. Tilín, tilón, así tintineó, y luego tilón, tilín, tilón. En los cálidos dedos de Olek se agitaba una campanita alpina que tintineaba a los cuatro vientos, pero sobre todo al este, para su propia euforia, por el atardecer tras un día largo y el orden de las cosas. Y brillaba ahora coqueta, ahora misteriosa, guiñándoles a todos su pupila total, a todos menos a Sonia Kubryń. Pues Sonia había hecho preso aquel sonido con los párpados entrecerrados y el cepo de las pestañas, lo retuvo en la lengua y aún más en lo hondo, en la garganta, provocando en las mejillas intermitentes sonrojos de dicha, y Olek Przybysz acercó la campanilla a su oído y la agitó con delicadeza hasta que Sonia hubo consumido toda su música, hasta que empezó también a mecerse y a tintinear algún eje suyo.

Y luego volvieron a bailar todos en las parejas que había formado la prosa de la vida y una poesía que no se sabe muy bien a quién atribuir. Nada más terminar el

primer baile, Heniek dio un respingo, porque no había visto que Jurek iba, silencioso, hacia Sonia.

—¿Te puedo invitar a bailar? —preguntó. Ella lo miró largamente. Él se quitó las gafas y las deslizó en el bolsillo del ojal, junto al lazo—. ¿Te puedo invitar a bailar? —repitió, arrugando un poco las cejas. Ella le puso la mano en el hombro sin decir nada—. ¿Puedo invitarte a bailar? —volvió a preguntar—. ¿Quieres bailar conmigo? ¿Te puedo sacar a bailar?

Sí, podía: ella quería. Durante un momento, siguió sin decir nada, siguió mirándolo con atención hasta que todos sus sentidos se concentraron, abstraídos, pedían un abrazo. Entonces lo abrazó tan fuerte como abrazaba siempre al abedul, el primero de la izquierda, cuando venía al prado tras la desaparición de Olek y el sol se iba hacia el oeste. Vacilaron un poco, porque la melodía era melancólica, Marcel estaba ensimismado. Jurek se balanceaba con gracia y la atraía hacia sí con seguridad, y Sonia, paralelamente al *deux pas*, se lo preguntó:

—¿Por qué todo esto? ¿Por qué yo?

Jurek tenía preparado el discurso de la belleza que hay que reconocer, percibir y apreciar allí donde esté. Pero en ese momento mucho más importante era la schubertiada que estaba sonando a ritmo lento y con una nota de tristeza como el tronco del abedul, así que es mejor que las manos de Sonia toquen el tronco por última vez y abracen fuerte al abedul, y que el abedul no diga nada, que deje caer sus lágrimas a escondidas y sangre su corteza por última vez y, por favor, Marcel, te pedimos que no termine, que pueda seguir aspirando el bálsamo de su cabello rojizo y que la bendición de los ojos oscuros le acompañe a lo largo de una vida que ojalá sea larga. Sobre la cabeza el cielo, unas tres nubes, más adelante se oye correr, dulce, el agua, y estar nada más.

—Dime, por favor —le volvió a pedir Sonia, antes del último acto.

Pero el abedul seguía sin decir nada, tiñendo solemnemente de blanco el silencio, hasta que las notas se apagaron del todo, y se transformó otra vez en Jurek, enriquecido con una experiencia más, quizá la más hermosa, con el baile más largo, qué bueno eres, Marcel, de la primavera, y de nuevo maestro de ceremonias, que gritaba:

—Cambio de parejas, los caballeros piden a las damas, las damas piden un tema más alegre.

Tomó el acordeón Witek, chaval de Wola y, si hacía falta, de Targówek, y se marcó un tango tan indecente que tenía hasta heridas de navaja, y un dragón en el hombro izquierdo y en el ombligo una chica desnuda con cola de sirena. Así que a Sonia la sacó a bailar Olek, a Anna, Marcel, a su hermana, Joasia, Stefek, a Bronka, tímidamente Heniek, y a la señorita Janka el mismísimo dragón de Jurek.

Y así se quedaron ya. Iban pasando los bailes, avanzaba la puesta de sol, y se seguían los mismos pies, se encontraban las manos. Las yemas de los dedos de Olek contaron más de una vez los dedos de Sonia, comprobaron la resistencia de las

muñecas allí donde la sangre fluye a la mano y palpita aquello que más arriba late; se fijaron también en que el codo de Sonia se doblaba y tomaron nota de que era éste otro hermoso lugar para ser besado, un bello terciopelo en la aureola ósea, y por eso volvieron a la mano de Sonia como serenos mensajeros de los labios, inscribiendo con su delicado deslizamiento, recibido como un agradable hormigueo, lo que la noche traería.

Las manos de Anna y de Marcel, sin embargo, ya tenían recorrido lo suyo juntas, aunque últimamente poco se habían andado, a la izquierda se estrechaban las manos agradecidas por lo que ya había, y a la derecha, cuando Witek empezó a tocar la de la chica a la que había abandonado un embaucador, o la del Manek a quien no esperaba ya nadie a pesar de su hermoso cuchillo, se tocaron las mejillas, pues es allí, en la delicada piel que está bajo los ojos, donde se concentra mucho de aquellos que se son fieles y que están unidos por el sueño de más de una noche. Pasemos por las manos de Bronka y Henia sin pena ni gloria, porque de todas formas de allí no va a surgir nada, al sudor premonitorio de las manos de Stefek, que a la semana siguiente llevaron tres claveles rosados a la cafetería del cruce de la iglesia del Salvador y la calle Marszałkowska; sin embargo, lo que sucede en la última pareja, es mejor que lo contemos ya.

—Jurek, Jurek —susurraba Janka cada vez que, al empezar un nuevo baile o al oír el silbido del tren que venía de Podkowa, se acercaban primero a una mano, y luego a la otra, los labios, y una vez hasta la nariz entera, de Jurek—. Jerzy, pero, Jerzy —le decía al acabar el baile, cuando los labios volvían, abiertos, provocadores, a la misma mano o a las dos. Sí, Jurek se inclinaba, daba las gracias para volver a erguirse, hacía honores y la medía con la mirada. Y seguro que Janka estaba muy guapa, y seguro que suave y fragante era la mano que recibía el honor de lo más tierno de la cara de Jurek, que estaba sólo un poquito afectado por el alcohol, si Jurek Galantón Uñas de León hacía las reverencias de rigor, la llevaba como Dios manda, sonreía y la miraba detenidamente, sin sonreír, si bajo su cabello enmarañado se fue gestando la idea de un nuevo par de sílabas que caían muy bien al oído. «Jan-ka, Jan-ka», repetía para sí, e incluso empezó a sentir en el estómago y hasta, no escuchéis, niños, más abajo, Janka querida, nos besaremos hasta la amanecida; en ese momento Witek estaba cantando la del gato peludo y el perro de madera enamorados en el mercado, le susurró al oído la cita favorita de sus sueños. Le echó los brazos al cuello, colocó él y llevó la mano tras el cuello de Janka, sus pequeños labios a los suyos, extrayendo de ellos un beso en el que dulces celestiales se unían al fuego de mil infiernos. Abrazados, balanceándose levemente en el ritmo del tango, embriagados de felicidad, semejantes a dioses, soñaron el sueño dorado del amor que todo lo puede.

Mientras tanto, Witek había dejado ya de tocar, pues, por desgracia, el gato del tango ya se había vendido y se marcharon los animalitos cada uno por su lado, con lo que se acabó el balanceo. Ya se había hecho de noche, había que apagar la hoguera.

Los magníficos se fueron hasta el río con botellas y tazas, se atragantaron con las llamas, el cumpleaños pasó a la fase nocturna. Ya no hay nada que dé luz, está oscuro y no se ve nada, y sólo allí donde están de pie Jurek y Janka, en la pose de haber terminado el baile, se dibujan, borrosas, dos siluetas, y es que hasta allí llega del río, allí alcanza el resplandor leve del río. Y quién mejor que Jurek para interrumpir el oscuro silencio y volver a iluminar la noche.

Ya terminó la música, apagó las notas el ocaso,
la naturaleza nos escatima su succulenta hierba,
en el cuarto de nuestra Sonia con café nos alimentan,
así que llevemos hasta allá nuestros... zapatos.

De acuerdo, lo alumbró como pudo y maldijo bajito, pues atascadas se le habían quedado las palabras en el alcohol de la poesía, un poco adornadas, pero la llamada fue escuchada y nuestro amable grupo y sus manos se encaminaron, en fila india, por el caminito de la vuelta obligada a Tworki.

Ah, qué cerca están unas palabras de otras, la ida de la partida, el ocaso a la aurora, pues quedan poco más de dos horas, en todo caso no más de tres, para que se levante un nuevo día sobre Varsovia. Se sentaron muy juntos, en el suelo y en las dos camas del cuarto de Sonia y Janka, saboreando café de verdad y lo que quedaba de licor. Aparecieron también unas cuantas manzanas verdes. Olek contó más cosas de los Alpes, dándole la mano a Sonia, Anna y Joasia cantaron a dos voces aquella canción de la trucha, y junto con mamá, la de las tejedoras de Łódź. Luego la entonaron todos juntos, bajito, la canción de la legión, Janka era la única que no se sabía la segunda estrofa. Jurek recitó un poema sobre la calle Bagatela, que tan frívola no es, y Stefek, por desgracia, un chiste sobre la señorita Fela. De nuevo tomaron café con licor de agua limpia, Witek se puso a imitar voces de personas y animales; sobre todo el canto del gallo y, lo más aplaudido, su imitación del bigotitos, ah, el bigotitos. Por último Marcel se acordó de que se había dejado en la habitación una tableta de chocolate de verdad, amargo, y una bebida sorpresa, pero no le apetecía ir solo. Así que se fueron todos, bajo un cielo que ya empezaba a clarear, a cambiar de cochera, o así lo definió Stefek, y de nuevo les dio la risa al ver al pingüino. Sonia y Olek se quedaron un rato más en la habitación de Sonia, pues con las miradas que se gastan, a veces, Jurek y Marcel, se te quitan hasta las ganas de moverte de la cama, aunque sea para degustar chocolate del de verdad.

Pasó una hora y ya se sabía que Olek Przybysz tenía una cicatriz en el costado derecho del apéndice que le habían quitado nada más terminar la reválida y que su torso exhibía una pelusa espesa, parduzca. A Sonia Kubryń se le encontró una mancha de nacimiento en el omóplato derecho y un lunar escondido en el escote y otro bajo el corazón, además de una vena muy azulada en la pierna izquierda. También se sabía ya que el primer rayo de sol había caído primero en el hombro derecho de Olek, para poco después deslizarse hacia su pecho y rozarle el vello,

luego la frente, la nariz y la mejilla izquierda de Sonia, para brillar en el pequeño colgante plateado que llevaba al cuello.

La sorpresa de Marcel era auténtica, como todo, pues consistía en un zumo de naranja muy espeso, en una lata de importación de los Hermanos Schlaubmann de antes de la guerra, y lo bebieron con gusto, sobre todo porque iba muy bien con las tres onzas de chocolate a las que tocaban por cabeza, dos para los tardones, así que volvieron a ponerse a cantar bajito, sentados hombro con hombro, y cuando empezó a brillar el sol, decidieron saludar el domingo al aire libre. Delante del portón se les unieron, sin aliento, Olek y Sonia, saludándolos alegremente a todos a pesar de que el chocolate que les habían guardado no apareciera por ninguna parte. El vestido de Sonia era igual de bonito ahora que tenía veintiún años que cuando tenía veinte, y se echaron a andar camino adelante, intercambiando con Johann, el menos antipático de los centinelas, el *Guten Morgen* matutino.

Me gusta junio, porque tiene los días más largos del año y las manchas de la Luna desaparecen rápido. Se ve todo como en la palma de la mano, y de la mano al teclado no hay un gran trecho. Por ahí va Olek, lleva algo que abulta bastante en los bolsillos del abrigo, y va silbando bajito una canción. Está muy elegante, y es que desde que se pasó completamente a la clandestinidad lleva una chaqueta ligera americana y Jurek cree que hasta *slip*. A Johann le pasó un cigarrillo de liar, a Rubens, que está hablando con una piedra brillante, le da los buenos días, sortea la escalera en cuatro zancadas y entra sin llamar a la habitación de Jurek. El único que le mira es el gato *Virtuoso*, que de entrada profiere un bufido pero luego empieza a mover la cola y se le intenta subir a las rodillas. Marcel está tumbado inmóvil en la cama, mirando al techo, y Jurek está garrapateando algo en su cuaderno y tiene marcadas todas las venas de la frente. Olek se espera hasta que termine la línea que está escribiendo y le dice que cogieron a Paraguas y Tetera, así que el domingo se ven donde Verdugo y no, donde Rana. Marcel se ríe, burlón, y Jurek le tiende dos americanos de verdad y mira divertido cómo Marcel se los pasa bajo la nariz, primero el del filtro, luego el sin filtro y finalmente los dos a la vez. Olek deja un paquete debajo de la cama, oye decir que le llaman loco y al salir dice que volverá más tarde.

—Sí, más tarde, como si lo estuviera viendo —rezonga Jurek, dándole fuego a Marcel, pero Olek ya está abajo, ahora en la avenida, en el pabellón B, en brazos de Sonia. Se saca del bolsillo tres manzanas verdes con motas rojas, una bolsita de caramelos de *toffee* y una bola de cristal, que, si la agitas, cae la nieve, y si se deja en la mesa, se levanta ante un tiempo hermoso una casa rosada con chimenea, delante de la casa hay un caballito con un trineo y un perro que ladra contento, porque las personas van a viajar y él correrá tras ellos hasta que se detenga el trineo en el bosque y a todas las criaturas las envuelva un mágico silencio. Olek coloca una manzana junto a la cabecera de Janka, que se echó a dormir la siesta después del trabajo y está dando cabezadas, y salen de paseo, de momento riéndose. Al lado de la avenida, la piedra le está explicando algo a Rubens y Rubens, al verlos, se lleva el dedo a los labios, a Johann se le entregan los *toffees* de vaca polaca y saluda alegre, como siempre, al lado de las vías han nacido amapolas. Sonia le pide a Olek que no las arranque, Olek vuelve y le ofrece su brazo, y giran a la derecha ya que anteayer fueron hacia la izquierda.

Pasan entre las primeras casas, entre surcos de fresas, hay un niño corriendo y un azor haciéndose un nido, y aquella cereza se puede tocar con la mano. Sonia no quiere ponerse esos pendientes rojos, pero no le importaría saborearlas hasta los huesos; —sé, sabes, sabe —se ríe Olek—, vaya una lengua —dice Sonia—. «Vaya unos ojos», piensa Olek. Un poco más adelante, el camino sale a campo abierto y serpentea, el cereal les llega a las rodillas, y el espantapájaros se parece a la tía de

Olek, sobre todo con ese sombrero.

—Me gustaría poder volar como ellos —dice Sonia mirando los gorriones—, volar alto y llegar lejos, tener un huequito en un árbol del bosque.

Ya no queda mucho para llegar al bosque, así que las bocas empiezan a estar más cerca; Sonia se apoya en un pino y hacen muy buena pareja. Olek estira los brazos y entonces Sonia hace ese hermoso movimiento, escupe el hueso: le da un poco de vergüenza, pero pueden más las ganas; y primero, pone la mano debajo de la boca, frunce un poco el ceño y aparta un poco la cabeza, porque tiene solo veintinueve años; pero cuando ya ha encontrado el hueso con la lengua vuelve a poner la cara de frente y, mirando a Olek directamente a los ojos, recoge el hueso, lo tira a un lado como una llave que ya no sirve para nada y es la primera en besar.

En la avenida, Rubens ya terminó su conversación con la piedra y ahora se dedica a parar a la gente, pero Janka lo evita y toca las tres veces convenidas, haciendo una pausa antes de la cuarta. Abre Jurek, pues Marcel sigue tumbado, fumando, en este momento el segundo cigarrillo, el del filtro. Janka le pide a Marcel que la ayude, porque ella la verdad es que de estos ingresos no entiende nada y en el manual no se dice nada de eso, y Marcel se lo explica en un santiamén y sin darle mucha importancia. Jurek le da a Janka la manzana que trajo Olek, pero Janka saca la suya y comen en silencio, a ver quién hace más ruido al morder, y Marcel sigue fumando echándole el humo en el ojo al pingüino y finalmente se echa a reír, pues es Janka quien muerde más fuerte.

Y el bosque de nuevo está en silencio, como si nunca hubiera habido nadie, porque qué importa que el musgo esté aplastado y aquella rama rota, si antes de que caiga la noche, lo más tardar mañana, el agujero estará tapado y la rama de todas maneras habrá soltado sus hojas. Podemos echar un vistazo allí, detrás del árbol, pero esa cinta es de helecho, ese botón, una seta minúscula. Así que mejor volvamos rápido, por el campo, cruzando el campo de trigo, incluso atajando por el cuidado jardín de los señores Lipski, volvamos, pues los inmisericordes de Sonia y Olek están sentados a la mesa con el cenicero lleno de colillas, Marcel ya está barajando, y en el primer reparto salieron cuatro corazones como un amor al cuadrado, como dos corazones en el espejo, por suerte ganados sin problema por Sonia, pues el muerto de Olek descubrió dos ases y cuatro poderosos triunfos.

Mientras tanto, a Marcel le había salido un *longueur* de picas con fallo de trébol que le hizo removerse en la silla, dar un grito y levantar la mirada implorante al techo, allí donde se encuentra el amor de Dios cuando alguien como Jurek cierra la subasta en tres como quien cierra un endecasílabo con media palabra. Janka se sorprende, porque los labios de Jurek, delicados como el color del abedul, como la responsabilidad y el trabajo, pronuncian una sílaba pero que muy fea, mas lo que Jurek tenía en mente no era otra cosa que un miércoles, eso sí, muy pero que muy miércoles, y se ríe Olek, y se desternilla de risa Sonia, que llega el momento en que tiene que sacar más que tres diamantes porque se había olvidado de sacar triunfo y

había empezado por el trébol. Olek amenazó con regresar a los Alpes allí donde las campanillas acuden a la hierba y traen gran suerte en grandes cantidades, y la aprendiz Janka ahora sí que no entiende nada, sobre todo qué tenían que ver las campanillas con el doble y el redoble y por qué llamaban rey suicida a la espada de toda la vida.

Pero la verdadera batalla no había hecho más que comenzar. Las cartas les sonreían demasiado a los afortunados en el amor, así que Marcel se dispuso a defender el honor del contable y del asesor de suministros con endemoniada temeridad. Iba bloqueando los contratos, hizo inteligentes pujas de contención y, cuando Olek jugó sin triunfos por la mano, le hizo dos de menos en el color más corto. Se alegró Jurek del talento de su compañero y del esplendor compartido, de la heroica defensa del fortín Pingüino frente a la invasión del bando del Edén representado por Adán y Eva como artistas invitados, sobre todo porque él mismo había conseguido más de una baza. Janka lo miró con verdadera admiración contar los puntos tocando con un dedo las cartas y darles la vuelta a las que estaban sobre la mesa, con qué cuidado ponía boca arriba las cartas del muerto, y cómo se creció Jurek en su Termópilas favorita, murmurando algo para sí mismo por encima de las cartas; a Janka le explicaba que no había sido solamente culpa suya, pues el as sólo roba una vez, se doblaba en la silla, quien tenga corazón gana en esta ocasión, y suspiró cuando Olek volvió a subastar un contrato de corazones, se puso a mirar las cartas de Sonia de tal manera que todos bajaron los ojos, salió con las del dedo gordo, luego con las del pequeño, doblado de una manera lamentable, contó los triunfos, olvidándose sólo de la primera baza, sudaba como un explorador que acabara de regresar del Polo, se quedó pensando en la carta del triunfo, pero para qué, si jugaba magníficamente, respiraba con dificultad, lógicamente y en Tworki se empezó a bostezar, pero una vida mejor seguía su curso a su alrededor, a Sonia le salían buenas cartas, Olek y Marcel fumaban con hombría uno tras otro y sólo Janka no tenía, para fortuna de Jurek, a nadie más de quien enamorarse.

Hasta que por fin llegó el último reparto, Olek y Sonia ya tenían en su haber setenta puntos para conseguir la segunda manga como setenta años superados para llegar a un siglo de existencia si llegamos a jugar tanto, y Olek hizo un guiño disimulado de picas para poner fin a aquello. Jurek, por supuesto, se opone, Marcel, claro, gesticula, y Sonia, Sonia hace tiempo que no dice nada. Se queda mirando largamente a Janka como si quisiera apoyarse en sus ojos, desplazó la vista para mirar por la ventana y de pronto estalló como un rayo caído de un cielo sereno: *grand slam* sin triunfos. No sé si en su lugar hubiera dicho lo mismo, es verdad que tenía en la mano muchas figuras importantes, pero solamente un as; no sé si yo en su lugar me habría decidido sin tener la dama de picas; no sé si habría tenido valor para arriesgarme a tierras baldías y mares secos, pero Olek tenía los ojos tan azules y las manos tan cálidas y el vello como un terciopelo de punta. Olek tenía los ojos azules y detrás de la ventana había un roble verde; alguien tenía que tener estos ases, alguien

que fuera joven como un dios y excelso y elevado como una montaña. Pasemos por alto callados, al contrario que Marcel, la alegre contra de Jurek, echemos una mirada rápida, pero comprensiva, a la boca abierta de Janka, que ni siquiera había oído nunca hablar de un *slam*, y miremos directamente la mesa donde Olek con una sonrisa ausente está colocando sus cartas de muerto. Para empezar, cubrió el tapete de blanco con cartas de poco valor, guardándose aún los últimos cinco enigmas. El as y el rey de picas eran seguros, la antepenúltima carta era una dama, la penúltima un as de trébol y Marcel arrugó la frente, y Jurek bajó la mirada hacia allí donde se frotan uno contra otro los zapatos, signo de derrota inminente y de próximo paseo, y, como siempre alguien tiene que cargar con las culpas, lo más lejos posible de Marcel. Y arriba las cartas ya se han puesto sobre la mesa, se ha descubierto el as de corazones, y largamente se posa, largamente va rodando la mirada de Olek por la sonrisa de Sonia, y a Marcel Jurek, qué remedio, solícito, le enciende el cigarrillo.

La ceniza del tabaco ya está abonando la avenida principal, en la que crecerán en el futuro nuevas generaciones de bonapartes, varias marías walewskas y huestes enteras de lennons, entre ellos, un par de calvos; pero ahora todavía están andando, siguen andando los contables jugadores de *bridge*, vueltos unos hacia otros como el Sol hacia occidente, van por el mismo centro, delante dos parejas mixtas, la verdad, muy mixtas, y tras ellas va Marcel solo, arrastrando las suelas de los zapatos y dando patadas a las piedras, sonadas heroínas de más de una revuelta.

Pero es que yo, querido Marcel, no sé rebelarme y callar el destino de tus suelas ni de sus tapas destrozadas, y nada más termine este ciertamente buen día de junio, en el que han nacido en el jardín de la casa de los Lipski hasta un gramo de fresas y las cartas han ido formando interesantes combinaciones, cuando Olek le dé el beso de despedida hasta mañana por la mañana a Sonia, y Jurek le besuquee la mano a *madame*, nada más te vuelvas a tumbar en la cama, sacando los pies sin zapatos por la barra y encendiéndote de verdad el último de hoy, te preguntaré por boca de Jurek, ahora ya libre:

—¿Qué te pasa hoy, Marcel?

Y un poco después:

—Marcel, ¿qué te pasa?

—¿Sabes, Jerzy? —te contestará Marcel, ya te ha contestado—. Yo en realidad no me llamo Marcel, me llamo Jerzy.

Jurek se mordió los labios y pensó en cadáveres colgados con una tabla en el pecho.

—Y tampoco me apellido Brochwicz. Brochwicz es para los tudescos, mi apellido es otro. Y qué tengo dentro de los pantalones, eso no lo sabe más que Padre Dios.

—Te seguiré llamando Marcel —le dijo, con voz ronca, Jerzy, porque también cabía la posibilidad del fusilamiento—, para no confundirnos. Marcel es un nombre muy bonito.

—Creo que debería largarme de aquí mañana mismo —suspiró Marcel—. Sabes, en el tren puede venir cualquiera, no sé cómo contártelo.

Podría contárselo así: viene el chucuchú desde Varsovia y en el chucuchú muchas personas, unas van a Tworki y otras, a Podkowa. Hoy en Tworki se bajan dos, algo van susurrando, pasan la verja y el portón y vaya que si son polacos. Avanzan con paso gallardo, con un pie en cada zapato y en los calcetines, dedos, qué educaditos que son. Los edificios pasados, llegan al interesado, pues todos los locos del paseo saben muy bien dónde aún vive Marcel. Se paran en la entrada, en la pared la pintura verdea, un mosquito la araña se merienda y el gato se despereza. Arriba, la puerta, ruidosa, se cierra, esos dos corren que se las pelan, un momento, señor Brochwicz, o comoquiera que sea, un momento, menos prisas, tenemos algo de que hablar. El domingo volveremos, las manitas sacaremos, la cartera llenaremos, hasta el domingo, señor Brochwicz, mucho tiempo queda aún. Y esos dos que ya se vuelven, el paseo a álamos huele, qué agradable esta excursión a las afueras cuando las flores se abren al sol. El chucuchú del tren a Varsovia está llegando, de cena tendremos arenques de primero, luego vendrá la pandilla por entero, así que contento habrá que estar.

—¿Cuándo vinieron? —pregunta Jurek, pesado, sintiéndose como si hubiera de él

al cuadrado, es decir, muy incómodo.

—Anteayer.

—Es verdad, en el tren puede venir cualquiera. —Vuelve a suspirar Jurek y le da pena esta juventud, estas botas no de cuero en los pies planos, impotentes.

—Vinieron a tocar directamente a las puertas del paraíso. Es lo primero que me vino a la cabeza, precisamente eso. Que aquí el tiempo va pasando y parecería que aquí nada puede sucedernos. Que estamos aquí al margen del bien y del mal, como Dios y al amor del horno.

—Fue eso lo que pensé al llegar aquí, precisamente eso. —Jurek volvió a suspirar profundamente y se arrugó de una manera extraña, solemne, y los ojos se le hicieron más redondos tras las gafas—. Es verdad, Marcel, aquí puede venir cualquiera. Así que mañana, después del trabajo, seremos nosotros los que cojamos el tren. Pero sin tus cosas, las dejamos en el escondite y ya te las llevaré.

Para qué iba a necesitar Marcel sus cosas, para qué esos objetos de uso terrenal si por la ventana, la del lado derecho de los raíles, va a ver pasar muy rápido ante sus ojos arbustos eternamente enanos, aclararse los riachuelos y crecer las espigas como antaño en las tierras de Canaán, si los caminos los van a ir abriendo escarabajos egipcios y mocosos polacos, allí donde crece la hierba, igual que los jilgueros volverán a esperar que llegue un cálido verano. Y qué necesidad tiene de nada, si en el armario, cerca del sofá en el que Marcel va a dormir y despertarse sudado, todavía quedan un par de camisas y de calcetines, y de todas formas la mamá de Jurek no para de coser y de zurcir.

—En mi casa se toma el té al menos cuatro veces al día —le dice Jurek, y la madre asiente—, y si te aburres de lavar vasos, en el aparador tienes libros. Pero no te rías de mis notas. Y no salgas mucho, que a mamá le gusta charlar y no tiene con quién.

—Y adonde iba yo a ir —rió Marcel—. Expulsado del paraíso directamente a casa, qué más quiero, si hasta esta casa vuestra es como la que nosotros teníamos en Berdyczów, cuando era pequeño. También dormía en la cocina, vivíamos en el piso de abajo, hasta el aparador se parece al nuestro, con el mismo espejo en el centro. Tu madre me recuerda mucho a mi tía, la hermana de mi padre. ¡Y menudos pasteles!

—Vengo el domingo y jugamos al *bridge*; Witek y mamá no juegan peor que yo —dijo Jurek, a modo de despedida, antes de salir por la ventana para subirse al tranvía que se acercaba.

Pero de momento era jueves, día de la semana que a pesar de ocupar un lugar tan central en la semana rara vez termina en fiesta, aunque siempre, con un poco de ayuda del ser humano, tienen lugar excepciones a estos planes del destino. Ya estaba Marcel durmiendo en la cocina, en el diván de Jurek y con el pijama de lunares color burdeos, y sus mechones de pelo oscuro estampaban en la almohada sus abstractos trazos. Y se había dormido ya la madre, después de rezar sus oraciones, que hoy duraron el doble que de costumbre, pero indefectiblemente al mismo Dios. Pero en

Tworki, cosa rara, nadie roncaba, como mucho se oían unos quejidos, a alguien jadeando y de un par gemidos como Dios manda. Por la mañana se descubrió todo. Jurek se había acostado en la cama de Marcel y estuvo silbando antes de ir a trabajar; en la cama de al lado, la de Jerzy, yacía una gracia, que no es poco decir para ser la primera vez de los dos.

El tren avanzaba directo hacia al ocaso como una polilla horaria atraída por una claridad inmensa, cuando Jerzy, una vez que se hubo despedido de Marcel, volvió de Ulrychów a la habitación vacía. En el bosque de Helenów, se quedó inmóvil el viento del atardecer; en el cielo, las estelas ya rosadas y azules se apagaron hasta el día siguiente. Johann se puso firme junto a su garita, de nuevo arrancado del recuerdo de un caballito de madera en las rodillas de su padre, y le deseó buenas noches, Herr contable, buenas y cálidas. Por eso tú, Jerzy mío, ávido de vida, date un poco de prisa, sobre todo ahora que juegan a tu favor la historia de Europa y este calor que hace, nada habitual, y el marco de un jardín paradisiaco; date prisa, pero no vayas a tropezarte con ninguna piedra del paseo de Tworki, pues si no esa mancha color café con leche que está detrás del roble se diluirá en una incolora no consumación y las ganas volverán a su nivel habitual, como vuelve el zorro a la madriguera.

Como el pájaro carpintero a su agujerito del árbol: estaba de pie, con los hombros apoyados con fuerza en el tronco, las manos en los bolsillos de la falda y daba golpecitos en la corteza con el tacón de tal manera que se podía contar de uno a cien. Jurek se acercó de puntillas, sin hacer ruido, tan poco, que Durero y Goethe, que estaban fumando en pipa en un banco cercano, apenas si volvieron la cabeza, y se acercó al tronco desde el otro lado. Noventa y seis, noventa y siete, y ahora noventa y ocho, contó mentalmente.

—Noventa y nueve —dijo en voz alta.

—Cien —le contestaron desde el otro lado—, ¿hace mucho que estás ahí de pie?

Hacía sólo dos minutos, o puede que hasta tres, o no, cuatro, pero qué son los pies medio planos y el empeine bajo, un laberinto concentrado para no perder el equilibrio ni hacer ruido abierta y torpemente; qué es el tiempo, si sobre estos zapatos —¿acaso se sabe ya que de cuero no son?— y sobre estas plantas se mantenía en pie, temblaba y esperaba el cuerpo de Jerzy, si tras el tronco se encontraba acumulada toda la existencia de Jurek desde los albores hasta la formación informe, desde el nacimiento hasta completado el crecimiento pero siempre incompleto, siempre incompleto.

Goethe y Durero volvieron a cargar las pipas y fumaron con placer, ofreciendo las mejillas al calor de la tarde, y los ojos a la vista del roble y de la gente. Precisamente se habían puesto a escardarlo con las manos estiradas hacia delante y les separaban nada más que cien años entre capas, ramas y corteza. Cien años no son más que un instante si dos se sonríen, cómplices, y están de acuerdo en que, en lo que atañe a la tarde, es inusualmente cálida y merece que la pasen juntos, disfrutando de una larga conversación, sin molestar a Olek, que hoy está visitando a Sonia.

—Ven, te voy a enseñar una cosa —dijo Jurek, mostrándole el camino a la gracia

—, a lo mejor Sonia no te ha dicho nada todavía. Hay una glorieta. En la glorieta hay un columpio, y en el columpio nosotros.

Se echaron a andar a ritmo de paseo, y, tras ellos, envueltos en humo, Goethe y Durero volvían a departir sobre la ilusión del paso del tiempo y la segura existencia de las reencarnaciones, y el silbato del último tren sonaba hoy con una duración ininterrumpida, dilatada.

Como una blancura no espolvoreada de colores, el paseo de abedules les condujo bastante rato por su Vía Láctea hasta el portón de la glorieta con sus leones agazapados de enebro de guardia. El columpio estaba inmóvil y parecía extrañamente superfluo, como un trono en una república, y la gracia dudó por un momento antes de sentarse y poner con cuidado sólo uno de los pies en el suelo. Se le salía a Jurek del campo visual, ahora un poco más rápido, y así pudo él apoyarse por un momento en el abedul y concentrarse en la necesidad de las palabras en vista de las intenciones del cuerpo. No estaba nada mal así, siguiendo en silencio con la vista el movimiento de Janka, con las manos clavadas en los bolsillos; ese tronco tenía algo de la fortaleza del árbol y de la frescura del mundo en la época en la que todo estaba creciendo y desarrollándose. Y ese dobladillo de los pantalones, qué bien le quedaban, formando aquí mismo, a ras de suelo, dos aureolas nada excelsas. Por fin se lo pensó mejor y dijo:

—¿No te has parado a pensar nunca en el poco espacio que hay en este mundo para la bondad? Qué fenómeno tan raro es el ser humano. Un ser humano que tenga alma. Y el alma es la cabeza y el corazón. Sobre todo, Janka, el corazón.

Janka callaba, tanto en el aire como sobre la tierra, y cuando se acercó a columpiarla más fuerte, le dio miedo mirarle a los ojos, redondeados y que le pedían con el concentrado cristal de sus lentes que bajara y tomara tierra.

—Y no es otra cosa que la unión de estos dos componentes almaga... amalgama... amalgamados en armonía la que nos da...

—Jurek, ¿sabes una cosa? —empezó Janka, frenándose de repente con los pies—. Me parece que...

—... la que nos da eso que llamamos cultura espiritual, crea un ente realmente magnífico e inmenso —se apresuró a terminar Jurek, y quiso sentarse junto a la mancha café con leche colgada, pero no cabía, así que se puso a columpiarla de nuevo. Cuanto más se lanzaba, más volaba la tablita en la que estaba sentada Janka, y la verdad de la tarde se hacía de rogar. Jurek disminuyó el tempo, asió la cuerda y preguntó, como hacen todos los que columpian:

—¿Ya vale?

Janka asintió con la cabeza y Jurek retomó el hilo:

—El lema de este ente es olvidarse de sí mismo, pero sin perderse a sí mismo. ¿Qué te parece?

Janka callaba, benevolente, así que el mecedor, o ahora más bien penitente, intentó encaramarse de nuevo al columpio, pero no cabía. Los primeros destellos de

luna entre los abedules subrayaron lo real de la escena. Él estaba de pie; ella, sentada, y en la naturaleza todo volvía a depender de la gente.

—Jurek, ¿dónde está Marcel?

—¿Cómo que dónde está?

—Lleva unos días melancólico. Fui a vuestro cuarto a las cuatro y media y no había nadie.

—Claro, es que fui a acompañarlo.

—¿Lo acompañaste? ¿Adónde? —Janka levantó la voz y por fin miró a Jurek. A la luz de la luna tenía las orejas todavía más grandes, y las manos que se apoyaban en la cuerda eran más pesadas, más cercanas, más cálidas.

—Tuvo que irse y punto. Consiguió un trabajo mejor y más interesante. Sabes, no sé por qué será, pero hace ya bastante tiempo que me cuesta escribir siquiera unas pocas palabras. No sé si será porque me he acomodado, o porque los días pasan así, iguales, grises, como envueltos en una tela de araña...

—Dime, ¿dónde está Marcel? Os fuisteis en tren, ¿se puede saber adónde? —Janka clavó la mirada en la cara de Jurek, pero en lugar de pupilas redondas vio dos medialunas pálidas, desnudas, clavadas en las lentes—. Os vi subir al tren. Y Marcel no llevaba nada. Y así, sin despedirse.

—... envueltos en la tela de araña de la tristeza, cargada del dolor de la fatalidad. Y no queda más que una hiedra de esperanza de que... Pero deja de mirarme así, si yo no he hecho nada, y no te preocupes por él, de verdad.

—¿Dónde está Marcel? —preguntó tranquila Janka, y se colocó el vestido de tal manera que cubriera el asiento entero.

—Dios, está en un sitio agradable. Dijo que estaba como Dios. Y deja ese tema, ya... Olvidarse de sí mismo, como decía, supone encontrar un eje...

—¿Sabes dónde está?

—¿Cómo voy a saberlo? Está en Varsovia.

—¿En Ulrychów?

—Sí.

Janka volvió a arreglarse el vestido, pues qué necesidad de arrugárselo en este columpio. La Luna se desplazó hacia lo alto, Jurek hacia abajo.

—Sí, siéntate —dijo Janka—. Hay sitio para los dos.

Se sentó con cuidado y la rodeó con el brazo. Janka se apretó contra él y deslizó la mano bajo la suya.

—Bueno, entonces, ¿cómo es que era eso del ente? —preguntó.

En el claro de luna de la glorieta el columpio se mecía acompasadamente. Jip, jop, jip, jop, se deslizaba de un árbol a otro, jei jop jei jop, no se paraba y regresaba como una ola en el mar.

Como las abejas a la colmena: tanta miel juntaron en los dedos y en las uñas, tanto azúcar de repente en la sangre, que de tanto rebosamiento, la noche se volvió una masilla, un gabinete de figuras de cera del amor. Janka se deslizó con delicadeza,

Jurek saltó con tanto brío que hasta las raíces del abedul se conmovieron, y se fueron, sin dejar de abrazarse, de acurrucarse, en dirección al paseo. Junto al roble se elevaba el humo del tabaco de liar malo de Goethe, los bancos parpadeaban con sus ojos metálicos, tras el muro, un caballo relinchó sin motivo alguno. En el primer piso se oyó un crujido, luego un chirrido y un rechinar, algo crujió, chirrió y rechinó, tintineó y dio un golpe; era Jurek, que abría la puerta de su cuarto en la semioscuridad como el que fuerza el cofre del tesoro.

Como el trozo de leña al fuego, como la sal al pan, como el humo, como el chapoteo como el sueño plateado al lago, como vuestras manos a las mías, cerca, aún más cerca.

Es difícil decir así a bote pronto qué es lo que estaba silbando Jurek a la mañana siguiente, ni siquiera después de oír tantas notas seguidas. Janka seguía dormida y no escuchó nada. El señor Jan, que estaba barriendo y recogiendo las colillas del suelo debajo de esa ventana, supo reconocer que era esa canción de la señorita Andzia, que tiene hoy la tarde libre, o una cita a eso de las nueve. Por último se vio claro que Jurek silbaba para sí mismo, tumbado en la cama con los brazos detrás de la cabeza y las piernas encogidas a la altura de las rodillas, pero sobre todo que se tenían ganas de vivir en cualquier posición, incluso detrás del escritorio tras un montón de papeles, que la esperanza cubre con su tela de araña el día de hoy y el resto de los días, ya que Jurek quiere, puede y sabe.

Sí, era un día hermoso. El sol había inundado ya la avenida principal y desde allí, desde las avenidas laterales, desde los parterres y los edificios anejos, empezaba a fluir hacia la pisoteada grava una masa de pijamas. Se conversaba, se saludaba; las rebanadas de mermelada de remolacha vagabundeaban sin prisa hacia las bocas, se congelaban en el aire, volaban en todas direcciones siguiendo los gestos de las manos, tanto de los oyentes como de los hablantes, y de nuevo subían hacia una nueva merma. Alrededor, a izquierda y derecha, se formaban grupos cada vez más numerosos en los que comentar el menú del día y las nuevas líneas del frente, y en seguida se extendió por todo el paseo principal un ruido insectil de sílabas. Jurek y Janka, con las rebanadas aún intactas en las manos, se adentraron con dificultad entre las hileras parlanchinas y ondeantes del desayuno en el ágora. Recibidos con reverencias y saludos, se sintieron la pareja estelar, la *prima donna* y el primer caballero de la escena del desayuno. La otra pareja se abría paso desde el pabellón B, repartía sonrisas alegremente y estaba ya a mitad del camino. Olek iba delante, abriéndole paso a Sonia que, con dos rebanadas en la mano, avanzaba con cuidado tras él como una cierva tras un cazador. Pasaron entre Rubens y El Zorro, que estaban discutiendo acaloradamente sobre qué modelo de sombrero estaba de moda, Jurek y Janka dejaron atrás a Newton, que acababa de darle una manzana a Cleopatra, y se encontraron de frente, cara a cara.

Noche con noche. Su caricia la mantenía todavía la mañana en el sol, en el calor de las manos, en las barandillas de hierro, en la blandura de los colchones y la tensión de los muelles, y les iba conduciendo con delicadeza por el paseo hasta los escritorios en los que Kaltz estaba ya afilando, impaciente, los lápices. Pero ellos no se daban tanta prisa: enlazaron sus brazos como cuatro alegorías, y ahora iban derramándose por la grava en oleadas, entre las sonrisas comprensivas de los atropellados y apartados pijamas. Precisamente Antiplatón se acababa de apartar justo a tiempo. No les prestó atención, ni siquiera se ruborizó con las disculpas de Sonia; iba dando extraños saltitos, con la vista puesta en las sandalias y en los calcetines agujereados, y

canturreaba algo sin vocalizar y con una melodía desconocida. «Jip, jop, tras las montañas, un montañés se bebió sus penas a falta de un hacha —les entró por los oídos—, jip, jop tras las montañas». Las sandalias lo llevaron hacia delante en sus gruesas suelas, llevándose también la canción y las alegorías estallaron en una risa seguida de un silencio como una estela de su paso por la grava.

Van andando cada vez más juntos, están en pleno apogeo. Encabezando la marcha, a la derecha, Amor va moviendo la mano libre al compás de una melodía y se para un momento a colocarse la falda color pastel que se le ha salido del cinturón; se le ilumina la cara en una sonrisa al advertir los ojos que la acompañan, azules y americanos; la mano se deshace en caricias al tacto de esa mano. A su lado marcha Placidez, que se diferencia por su estatura y su talla de zapatos; acorta el paso a propósito, le va sonriendo a cada uno de sus innumerables pensamientos y se alegra del día y de la noche que vendrán, además, qué más da. La mano que sale por el otro lado, asida a su codo, pertenece a Esperanza. Esperanza mira con cuidado a derecha e izquierda, más bien acomoda sus pasos a los de los demás que marca el paso ella misma, pero tiene un rostro tranquilo, descansado y de veras hermoso incluso sin los polvos, que se le acabaron. Cierra la fila, que lleva unidos a la Esperanza no sólo los brazos sino también los dedos, la Beatitud. Entorna los ojos, un poco redondos por efecto de la luz, también intenta canturrear algo, y el dobladillo de los pantalones se le va inflando; intenta que nadie se aparte de la fila, que ésta avance de manera regular y sin perder el ritmo, y de vez en cuando, con el rostro impasible, tuerce de repente a la izquierda, arrastrando con todas sus fuerzas la fila al límite del paseo, que entre grititos de pánico y risitas vuelve en seguida al centro, dirigiéndose sin prisa alguna hacia la puerta de la oficina, hacia el lejano punto de la frase.

Al oír el tren acercarse, Olek se despidió a toda prisa, anunciando que volvería al día siguiente por la tarde. A Kaltz la reverencia colectiva de los contables le arrancó una sonrisa, y cerca de las once hizo el té él mismo y fue repartiendo por los escritorios los vasos con un tintineo de la cucharilla que iba sonando alegre como deseándoles una buena tarde. Y para que se tomaran juntos el té, pues, cuando por fin terminó de dar vueltas por la habitación y de echar tímidas miradas a los ojos entornados, se palpó los bolsillos sin hallar nada durante un rato y por fin sacó de la cartera una tableta, oh milagro, y con leche.

—Me han subido el sueldo —le dijo a Jurek bajito, pero de tal manera que lo oyera Sonia—. Herr Direktor es una buena persona.

El chocolate estaba bueno y Jurek incluso dio un chasquido con la lengua cuando se le derritió en la boca junto con el sabor del perfume del cuello, el tacto de los dedos enredados en sus cabellos y el grito nocturno, aquel grito en la almohada blanca. Janka estaba haciendo cuentas en el ábaco, movía las cuentas blancas y negras de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, y de vez en cuando miraba por encima de la cabeza de Jurek a través de la ventana abierta; Sonia perseveraba en traspasar números de columna a columna y él estaba aquí, estaba con ellas,

tomándose el té a sorbitos, inscrito para siempre entre dos montañas en el orden de las cuentas, en el río de la existencia.

Al terminar la jornada se fueron a comprar fresas al huerto que estaba junto a los raíles. Sonia y Janka volvieron a colgarse del brazo de Jurek y se fueron andando hasta Komorów, arrancando al mismo tiempo, a la de tres, los rabitos verdes y tirándolas con un gesto teatral hacia atrás para que crezcan plantitas nuevas. Estaban ya en su punto de madurez y, claro está, dulce la pulpa, unos músculos cercanos y cálidos bajo las mangas del vestido y sus fuertes brazos, asiendo y conduciéndolas. Y, al llegar la noche, la despedida con dos delicadas descargas, de manera que nada fuera en contra de lo que la piel recordaba o al menos de lo que el corazón sabía. Jurek se demoró aún en su camino hacia la habitación vacía y las sábanas revueltas, tenía aún que saldar una deuda de pasos con la avenida, una deuda de tiempo sentado en el banco de debajo del roble y una deuda de palabras con las intenciones del cuerpo.

La carta de Danka brillaba en el buzón de Jurek con el dorado de la flor que estaba dibujada en el sobre y, a la luz de la lámpara de la mesilla, se encendió como el crepúsculo antes de que caiga la noche, como los ojos antes de ponerse a leer. «¡Toc, toc! ¿Se puede? Vizconde, ¿me deja entrar a este silencioso crepúsculo? Me sentaré a tus pies y te contaré un cuento. ¿De acuerdo? Éranse unas enormes bóreas, inalcanzables, y unas lejanas estepas... Y allí vivía una niña. Una niña de provincias. Vivía bien allí. La acunaban para que se durmiera árboles centenarios y le contaban cuentos de lagos azules y de un mundo lejano, bullicioso. Y por las mañanas la despertaban las oraciones de los cantarines y el susurro de las lejanas estepas de esmeralda. Hasta que un día apareció un joven alado y la señorita conoció la felicidad. Y el milagro de la felicidad duró una semana. Un luminoso día de otoño. Y estaban bien. Conocieron los secretos de los bosques sin límites; les conducían, con las serpentinas de sus caminos, los silenciosos túmulos y las cruces inclinadas, que les contaban leyendas de gloria. Y cuando las tinieblas abrazaban la tierra, afloraban a la superficie melancólicas *dumkas* e invocaciones. Pero todo se termina, y el cuento de hadas también llegó a su fin. Se fue el muchacho y tuvo que irse la muchacha. Se marchó lejos, a una gran ciudad. Y aquí, sentada entre estos muros, soñaba con volver a sus bosques. Pero el destino es cruel... Conoció a la gente y su maldad, y ya no podía regresar a su tierra, y sigue volviendo sus tristes ojos allí donde está su amado. ¿Podrá volver alguna vez? Y ahora buenas noches, que duermas bien, vizconde, y que sueñes conmigo. Pero no con aquélla del cuento, sino con esa chica corriente a la que le gusta la risa y la gente. Y si quieres, aquí lo tienes, toma en tus manos mi corazón, pero no lo aprietes y no juegues con él. Todo lo más puedes colocarlo a tu lado y él te susurrará cuentos hasta que te duermas. ¿Y después? Se echará a volar lejos... ¡hacia su dicha y su destino!».

Aún no había empezado a ulular el bosque, ni se habían despertado todavía los engañosos fantasmas que quedaban de los túmulos, y Jurek Escribiente Corazón

Ardiente ya estaba mojando el lapicero, ya estaba escribiendo el encabezamiento, ya respondía. «Había caído ya la noche —empezó—. Alrededor, todas las sombras se tornan un misterio lila. La cara de la Luna se recorta como si fuera de muaré plateado y las ramas negras de los árboles, de motivos japoneses. Me gusta mirar las nubes perseguirse unas a otras en el cielo. Porque todo es entonces tan tranquilizador, tan claro, que es entonces cuando menos se piensa y se sueña. Y fue en una noche así que escuché que llamaban a la puerta. Entraste, en los ojos tenías la bondad y en la boca, la estela dorada de una sonrisa. Estábamos solos, tú y yo. Tan sólo el gancho de la luna creciente se atrevió a asomarse, curioso, a nuestra ventana. Hace ya bastante que terminaste de contar la historia y yo todavía oigo el canto de los pájaros y escucho las melancólicas baladas... La muchacha volverá. Llegará un día azul que te sonría. El Sol descenderá, hermoso, más de lo que nos podamos imaginar y abrazará con sus rayos toda la Tierra. Con su calor se secarán todas las lágrimas, entrarán en calor los corazones que están ateridos de frío. En cada cuerpo estallará una vida nueva que fluirá como una ola que llegará a todos los resplandecientes bancos de luz. Y la muchacha que había olvidado la sonrisa volverá a sus bóreas. No volverá sola, sino con su muchacho alado. El destello dorado de su ojo hará que empiece a latirle el corazón por mucho tiempo, sin cesar. Y serán felices. Volverán aquellos días en que les despertaban los susurros de las estepas de esmeralda, y la arrullaban para que se duerma árboles centenarios».

Jurek se quitó las gafas, se pasó la mano por la cara y se la frotó con un movimiento que hacía siempre justo antes de quedarse dormido, cuando se descolgaba del día, bajaba del mundo hacia la oscuridad. Una vez que se ha frotado las mejillas y tocado los párpados, ya se puede quedar dormido; se puede dormir ya, pasada la frontera, pasada la media noche, llevada hasta el punto la frase.

—Qué guapo estás ahí, al sol, Jerzy —le dijo Anna a Marcel como si encarnara a Laura, la enamorada de Filón en aquella hermosa égloga. Estaban a finales de agosto, sentados en el banquito que está delante de la iglesia de Wola, con la cabeza orientada hacia el sol. Anna había ido temprano a buscar a Marcel, antes aún del primer té, y olía a lilas. Se tomaron el té con una galleta cada uno y a mamá le gustaron mucho así, mirándose en silencio. Anna llevaba una blusa lila con un delicado bordado en el talle y una chaqueta color crema a juego con una falda plisada. Tenía en la cara un maquillaje cuidado, bastante fuerte, y las manos en el torso de Marcel, quizá demasiado frías para esta época del año. Se apretaba contra su pecho, se apretaba contra Marcel, y de nuevo hablaba, y la grava que desplazaba con el pie bajo el banco crujía acompañando sus palabras como una base de percusión hecha únicamente con la brocha:

—Qué hermoso estás así, Jerzy mío, al sol, mientras van floreciendo en silencio las lilas, y qué hermosa es esa risa que es tan tuya, vida mía. No me abandones, pues, querido, y quédate conmigo para siempre jamás, pues el tiempo es un bien escaso y los momentos muy rápidos han de pasar. Vayámonos juntos ya, mañana mismo, pues en esta ciudad hay un hotel donde a cambio de dinero y de diamantes una vida propia puedes volver a tener. Nos llevarán muy lejos, a Suiza, donde las lágrimas enjugaremos; allí seremos aún felices como sólo tú y yo sabemos; allí aún seremos felices como sólo tú y yo sabemos.

Ese murmullo que se oye es el de Marcel acariciándole el pelo a Anna y besándole los ojos, y estas frases, pronunciadas al ritmo de una canción más moderna y melódica era Marcel, que desconfiaba:

—Tus susurradas palabras muy hermosas son. Tus labios desean, te brillan los ojos, mi amor. Pero la verdad, esposa mía, dicha sin adornos, es que en lugar de Suiza nos está esperando el horno.

—Esto ya no es vida, tú lo sabes bien. Quédate tú, si quieres, mas yo me marcharé.

Luego dieron un largo paseo por las calles de Ulrychów, se comieron los bocadillos que había traído Anna y una pera verde, dura, que fueron mordisqueando por turnos ora en silencio, ora con ruido. Se pararon ante el estanque a observar la masa de agua y, allí donde era más profunda, Marcel se puso a lanzar guijarros que Anna había recogido en la orilla, y sus chapoteos tocaron repetida y delicadamente la misma nota. Poco antes del toque de queda Anna subió al tranvía y Marcel volvió a casa de mamá en medio del silencioso atardecer y volvió a tomar té con un trozo de pastel.

Durante todo el mes de agosto, pensó Jurek Caballero Fino, Rodolfo Valentino con gratitud en Marcel, o incluso Marcelek, querido Marcel cama por cama y diente por diente, en lo muy azules que eran esos ojos para este cabello tan negro y en la discreción rayana en el silencio eterno, hasta que Kaltz le empezó a poner sobre la mesa el doble de trabajo y un montón de facturas que venga Dios y lo vea. Pero ya que había dado su palabra, ya que había aceptado el cuarto individual, convertido en un dormitorio de dos estrellas, y había confiado a Marcel a mamá, se dedicaba ahora Jurek a contabilizar los ingresos y gastos, eso sí, echando pestes y consultando cada domingo con su doble mejor cada vez más desmejorado el orden de los números digno de un contable jefe. Incapaz más de una vez de cuadrar el saldo, pero sobre todo incapaz de responder a preguntas muy simples: igual que el imbécil mayor de Tworki, igual que Newton y que Rubens, los dos juntos y cada uno por separado, se encogía de hombros y sonreía como un idiota, mostrando todos los dientes, cuando le preguntaban dónde estaba Marcel, *wo er bitte* [¿dónde, por favor?] está ahora, o dónde se esconde ese hijo de puta, pues, carajo, hay un par de preguntitas que hacerle.

Así que iban pasando los días y Marcel estaba aquí y allá, aquí aún bebiendo té y almíbar en casa de la madre de Jurek, cuánto mejor que el de Tworki, aquí seguía desempolvando los libros de Jurek, y el de las tiendas de color canela se lo leyó de un tirón hasta las cinco de la mañana y el trino de los pájaros de Ulrychów, aquí aún se ponía a arreglar la lámpara de parafina y fregaba el suelo de madera de roble, y mamá le había sacado una astilla con una aguja quemada, pero en su mente ya estaba tocando a las puertas que le correspondían, allá colocó en un rincón su mísera maletita con el pijama de Jurek y un par de calzoncillos suyos, allá ya apretaba la mano de Anna y le acariciaba la cabeza en el vagón cerrado, entre este aire no del todo fresco, ya con Dios y dentro del horno. Pues, ¿acaso no era de eso de lo que hablaban sus palabras, escritas en minúsculas letras como si quisieran ocupar el menor espacio posible en el papel de cartas de Jurek de antes de la guerra?

—¿Y Marcel? —le preguntó Jurek a su madre un domingo ya de septiembre, al llegar como siempre a las diez con una carpeta repleta de papeles. Mamá no le contestó. «Diantres, dónde se habrá metido —decía entre dientes—, o arreglo este balance o Kaltz es capaz de ensartarme en el ábaco los cuatro ojos».

—¿Dónde se ha metido Marcel? —volvió a preguntar—. Qué diablos, sabía que iba a venir con el papeleo; además, ahora viene Witek, y ¿qué pasa con la partida de *bridge*? Mamá, ¿no sabe usted adónde se le habrá ocurrido ir? Pero si es domingo y, además, ¡está lloviendo!

—El jueves vino Anna —dijo mamá con una voz demasiado taciturna para un día de fiesta— y él se fue ayer. Fue cuando yo no estaba, me había ido a casa de Irena.

Desapareció. Con todas sus cosas. Se le olvidó el pijama. Pero me parece que se llevó el tuyo, ese estampado. Te dejó una carta. ¿Quieres sopa?

—Pues claro.

—Toda la semana se quedó aquí la hermana de Anna, porque no tenía dónde.

—¿Aquí?

—Sí. Se pasaban las noches hablando hasta que aclaraba, así todos los días. Y el jueves vino también Anna y él se fue ayer. Fue cuando yo no estaba, porque Irena últimamente ha vuelto a sentirse mal otra vez y necesita que la ayuden con la costura y con el carbón.

La sopa era de zanahoria, un poco sosa, pero sabrosa; el salero le esperaba a la izquierda y falta que hacía, la carta estaba a su derecha y en seguida se manchó de grasa el encabezamiento.

Querido Jerzy:

Te doy las gracias por todo a Ti y a tu honorable madre. Habéis hecho tanto por mí y por mi familia. Sois muy buena gente, y tu madre, la persona más amable del mundo. Sé muy bien que lo que estoy haciendo es un error y que se trata de una trampa, pero ya no hay vuelta atrás. Saluda a todos de mi parte, sobre todo a Sonia y a Olek. Pensaré en Ti, en Vosotros. Te deseo mucha felicidad. Que todo te salga bien. Hemos recogido todo lo que tenemos de valor y hoy nos vamos Anna, su hermana y yo al Hotel Polski. Ya se hace de día. Cuídate y escribe versos.

Tuyo,

JERZY

—No lo entiendo —se dijo Jurek, dejando caer la cuchara sobre la sopa de zanahoria—. Madre, ¿usted sabe por qué se fue al Hotel Polski? ¿Qué carajo ha pasado? ¿Dónde se habrá metido?

Eso, Marcel Jerzy digamos Brochwicz, ¿adónde te has ido? ¿Cómo has hecho para desaparecer así? *Wo bist du gegangen, gekommen und kaputt?* [¿Dónde has ido y venido destrozado?]. Y ¿cómo se ve caer la noche una vez que ya se sabe todo? ¿Tuviste un buen viaje? ¿No se movía ni traqueteaba demasiado, no te hizo falta el pijama? En realidad, ¿de qué lado es que crece el musgo? ¿Qué se esconde debajo de los océanos? ¿Hay allí ballenas blancas? Al final, ¿de dónde es que sale el carbón? ¿De dónde salen los colores? El Don, ¿es de verdad tan apacible? La ortiga, ¿pincha adrede? ¿Cuántos planetas hay exactamente en total, normas morales sobre nosotros, y bueno, cómo es eso del Triángulo de las Bermudas?

Te veo salir despacio de la casa de Ulrychów con una maletita en el brazo derecho. Parece que acabas de afeitarte, pues las mejillas te brillan un poco y ese olor a agua de colonia tiene que venir de algún sitio. Tienes un mechón rebelde en la parte de atrás, a la izquierda, seguramente por la mañana te lavaste ese pelo tan alborotado, pero por suerte el viento te lo alisa. Acabas de pasar las trincheras de la calle Sowiński, allí, detrás del árbol, hay una pareja de jóvenes, y el caminito que está al lado de la iglesia lo está rastrillando el cura en persona. Vas andando y moviendo rítmicamente la maleta adelante y atrás, hace calor, hace sol, no tienes ninguna prisa y caminas dándoles patadas a las piedrecitas. El botón más bajo de la chaqueta debía

de apretarte y lo abriste, pues muy bien, qué necesidad hay de que te apriete. Ahora, al pasar por detrás de la iglesia de Wola, sales a esta avenida tan bonita y, ya que no quieres ir en tranvía, ni siquiera estas pocas paradas, tienes un camino recto ante ti, entre el verdor, qué bien. A partir de aquí yo ya no voy a seguirte: Wola es un buen sitio para mí, así que ahora ya sólo te veo de espaldas. Andas muy erguido, despacito, la maleta sigue balanceándose, pero menos. No me acuerdo de si llevabas corbata y ahora ya no alcanzaré a verlo. Tienes una hermosa planta, envidiable, como se te puede envidiar también el abrigo color crema colgado del brazo izquierdo. Ahora ya no eres más que una mancha clara a lo lejos, ahora ya no más que un puntito en la avenida que te lleva y te absorbe en las profundidades, y dentro de nada desaparecerás, yo me encenderé un cigarrillo y de nuevo inhalaré una profunda calada.

Marcel Jerzy Brochwicz, llévate todo lo que tengo. Los restos del cigarrillo que se acaban de apagar en el cenicero de estaño, la botella de whisky de la etiqueta roja que está en esa mesa del rincón, aunque sea esas cuatro camisas del armario de debajo de la ventana, te recomiendo sobre todo esa verde de seda porque la roja está sin planchar; llévate el bolígrafo sueco, que no escribe nada mal, igual también una aspirina y un par de clips y el bono mensual para el tren. De la cocina, la radio, al menos dos tenedores, un cuchillo, sal y pimienta. Y llévate también de aquí, de este banco, este ordenador de teclado polaco, como polaco, maldita sea, por qué ese hotel vuestro tenía que ser precisamente un hotel polaco, lo único que quiero es verte las manos cuando lo cojas para guardarlo y verte los ojos y ver tus dientes cuando me sonrías.

Para Marcel Jerzy Brochwicz, para Marcel Jerzy Brochwicz mis dedos y mis labios: honor y gloria.

«¿Por qué, maldita sea, al Hotel Polski? —se decía, refunfuñando, Jurek Contrariado Enfurruño Hastiado, mientras esperaba que llegara el tranvía—, está a un buen trecho desde aquí, y encima domingo». Del segundo tranvía saltó aún en marcha y, por suerte, por las calles no encontró obstáculo para avanzar deprisa, pues no, para eso no están los parques los domingos, el sagrado descanso y el sol de después de la lluvia, para malgastarlos en este maldito empedrado y en las aceras arias. «Maldita sea, por qué al Polski», se volvió a preguntar Jurek una vez que hubo llegado por fin a la fachada color crema y el letrero semicircular con una luminiscencia plateada, si aquí no hay más que cabezas cuadradas y habla gutural, y en la entrada esas carabinas demasiado grandes, demasiado calladas esas bocas y demasiado elocuentes los gestos.

—¿Qué quiere? —le gruñó uno, parece que más importante que el resto, pues llevaba un abrigo largo y unas botas negras, de cuero de verdad, y le cortó el paso a Jurek.

—Vengo a solucionar un asunto.

—¿Usted? ¿Seguro? ¿Y sus maletas? ¿A Suiza sin maletas? *Papieren bitte!* [¡documentación, por favor!].

Jurek sacó la *Kennkarte*, de hecho ya arrepentido.

—¿Cómo se llama? ¿Vive dónde?

—Ahí está escrito.

—¿Usted así se llama? ¿De verdad? ¿Del barrio de Wola? A usted visado no le dan. No es un visado para los de Wola. No todo el mundo puede ir a Suiza o a Vittel. Mejor vuelva a casa.

—Ahí dentro está uno que me debe dinero —Jurek tragó saliva—. Me debe mucho dinero. Me gustaría verme con él.

—¿Dinero? Ja, ja, ya se sabe, con ellos siempre dinero. Lo siento, lo siento, el dinero hoy en Suiza, y luego en América o Palestina, el tren está a punto de salir. Desde hoy la entrada *ist verbotem* [está prohibido], antes tenía que haber venido.

Detrás de la puerta pasaban unas oscuras siluetas y a las arañas doradas de vez en cuando les ladraban los perros. A pesar de todos sus intentos, Jurek no consiguió entrar, así que se quedó de pie al otro lado de una calle que sí, está en Varsovia y se puso a mirar hacia la ventana por encima del letrero donde podía ser que estuvieran la maletita y el pijama estampado, se quedó de pie, mirando, una hora, pero arriba no aparecía nada de las ventanas con las cortinas echadas ni nadie pegaba la nariz al cristal, se quedó allí, mirando, hasta que los ojos se le secaron, hasta que le empezaron a doler los pies planos que ya conocemos y que siguen estando aplastados. Pero es que, qué es la vida, si no cambio de una posición a otra, si Jurek, que hace un momento estaba en la acera, de pie un momento en el tranvía y luego un

poco más en el tren regional, esta noche se acostará y se tumbará boca abajo, cómo comportarse, qué encontrar en sí de hombría cuando en la puerta misma, apoyada en el pasamanos de la escalera está esperando, le está esperando un mujer con una boina color cereza en la cabeza, de diecinueve años y medio de edad, piernas largas, un colgante de plata y las uñas rojas aferradas al bolso.

Sobre todo hay que mantener las formas. Armar ruido, echarse a reír, tintinear, maldecir en voz baja y abrir rápido la puerta, echar una mirada por la ventana, no encender la lámpara y decir:

—¡Vaya una sorpresa! ¿Te apetece un vaso de almíbar? Te hará bien antes del paseo.

Danusia se sentó al borde de la cama, es difícil decir si la de Jurek o la de Marcel, aceptó, obediente, el vaso que se le ofreció y por si acaso empezó a beber. Si le supo bien, desde luego no lo parecía. Pues podía caérsele la boina, abrírsele el bolso, corrérsele el carmín y tanta juventud estropearse y quedar anulada. Así que se defendía por entero a sí misma encerrando con una mano el bolso, donde estaba el espejito, el perfume y un poco de algodón, y alargaba tanto el cuello, que el cisne tuvo que echarse a volar y Jurek tragar saliva y sentir el viento que venía del roble; y acercó los labios al vaso tan alto, que pareciera que fuera el vaso el que bebía de Danusia, recogiera algo de ella discretamente y se lo tragara sin ruido, transparente.

Callaron tantas palabras como se habían escrito, como se habían leído en voz baja. En la penumbra combatían con las caras dos respiraciones, giraban dos hemisferios sin mapa común. Por fin Danusia empezó:

—Qué cartas tan hermosas me envías, Jurek. Con unos poemas tan bellos. Hasta me los sé de memoria.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

Australia volvió a acercarse a África, Tierra del Fuego al cabo de Buena Esperanza.

—Ven, que te enseñe una cosa —dijo Jurek, cogiendo a Danusia de la mano—. El rincón de Tworki que más me gusta.

Danusia asintió y esperó a que Jurek cerrara la puerta apretando con fuerza el bolso. Cruzaron rápido el paseo que estaba entre los pabellones, Jurek mirando de derecha a izquierda, los tacones de Danka marcando en la grava los puntos suspensivos de la prisa, símbolos del paso apurado y el susurro de los que desaparecen en silencio. El columpio ya estaba esperándolos, estremeciéndose un poco, como si supiera ya quién iba a sentarse en él y se pusiera a balbucear antes de dar comienzo a un discurso. Y es que sí, Jurek disparó al aire con la bravura de un gran contertulio y cuando alcanzó su techo, lo dejó caer como si fuera un abedul con un bolso estrechado contra el tronco.

—Sabes, no sé por qué será, pero hace ya bastante tiempo que me cuesta escribir, aunque sea unas cuantas palabras que digan algo, que tengan sentido. No sé si será porque me he vuelto un vago, o porque los días pasan así, iguales, grises, como envueltos en una tela de araña, una tela...

—De tristeza —se encendió una luz bajo el abedul—. No hables así. Abro el sobre y saco el papel de tu carta. Lo oyes crujir. Alejo de mí el espectro negro de la melancolía que me persigue como una sombra. En este momento cae en la hoja de tu carta un rayo de claridad del sol. La mancha dorada va creciendo y luego se hace pequeña en el etéreo terreno de baile. De mis ojos fluye grisura y toda la melancolía de la que soy capaz... Eso me escribiste hace poco, ¿te acuerdas? Voy a escribirte siempre, y mis palabras no te dejarán adormecerte ni quedarte inmóvil en el ámbar negro de la melancolía, en el sombrío retoño del día.

Jurek seguía volando de un confín del mundo al otro, desde el este al oeste de Tworki, sumido en la caja negra de la noche. No estaba nada mal así, sobrevolando la tierra como un bombardero humano, como un avión de reacción tirador de cartas. La camisa clara iba marcando en la penumbra una pulcra Vía Láctea, las piernas le colgaban despreocupadas y orgullosas, como en toda levitación en la que el dobladillo del pantalón ancho y elegante constituían un adorno que, si bien era prescindible, no estaba exento de sensual encanto.

El columpio frenó por fin; Jurek quería algo más.

—¿Quieres columpiarte conmigo?

El bolsito se detuvo, retirándose al abismo de la noche, en las profundidades de Danusia, en la isla de su yo aún inmaculado, pero en seguida se echó hacia delante, llevando a la muchacha al lugar que se le había dado y desplazando la mano hacia la cuerda del columpio para que tuviera en qué apoyarse cuando todo el cuerpo saltara y se agazapara en la tabla.

Jurek colocó los dos pies en el suelo con fuerza, se inclinó con fuerza adelante y atrás y la nave empezó a balancearse y tomó velocidad.

—Quizá ni siquiera seamos una nave en medio del pacífico océano —dijo con una voz meditabunda—. Ni tan siquiera el avión de Lindbergh sobrevolando el Atlántico. Somos el Columpio Celeste de Una Noche...

—¿... de una noche?

—Sí... La Alfombra Mágica Sobrevoladora Hoy de Todas las Cosas. Y abajo vemos, bastante lejos ya, el revuelto río de la existencia.

—¿Ves ahí abajo la luz que desprenden las ciudades, las líneas brillantes de los trenes, las cabecitas de alfiler blancas de las montañas? ¿El humo de las chimeneas, los extensos contornos de las playas? Allí sigue existiendo nuestra tierra, allí surgen y desaparecen países, allí nace todo y todo muere. Qué extraño es ser hombre. Qué complicada, qué descomunal tarea: la humanidad.

—¿Te acuerdas? Una vez te parabas a reflexionar, en una carta, qué poco lugar hay en este enorme mundo para la bondad. De tan raro que es encontrársela, se ha

vuelto todo un lujo. También me adhiero enteramente a lo que decías de que entre la gente la persona es un fenómeno raro. Una persona que tenga alma. Y el alma es la cabeza y el corazón. Sobre todo, corazón.

El columpio se elevó tan alto que el bolso se le escapó a Danusia de las manos. Por suerte Jurek lo cogió por el asa en el último momento y se lo colgó al hombro.

—Fíjate, Danusia, ya hemos pasado las primeras nubes y las estrellas brillan cada vez con más fuerza. Estamos solos en la galaxia de la noche cósmica. Cada roce de nuestras manos es una nueva constelación, cada palabra, un nuevo planeta. Aquí tienes el planeta Bondad, allá el planeta Fe, y ahora el planeta Amor y el planeta Esperanza.

—Ah, brillad, planetas, las palabras como claras estrellas que al llegar el día palidecen y se ocultan en una inmensidad invisible al ojo. Decid, una vez que hayáis completado vuestros misteriosos caminos de raíles, ¿volveréis para alumbrar con vuestro brillo la Tierra?

—Sobre nuestra tierra polaca.

—Sobre nuestra tierra polaca. ¿Adónde llevan esos caminos secretos vuestros para que el pensamiento lo alcance y pueda recuperar el aliento con vuestra dulzura? ¿Adónde conducen tus caminos, planeta Bondad, planeta Fe...?

—¿... planeta Amor...?

—¿... planeta Esperanza?

Jurek apretó el bolsito contra su pecho y Danka le deslizó la mano bajo el brazo. Se siguieron columpiando, ahora en silencio, en una oscuridad de nuevo sin estrellas bajo nubes cada vez más espesas. Empezó a caer una lluvia cálida y levantaron las caras a la vez hacia las gotas que caían desde la copa del árbol. Tenían ya las mejillas muy mojadas, los párpados lavados y los labios húmedos, cuando saltaron del columpio, que se quedó inmóvil ya como un arca por fin innecesaria. Salieron corriendo de la glorieta cogidos de la mano; el bolsito le daba golpes a Jurek rítmicamente en el costado. Jurek nunca antes había sacado tan rápido la llave del bolsillo, nunca había abierto tan rápido la puerta, nunca había besado con tanta fuerza, con una camisa tan empapada, con un bolsito de señora colgado del hombro. Eran almohadas en lo que se acostaron, era una colcha con lo que se cubrieron; ese sudor era de la espalda de Jurek, ese grito, de la garganta de Danusia.

Aún se susurraron algo, cada vez más bajito, se durmieron. Queda ahora tanto tiempo hasta por la mañana como para pasearse tranquilamente por la habitación, dejarse estar tranquilamente como Dios y al calorcito al lado de esa cama donde se oye roncar a Jurek Hombre Manta hasta la Garganta, junto al armario y el escritorio. Aquí, en el suelo, la camisa blanca tenía un corazón de boina color cereza, los zapatos de Jurek se habían abalanzado sobre el vestido, uno sobre el gris, el otro sobre el *beige* dorado; el sostén rosado, presumido, yacía solo en el rincón. Arrojado a toda prisa bajo la silla, el bolsito se había abierto como un tesoro en el mundo libre de los objetos. Hay que pisar con cuidado para no alterar su forma ni su orden. En el

suelo hay un espejito con una superficie plana delante y al reverso, un paisaje con un río que va fluyendo entre abetos que se reflejan en una pequeña cascada, un frasquito con una etiqueta borrosa en forma de jarrón griego, un cepillo de cerdas gruesas de pie y hacia arriba, un trozo de algodón esponjoso, unas llaves con un colgante de ámbar y un carmín en una funda brillante, sobres tirados en abanico con la dirección escrita con una hermosa caligrafía y el matasellos donde está escrito *Generalgouvernementspost* [Correo del gobierno de ocupación], sobres abiertos cuidadosamente con un fino corte, sobres en los que el año se ha escrito sobre la fecha con lápiz con una cifra en ascenso, sobres color sepia, pues eran los que le quedaban a Jurek en casa de antes de la guerra.

«Se inclinó sobre mí, me besó y salió corriendo de la habitación. Se inclinó, me besó y salió corriendo», se repetía Jurek una vez que consiguió volver en sí y dejar de bostezar, vaya verbos, que ni pintados para un médico jefe o un vizconde. Pero seguramente fue así, se levantó al alba, se despidió en silencio y desde arriba, mientras él seguía dormido y, no lo quiera Dios, roncando, luego se puso la boina, recogió sus cosas, cogió el bolsito y desapareció.

Echó mano de la camisa, que estaba colocada con esmero en el respaldo de la silla, se puso a buscar los zapatos, que descansaban, simétricos, al pie de la cama; evitando la mirada del pingüino, miró por la ventana en dirección al roble, bañado ya de sol desde la copa. Atravesaban la avenida dos batas blancas, tras ellos pasó un gato corriendo, salió volando un pájaro de una rama, en la mesa había una hoja.

Querido Jurek:

El corazón tiene que seguir su viaje hacia su dicha y su destino. Ahora ya sé que esta noche tiene que durarnos toda la vida. Guárdala en ti, llévala contigo. Y cuando no puedas dormir, escucharás siempre mi voz que te susurra un cuento, cantándote baladas hasta que te duermas con un sueño profundo y feliz. En el misterio lila de nuestra noche, entre nuestras sombras de muaré plateado, acudió la cálida bondad, nos habló y unió nuestras manos, uniendo nuestras cabezas y nuestros corazones en una sola alma. Muchísimas gracias por todas tus cartas. Hasta siempre, vizconde mío.

Tuya,

DANKA

«Hasta siempre —masculló Jurek—, hasta siempre», ahora sólo susurró, y se puso triste. Pasó un rato andando desconcertado por la habitación, se acostó, se volvió a levantar en seguida. Se asomó de nuevo a la ventana y sintió un temblor en las venas, desesperación mezclada con alegría. Miró hacia delante con avidez hasta donde le llegaba la vista, como si estuviera preparándose un camino con la vista, y sintió que el cielo azul lo atraía hacia sí tirando de las barandillas de su mirada y que este azul celeste no era ni casual ni irreal, y por un momento le pareció que podía ver los límites de su vida, una madeja celeste y amarilla sobre el horizonte que se puede rozar, tocar, superar. Luego algo dentro de él se detuvo, se empañó, le hizo bajar la cabeza. La avenida estaba de nuevo vacía, a la izquierda cada vez más soleada, a la derecha el gris, de momento sólo en los primeros pabellones. Si se mira desde abajo, si se eleva la vista hasta el primer piso, puede observarse el chorro que se refleja en

las lentes de Jurek, una coma en las tinieblas de sus pupilas. Como la luz de una linterna de explorador, desplazaba su mancha dorada por los rincones, buscaba en los ojos de Jurek un lugar donde brillar.

Hacía varios días que habían caído las primeras hojas, empezando a teñir la oscura grava. Jurek se asomó para mirar hacia los pabellones. Por el camino negro y amarillo iban pasando dos siluetas claras y cada vez más perfiladas, por la avenida amarillenta de Tworki iban al trabajo como cada lunes, como cada lunes iban a trabajar, bolsos en mano, Janka y Sonia.

—Sois lo único que me queda —suspiró Jurek, poniendo la mano izquierda sobre la mano de Sonia y la derecha sobre la de Janka—. Sonia y Janka. Los dos nombres más hermosos del mundo. Los dos a mi lado. Tan bonitos como estas bellas personas. Ojalá estuviera Marcel para que los pronunciáramos juntos. Sonia y Janka.

Se habían sentado después del trabajo en el banco más soleado y veían pasar los pijamas. Aunque era lunes, en la atmósfera recalentada flotaba algo solemne, como si el día hubiera sufrido una limpieza a fondo que le diera un aire festivo, penetrante.

—Ni siquiera llevan puestos los albornoces. Hace tanto calor como en la playa. Sonia, Janka, ha empezado uno de esos hermosos, verdaderos otoños dorados polacos.

Sonia hasta se echó a reír.

—Antiplatón, como siempre, en sandalias. Y con los calcetines amarillos. En realidad nunca tiene frío en los pies.

—La Creación tuvo que tener lugar en un día así —volvió a suspirar Jurek—. Este calor y esta espera. Quién sabe qué pasará a partir de ahora. Marcel seguramente nos lo diría.

Sonia señaló delante de sí.

—Fijaos, Durero hoy lleva sombrero. Y Rubens también lleva algo nuevo en la cabeza. Qué gorro tan bonito, ¿verdad? Pero bueno, hace como que no nos ve.

Rieron con ella, Rubens se encogió de hombros y Janka se dirigió a Jurek:

—No lo entiendo muy bien. ¿Adónde se fueron, y por qué? ¿Por qué a un hotel, qué hotel es ése? ¿No podías haber vuelto anoche a contárnoslo?

—Es el Hotel Polski. Así se llama. Al lado del casco antiguo, en la calle Długa, el número veintinueve. Un hotel normal. Estuve allí delante todo el día, pero no me dejaron pasar. Un asunto misterioso. Ahora os lo cuento todo, pero que Goethe y Bismarck no se nos queden así mirando, que ninguno de nosotros fuma ni tiene cigarrillos encima.

Los aludidos se alejaron del banco, el día siguió adelante como un milenio inmutable, un intruso en la corta duración de las cosas, y Jurek empezó:

No preguntéis, queridas, por quien a Długa llevaron,
allí un hotel recibe, mas su aura es misteriosa,
de allí hocicos tudescos con voces me espantaron,
allí se pierde el rastro de Marcel y de su esposa.
Todo empezó este jueves, Anna y él largo lo hablaron
y al punto decidieron: ¡adiós, *good-bye*, Varsovia!
Al Hotel Polski el sábado con sus maletas entraron:
confiemos en que no tenga amargo final esta historia.

En la avenida volvió a aparecer Antiplatón, que pasó al lado del banco pero ni siquiera les miró, ocupado en observar un agujero de su calcetín por el que veía el

mar Egeo, las primeras cuevas y los viajes de los argonautas. Tras él pasaron corriendo, cogidos de la mano y riéndose con alborozo, Newton y Cleopatra, y fueron reprendidos por Bismarck, que estaba buscando colillas en la gravilla.

—No he podido enterarme de más. Se supone que van a cambiarlos por prisioneros alemanes. Si alguien se presenta, parece que le dan un visado para ir a Suiza o a Vittel en un tren especial y luego quizá a América o a Palestina.

Detrás del banco algo se movió y Sonia le susurró al oído a Janka:

—Cuidado, que viene Schiller, otra vez con los guantes.

Era verdad: dos guantes ajados, sucios, les cayeron encima de los vestidos y se oyó el ruido de pasos en retirada.

—¿Por qué dices que se supone? —preguntó Janka de nuevo.

—Marcel me dejó una carta. Decía que podía ser una trampa. Que es lo que le parecía. Que podía ser un error. Desconfiaba. Acechancia desconfianza de Marcel: adivinanza.

—Jurek, hay que ver cómo eres. —En la voz de Janka resonaba la irritación—. ¿No nos puedes decir directamente qué te ponía en la carta?

—Pero si es lo que os estoy diciendo. Nada más, lo prometo. Que él no se creía todo eso de Suiza. Pero que se van. Parece que Anna quería. Que se iba con Anna y con su hermana, con Joasia. Nada más. ¿Qué os parece a vosotras?

El sol se desplazó a la derecha, quizá había dado comienzo un nuevo milenio. Sonia saludó con la mano a Schiller, que le enviaba besos desde lejos, y miró el reloj.

—Ya no lo volveremos a ver.

En la avenida volvieron a aparecer paseantes. A Schiller, que estaba solo, se le acercó Durero, se pasó un rato explicándole algo, le palmeó la espalda y Schiller accedió por fin a ser el cuarto jugador. Juntos se acercaron al banco de al lado, al que Goethe y Bismarck habían acercado otro banco. Se sentaron en corro, Goethe y Durero de pareja, y Durero repartió las cartas tan rápido y diestro que Jurek movió la cabeza sorprendido.

—No sé —dijo Janka—. Él siempre tenía razón. Lo contaba todo tan bien, se sabía todas las fórmulas. Nunca se equivocaba.

—Sería mejor que se hubiera quedado con nosotros aquí. Aquí se está bien. Tan cálido, tan en casa... tan claro. —Sonia buscaba una palabra y miraba hacia la entrada—. Viene alguien.

Sí que venía alguien, o más bien corría y sorteaba, le hizo una reverencia a Cleopatra, a Newton le dio una palmada en el brazo. En la lejanía era un cúmulo esponjoso, nieves del Kilimanjaro sobre la planicie cálida; a medio camino, un manzano en flor elevado sobre las cabezas de todos los locos comunes, un gigante de trigo, un titán claro válido para cualquier mitología y ahora, junto a nuestro banco, Olek el rubio, que primero sonríe, luego abraza y besa éste nuestro rubor, éstas nuestras manos, esos cabellos rubiorrojizos, esos labios ya menos rojos. Sonia se abrazó a Olek y luego, como azorada, se sentó y se arregló el vestido. Olek se hizo un

hueco entre Jurek y Sonia y estiró los brazos a sus anchas en el respaldo. Volvieron a hablar de Marcel, pero Olek no sabía nada nuevo, sobre todo porque los últimos días los había pasado en el bosque de Kampinos con ya sabéis quién. Empezó a oscurecer, la historia les llevó hasta el confín del día, así que se trasladaron a la habitación de Jurek y sin mayores esperanzas enseñaron a Janka a apostar y a contar los puntos en el sistema polaco. Luego, tras una primera ronda de prueba que se sabía de antemano que sería la última, Olek y Sonia se fueron hacia el pabellón B, y Janka le hizo otro té a Jurek. En seguida sonó el silbido del último tren que venía de Podkowa, y en la estación de Zúrich ahora, justo antes de la medianoche, el reloj marcaba su rítmico tictac en la estación vacía y silenciosa.

Todos los caminos conducían ya al final del año, por arriba volando, abajo por las galerías llenas de topos adormecidos, y sobre todo, claro está, por las calles. Primero por Marszałkowska, luego Polna, Nowogrodzka, Krucza hasta Wilcza, y desde Wilcza otra vez a Marszałkowska. Una semana más tarde, el sábado por la tarde, el recorrido fue de Piękna hasta Krucza, por Krucza hasta la plaza del Salvador y luego adelante, siempre por Marszałkowska. Olek callaba, obstinado, a Jurek se lo llevaban los demonios.

—Al final no les vamos a comprar nada. La cajita no te gusta, el cinturón no te gusta, los pendientes tampoco. Total, ¿por qué no les compramos una corbata a cada una?

—Tiene que ser especial, contable. Es la primera Navidad, ¿o es que no lo entiendes? Es el regalo más importante.

Así que siguieron deambulando por las calles de Varsovia de tienda en tiendita, cogían en las manos los objetos, se miraban y los dejaban a un lado, hasta que por fin, al final del día, llegaron a la calle Hoża, a Koziół y Asociados. Dentro estaba oscuro, sólo estaban encendidas las lámparas de los lados y por un momento no se movieron, distinguiendo con dificultad los contornos del mostrador y varias vitrinas. Aunque había sonado el timbre al abrirse la puerta, todavía no había aparecido nadie a atenderles, y Jurek preguntó:

—¿Qué significa ella para ti en realidad?

Olek callaba de una manera que hizo a Jurek sentir en sus carnes cómo calla una tumba y lo absurda que era su pregunta. Vio una cosa pequeña, hermosa y brillante en una vitrina, y se puso a mirarla, interesado, a través del cristal.

—Mira, Olek, creo que es un broche, qué bonito. Debe de ser caro —dijo.

—La amo, contable —le oyó decir.

—Parece que es de plata. A saber cuánto cuesta —suspiró.

—La amo. De verdad. Para mí ella lo es todo.

De detrás de la cortina salió una figura menuda con una camisa blanca y una pajarita enorme de lunares, y preguntó: «¿En qué puedo servirles? Está usted en lo cierto, es un objeto precioso. Plata pura, de forma muy original».

El broche brilló en la mano de Jurek como una laguna en medio de un oscuro desierto, como un tiempo distinto dentro del tiempo corriente. Y es que sí, estaba hecho de un material distinto a nuestros cuerpos, extrañamente cóncavo y mucho mejor redondeado. Liso al tacto como el sueño del alquimista, el broche presentaba una forma *ex nihilo*, temblorosa pero segura. Como una hojita tras un diluvio, tenía la humildad de los principios y la historia inscrita en una base, que en seguida crecía fresca y valiente. Le iría muy bien al vestido color café con leche, prendido junto al corazón para desearle lo mejor para el Año Nuevo y, cuando empiece el carnaval,

dejarse llevar al baile por su destello.

—Sólo se vive una vez. Me lo llevo —dijo Jurek, y de los nervios colocó la mano en el hombro de Olek—. Si me haces un préstamo, claro. Te lo devuelvo después de Año Nuevo. Creo que a Janka le va a gustar.

Olek asintió con la cabeza.

—Muy buena elección, si me permiten —dijo el dueño—. Muy buena elección, prometedora. Y al otro caballero también puedo proponerle algo elegante y digno de su atención.

Se adentró en la tienda y Jurek miró a Olek. Hasta ahora no se había movido, estaba de pie, recto, de soldado en guardia tenía la tenacidad y la postura, del resto de los mortales, la belleza, la fuerza y la voluntad.

—¿Te acuerdas de cuando metiste el último gol al Cracovia? ¿Cuando te lanzaste tras el tiro de medio campo de Ciszewski, justo antes del descanso? Nunca he visto una jugada más bella. Ni creo que la vea. —Jurek sonrió, movió la cabeza, emocionado.

En el mostrador, ante Olek, había un reloj. Koziół y Asociados se arregló la pajarita, alineó los lunares con la nuez y observó con satisfacción a Olek cogerlo, acercárselo al oído, pararse a escucharlo y luego sostenerlo en la mano, mirándolo fijamente. No era tan importante que fuera redondo y dorado, ese tipo de relojes se podía encontrar en cualquier tienda y casi en cualquier muñeca. Lo importante era que tenía un tictac distinto, que apremiaba menos y no se veía obligado a tomar aliento antes de cada segundo. La esfera era para el segundero un verdadero parque de juegos y, aunque la manecilla marcaba los números por orden, éstos parecían casuales e intercambiables, pertenecientes a una ley *ex aequo*. Tanto más cuanto que el espacio que enredaban también era inestable, es decir, cambiante. Y sí, bastaba que Olek inclinara la cabeza y echara a un lado a Jurek, que prácticamente se le había colgado, y que mirara su lado izquierdo para que la esfera blanca de pronto empezara a cambiar y a mostrar algo nuevo. Ya sabe Olek qué es, ya lo sabe Jurek, así que también lo sabemos nosotros: un mar esmeralda con olas blancas y amenazadoras y un barco en el horizonte. Pero nada más moverlo Olek a la derecha, quitándose de encima a Jurek, aparecieron otro paisaje y otros colores brillantes. Un elevado bosque de abetos, cortado por un camino recto, arenoso, y si se mira desde abajo, empujando a Jurek, cumbres nevadas, y si se mira desde arriba, un río con sus puentes y una ciudad antigua con una catedral. Dieron las tres. No, la hora no la daba ni el enorme reloj de la entrada ni el reloj de música de la estantería. Era el reloj de pulsera el que daba la hora, o, mejor dicho, tocaba una melodía de caja de música; un sonido delicado, plateado, que tocaba notas antiguas y al mismo tiempo cercanas.

—A mediodía toca un minueto —dijo el dueño con la pajarita fruncida, mirando solemne a Olek.

Olek cubrió el reloj con la otra mano y lo mantuvo entre los dedos muy juntos como si fuera un grillo que acababa de arropar, como una moneda cuya cara se fuera

a descubrir.

—Son las tres, en París, las dos —dijo bajito el dueño, tras un momento de silencio.

Olek volvió a inclinarse sobre el reloj. Era verdad, en una ventanita que estaba en la parte de debajo de la esfera vio la hora que había oído susurrar junto a un nombre escrito con letras microscópicas. Y cuando le dio media vuelta a la rueda sacada una posición, en la caja aparecieron el número cinco y la inscripción «Moscú», y luego, a la siguiente media vuelta, el nueve y la inscripción «Tokio».

—Me lo llevo —dijo con la voz ronca.

—Sonia ya tiene reloj —objetó Jurek.

Los lunares se agitaron y la pajarita dijo con retintín:

—¡Mi joven caballero! Permítame advertir que allí donde estemos, siempre algo tenemos. Adquiriendo este reloj suizo marca Omega de antes de la guerra, pues no es otra su noble procedencia, el amable caballero comprador le coloca a su estimada dama en la mano la caja dorada más hermosa de toda Varsovia y la carátula más original.

—Sí, me lo llevo —repitió Olek, y el dueño asintió gravemente con la cabeza, colocándose la pajarita que se le había torcido en el largo discurso. Olek sacó del bolsillo un fajo de billetes atados con una goma, contó la cantidad y salieron de la tienda con las bolsas en las manos. Cruzaron la calle Krucza y siguieron por Hoza hasta Marszałkowska.

Mientras tanto, todos los caminos seguían llevando al final del año, por su propio pie, serpenteando e incluso sobre ruedas; sobre unas de ellas, las camionetas. Alrededor del 10 de diciembre, después de la comida, entró en el terreno de Tworki una camioneta marca Mercedes y Johann estiró el lomo al ponerse firme como el gato del Nibelungo. Los locos acudieron corriendo desde todas las direcciones y rodearon la camioneta en silencio. Goethe incluso se puso a animar al resto en voz alta para que entraran, pero al oír los gritos de Kaltz, y sobre todo los de Honnette, que había sacado a duras penas su barriguita del edificio de la administración, todo el mundo corrió a esconderse detrás de los árboles, desde hacía tiempo ya sin hojas, para observar desde los troncos de robles y arces los objetos recién llegados pero aún no repartidos. Pero qué importaban las latas colocadas en las cajas, qué importancia iban a tener esos objetos con forma de botella empaquetados de ocho en ocho, cómo iban a llamar la atención esas cajas cerradas con algo dentro que se agitaba y zumbaba, si entre tantos objetos hicieron su aparición tres maletas de piel de cerdo y, a su lado, el culmen de la evolución: una mujer alemana. Con esa pelliza se la veía a la moda y no parecía tan mayor, bastante esbeltas le lucían las pantorrillas en esos zapatos marrones de tacón francés, lo único era el sombrero. Honnette besó a su mujer en la mano y luego, al sentir sobre sí la mirada de los árboles, en las dos mejillas; Kaltz se inclinó ostensiblemente ante su superiora diciendo algo en voz baja y describiendo un amplio círculo con el brazo; se hizo cargo de las maletas, feliz y ligero sobre las

rodillas dobladas. Ya iban avanzando en dirección a la oficina entre los asombrados robles y arces cuando, de repente, la señora se acordó de algo, volvió a la camioneta y sacó con cuidado del asiento trasero un gramófono. Sí, sí, querido Newton, sí, querido Goethe, que estás detrás del arce, la señora sacó sola, y ahora lleva ella misma, apoyándolo con delicadeza en la pelliza y sin permitir a su marido que la ayude, un verdadero gramófono con manivela, para girarla, para sobrevivir y que se quisiera vivir cuando lleguen las solemnes fiestas, sobre todo la *ruhe* y *heilige Nacht* [noche de paz, noche de amor].

Sin duda alguna, todos los caminos conducían ya al final del año, con las botas altas, los guantes gruesos, las pellizas e incluso con los gorros de piel. El primer martes de diciembre, Sonia apareció en la avenida central con algo precioso en la cabeza y Rubens, nada más verla, se quitó de la cabezota el saco informe que llevaba y no se separó de ella hasta que llegó a la oficina, mirando desde un lado cómo la cola se iba pegando al perfil de Sonia. Una cola, bah, más bien todo un penacho, que es, era de piel gris como gris y tierno descansaba el gorro de piel en la cabeza de Sonia. El penacho se balanceaba alegre, el gorro daba vueltas perfectas mientras Sonia andaba, y pendía agradecido consigo y con los otros cuando Sonia se paraba a intercambiar palabras y cortesías con César, Nerón y Alejandro. Tuvieron la suerte de ver justo después del desayuno, ante sus reales ojos, forma y contenido en plena simbiosis, juntos importantes y decisivos. Tuvieron suerte de no ver, al sentarse por la tarde a jugar a las cartas, el ojo de Sonia y la cola bañada con el rocío de la mejilla y el gorro levemente ladeado, cuando Sonia salió corriendo por la avenida al tiempo que el reloj daba la hora y se adentró hacia donde los ojos, esos ojos la llevaban.

¿Por qué tan tristes, por qué húmedos? ¿De dónde esas lágrimas, de dónde esos hombros encogidos, adónde esos pasos rápidos? Pasó rápidamente entre los árboles, saliéndose de pronto del caminito junto al muro, tropezó, apoyó la espalda en un abedul, el penacho movió una rama. Se colocó el gorro, echó el penacho un poco hacia atrás y entró corriendo entre dos sauces como si entrara por una puerta abierta. Este cuarto no es para nosotros; más adelante estaba todo cada vez más vacío y más blanco, la primera nieve había creado aquí unas manchas más uniformes, Sonia fue desapareciendo en las profundidades del bosque y haciéndose cada vez más pequeña, como un pajarillo oscuro saltando en la nieve que echara a volar hacia un grano de trigo que observara en el horizonte, tras el misterio de su mirada. ¿Qué veía, adonde iba, en qué punto desapareció? Se querría dar respuestas a estas preguntas, pero ¿será posible? ¿Se podrá, se sabrá?

En las cristaleras del comedor de Tworki caían los últimos rayos del sol de diciembre. Hay que torcer entre los últimos sauces hasta el camino; Sonia sigue andando tras la línea del horizonte y ante nosotros, ahora, un abedul, una rama que aún se mueve, de nuevo los bancos de madera y, entre ellos, un paseo, y la cena ya en la mesa.

Si hay que reunirse, reunámonos: un día, a una hora. La mañana del 24 de diciembre, los regalos ya estaban escondidos en el armario bajo el jersey de Jurek, donde brillaban y hacían tictac. En un lado de la larga mesa hecha de unir dos de oficina, estaban esperando distintos productos germanos y, en el otro lado, la señora de Honnette, personalmente, estaba colocándole el tubo al gramófono colocado sobre un mantel. En la sala todavía hacía frío, pues no habían encendido la estufa; hasta las ocho de la mañana todavía quedaba mucho, y las chicas, Janka enfundada en el abrigo y Sonia con guantes y el gorro de piel en la cabeza, estaban ayudando a Bronka y a Jabłkowska a colocar los platos y las copas, a terminar de traer las bolas de Navidad y a separar los tenedores de los cuchillos.

Se anunció que se trabajaría hasta las doce. El reloj que estaba al lado de la puerta hizo cucú doce veces, doce veces se inclinó el pajarito, y sobre el escritorio con los lápices y ábacos ya colocados en su sitio se levantaban las cabezas de los trabajadores aún repletas de números, se levantaban sus pesados cuerpos, llamados a su presencia común de cara al nuevo nacimiento y las nuevas hojas del calendario. Herr Direktor, hombre muy humano, amplió el presupuesto del hospital y convidó a un modesto ágape a toda la administración y a los empleados del hospital para que durante las fiestas, bajo su augusta tutela, se abrazara, divirtiera y hasta alimentara todo el personal.

Extraña es esta escena si se abarca todo con la vista y se atraen hacia sí todas las miradas. El reloj redondo de la derecha marca las 12:07 horas. Entre la pared y la fila de mesas unidas hay cuatro columnas que sostienen una alta viga. Delante de ellos, en el centro, empieza un poco más abajo el verdadero techo, recién pintado y salpicado de plafones aplastados y redondos. Aún no están encendidos, estrellas sin empleo en un cielo finito, pacientes fortimbrases sobre un titilante, encendido una vez sí y otra no, árbol de Navidad. Y ahora sí: un abeto de verdad del bosque de Helenów brilla con sus bombillas en forma de velas, destellos de cabello de ángel ario, igual que todos los verbos que hablan de luz, plata y oro. Resplandecer, brillar, prenderse y destellar, así que Jurek levantó ya en la mano izquierda el magnesio y se inclinó sobre el aparato, un resplandor, un brillo, y luego entregar por fin los aguinaldos y los premios, pero antes aún hay que sonreír.

Delante del árbol, dos sillas, en las sillas están sentados los superiores, los bondadosos superiores. Honnette unió las manos sobre la barriga y los pies, un zapatito sobre otro, encogidos y desplazados a la izquierda de una manera tan graciosa que bien podría el abuelo cogerlo en sus brazos como un bebé y llevárselo a su cálida sillita allá en Alsacia; sonríe en su uniforme sin condecoraciones de manera indefinida, pues como que no hay motivo, aunque puede ser que sea indicado hacerlo de cara a la verdad del objetivo, estas lucecitas de detrás y esta señora de al lado, ésa

que lleva una blusa blanca. Pero qué es, a decir verdad, Jurek, una blusa de piqué con las mangas hasta el codo, qué más da esa sonrisa más abierta, qué más darán incluso esas manos juntas en las rodillas, donde la falda negra cae sobre las medias, frente a, cosa rara y que retrasa la foto, el pie izquierdo, mientras que el derecho aprieta como es natural el tacón contra el suelo, se retira detrás de la silla y allí se levanta con toda picardía de puntillas, el tacón hacia arriba, y todo esto significa algo cuando se coloca así en el encuadre, aunque sólo sea que la pata, y quizá la persona entera, querría ponerse a dar saltos, dejarse raptar y al menos una vez hacer tictac como un segundo.

Para la sonrisa de verdad hay que mirar detrás de la larga mesa hecha de pupitres, allí donde están los inferiores y los empleados. El enfoque no dejará fuera por desgracia los labios apretados y los ojos muy abiertos de Kaltz, Quick y Jabłowska, en tensión y mirando al objetivo en espera de la orden, pero cuanto más cerca de él, más se suaviza y se derrite el pelotón de castigo: la discreta sonrisa de Bronka, Janka, bastante sonriente para lo que es ella, y ahora los dientes más blancos, el rostro más luminoso sobre una blusa blanca de piqué con las mangas hasta el codo, de tal manera que se puede ver muy bien el reloj tuberoso, la cara iluminada de Sonia, los labios de Sonia y una risa que no puede aguatarse ante el ojo del objetivo ni ante Jurek bajo el trapo negro como una mujer de luto. A quién se dirige esta risa, a qué viene, no se sabe del todo bien, pero no hay tiempo de pararse a pensar, hay que enfocar también las pilas de cosas que están sobre las mesas, esta chatarra utilizable, pues hay desde ollas lacadas y cazuelas con tapa y varias jarras y tazas hasta una sartén dorada y enorme, y, al lado, cajas de cigarrillos, agendas pequeñas, no tantas tabletas de chocolate, un estuche con peine y tijeras y, ya cada vez más cerca, canapés de verdad, unos de huevo, alguno que otro de salchichón, al lado de las copas colocadas bocabajo y de botellas de *Schnaps* [aguardiente] claro de ya se sabe quién.

Por fin Jurek hizo la foto y ocupó su sitio en la fila. Empezaron a entrar en la sala gorros blancos y lienzos blancos con los que Kaltz formó una segunda fila. Una vez que se hubo cerrado la puerta, se fue hacia el gramófono y a una señal de Honnette giró la manivela. El tacón de debajo de la silla se levantó aún más y se extendió un coro de ángeles de las orillas del Rin de antes de la movilización. El disco chirriaba un poco, pero se oían claramente las palabras «hijo», «pequeñito», «santo» y «feliz». Por fin, tras un par de villancicos, volvió el silencio y los objetos que estaban sobre la mesa de pronto parecían más presentes que las personas. Honnette pareció darse cuenta, pues se levantó rápidamente de la silla, se arregló el uniforme con un gesto de disculpa, un poco avergonzado, y dijo:

—En este día de fiesta nos gustaría dirigir a todo el personal, médicos, enfermeras y empleados de la administración, nuestras mayores felicitaciones y *grüss Gott* [saludos]. Como director del hospital para enfermos psíquicos y nerviosos de Tworki, estoy particularmente satisfecho de que nuestro centro médico goce de muy buena opinión por parte del Gobierno alemán y de que cumpla con gran cuidado las tareas que se le han encomendado. Como muestra de reconocimiento a los trabajadores de

esta institución se les entregarán calendarios correspondientes al año 1944, así como regalos de Navidad, de cuyo reparto se encargará mi ayudante, Herr Kaltz. A continuación se convida a todos los reunidos a un modesto convite que se ha preparado con un fondo especial. De nuevo, *grüss Gott*.

Resonaron unos tímidos aplausos y los objetos se hicieron más cercanos una vez reconocidos y nombrados. A Janka le tocaron unas tijeras y un peine de metal a juego y una taza decorada con florecitas; a Jurek Kaltz le hizo entrega, tras tachar su apellido de la lista, de una taza igual y una jarra blanca con el mismo motivo, y se pusieron a esperar qué le tocaría a Sonia. Kaltz vaciló, demorándose, llamó a sendos gorros y les entregó una taza a cada uno; en manos de Quick y Jabłowska colocó dos cazuelas con tapa, y nada más volverse los obsequiados hacia la mesa de los canapés, hizo una torsión extraña con el cuerpo, cogió de la mesa la sartén dorada y se la dio a Sonia con un movimiento inesperado. Ésta se quedó petrificada de la sorpresa como un faraón egipcio con el sol en las manos, que asía torpe por uno de sus rayos y concentraba la atención de todos sus súbditos, ya con los primeros canapés en la boca. Y es que había qué envidiar, el valor del regalo, su excepcional calidad, su utilidad en tiempos de guerra y su primacía entre las maravillas de este mundo y sobre todo de las de esta sala. Estaba claro que acababa de nombrarse la reina de la fiesta, la santa tutelar de adoración, la estrella de la fiesta de Belén. Además del orador de un momento solemne: algo hay que decir, le decían con gestos y miradas, que Sonia dé las gracias aprovechando el primer brindis. Sonia decía que no con la cabeza y señaló a Jurek con la sartén, pero cuando Kaltz carraspeó ruidosamente y repartió el vodka, la fila de empleados la empujó hacia delante.

Sonia escondió la sartén a la espalda, levantó la copa y cogió aire:

—En nombre de la administración y del personal médico del hospital psiquiátrico de Tworki me gustaría de todo corazón darles las gracias. Gracias al señor director y a su esposa señora directora por preparar este convite y estos presentes tan valiosos entregarnos. Nos gustaría nuestras más sinceras felicitaciones navideñas expresarles. Que Dios les bendiga, *grüss Gott*.

Honnette asintió con la cabeza, visiblemente complacido, Kaltz unió las manos significativamente y desde detrás de Sonia se extendieron los primeros aplausos, primero tímidos, luego bastante sonoros. La señora de Honnette puso, personalmente, otro disco y con la cantata de fondo se hizo otro brindis por la suerte y la salud de todos los presentes. La naturaleza muerta fue aumentando: junto a las tazas y las cazuelas empezaron a aparecer cada vez más platitos vacíos con migas, cada vez más cubiertos apilados y servilletas arrugadas, pero las cantatas, y luego las sonatas, y por fin las primeras marchas mantenían la imagen que estaba sobre la mesa, allí donde a la luz de las bombillas del árbol unos ojos muy abiertos miraban al infinito hasta las primeras imágenes de la salvación. Jurek hizo por encargo de Honnette otra foto y en cuanto ya se podía, precisamente cuando el reloj marcaba las dos y doce, sacó a Sonia y a Janka de la sala. A la salida las tazas tintinearón, la sartén reflejó con un fulgor

dorado las lucecitas del árbol de Navidad: los nuestros ya eran libres, ya en la avenida, ya en el cuarto de Jurek.

Olek no llegó hasta poco antes de las cinco, pues antes había llevado a las dos madres, la suya y la de Jurek, a casa de la tía Irena. Venía cargado con una bolsa llena de tarta, tarros de col, almíbar de ciruelas y hasta unas ramitas de abeto. Jurek llevaba un rato observando el cielo, ansiando la salida de la primera estrella, tenía la ventana abierta y se asomó de tal manera que Janka se acercó y lo agarró del cinturón, pero al final se cansó él mismo, pues había cada vez más nubes y además se le empañaban las gafas. Mientras el resto ponía la mesa, sacó de un libro la oblea y empezó a moverse por la habitación, arreglando lo que estaba mal puesto y dando consejos: «Más col en esa fuente», decía muy serio como un señor de su casa, «Haced el favor de sacar las pepitas de ese almíbar», hasta que por fin Sonia le pasó una servilleta por la nariz y empezó a reírse de la cara tan tonta que puso.

Seguía riéndose cuando Jurek se puso a partir la oblea arrugando con congoja el ceño y arrugando las cejas para que los trozos fueran iguales y estuvieran bien cortados; seguía riéndose cuando se levantó, se quitó las gafas y parpadeó, grácil antes de tomar la palabra de manera solemne, esperando a que se levantaran todos, y se rió incluso cuando la reprendió con la mirada, abriendo los ojos como platos, pero, en cuanto empezó a hablar, ya se puso a escucharle:

—¡Queridos reunidos, caros amigos! En un pasado no tan lejano, hace poco menos de dos mil años, brilló sobre el mundo la estrella de Belén. Desde aquellos días en los que Jesús empezó a andar por los valles y montañas de tierra sagrada, empezó el Amor su recorrido a lo largo de los siglos. Aún no ha conquistado el mundo, no ha arrancado del corazón del ser humano el egoísmo. Demasiado a menudo los acontecimientos no muestran sino violencia y guerra. Un año más, las fiestas de Navidad no transcurren con alegría. Las campanas de las iglesias llamando a la misa del gallo se funden con los ecos de la guerra. —Jurek se detuvo y bajó la cabeza como si estuviera pensando qué decir—. ¡Oh, Polonia, Polonia! —susurró de pronto—, si el hombre tuviera tanta fuerza como para apretarte contra su pecho, Polonia, gran mártir nuestra, sagrada. —De nuevo se paró y pasó la mirada por la cara de Janka, de Olek y finalmente de Sonia—. Es Nochebuena. Es un día parecido a otro cualquiera y, sin embargo, todo en este día habla la lengua de personas extraordinarias. Es un día que tiene el poder insólito y misterioso de conciliar los corazones con la armonía y la paz. Es un día en el que somos mejores, más limpios, en que estamos más cerca de las verdades eternas, increíblemente bellas. Deseémonos todo lo mejor.

Se puso en la mano un trozo de oblea y todos le imitaron. Se sentaron a la mesa y empezaron a comer en un silencio ensordecedor el pescado que se había frito en la sartén dorada, pero por suerte Olek se acordó de algo:

—¿Te acuerdas, Jurek, de cuando estábamos en primero y representamos para toda la escuela el... el Nacimiento? En la primera parte éramos los tres reyes, Heniek,

tú y yo, y a ti se te corrió la barba porque hiciste una reverencia demasiado profunda ante el pesebre, ¿te acuerdas?

—Pues no muy bien —rezongó Jurek.

—Y en la segunda parte, cuando hacías de Herodes, y también se te escurrió la barba porque diste un golpe demasiado fuerte con el cetro. Casi me muero de risa... ¿te acuerdas?

—Vagamente —susurró Jurek y Sonia estalló de risa. Se rieron todos y hasta el momento de entregar los regalos mucho más fue lo que estuvieron de risas que lo que comieron, y luego ya sólo estuvieron ansiosos, buscando cosas en los bolsos y bajo los jerseys y escondiendo a la espalda lo tan torpemente sacado. No hay necesidad de escribir mucho, mejor alegrarse, a Jurek Janka le regaló unos calcetines de rayas, de los cortos, poco más arriba del tobillo, bonitos, y se puso inmediatamente a probárselos. Se quitó los zapatos y Sonia se echó a reír, pues uno de los calcetines lo tenía puesto del revés, seguramente desde por la mañana, y por un momento se quedó mirando los hilitos que salían de las rayas. Por fin, como si nada, se desnudó los pies, encogiéndolos un poco, porque con las uñas nunca se sabe, y los metió en las rayas nuevas del color del mar al atardecer. Le quedaban increíblemente bien y Jurek se pavoneó por la habitación sin intención alguna de volver a ponerse los zapatos, pero ya un nuevo regalo se retorció de color entre los dedos de Sonia, le acariciaba las manos, aquí se prodigaba, ancha, quizá demasiado, y allí, por el otro lado, se reservaba y se enredaba en un lecho angosto. Olek bajó la cabeza de una manera tan extraña, tan tierno, como un pájaro que se quiere dormir, y Sonia, con pocos y diestros movimientos, desató el nudo de la corbata estrecha, azul marino, y de un tirón la sacó del blanco cuello de la camisa. Deslizó en el sitio libre una nueva corbata y se quedó mirando a Olek colocársela. El nudo tenía que ser inglés, tipo Windsor, pero Olek midió mal y se veía la parte más estrecha; Sonia celebró con una risa alegre la cara que puso Jurek. La segunda vez salió bien y, tal y como esperaba Jurek, guapo estaba el rubio con el nuevo diseño, pues el discreto burdeos se confundía con el azul marino y con pequeños trozos de crema y estrellas de naranja madura, y la abundancia de tela contrastaba bien con la altura del hombre.

—Nunca he tenido una así —afirmó Olek, colocándose solemnemente el cuello de la camisa—. Es requetebonita... fuera de lo común.

—El último grito en América —dijo Jurek—. Ancha como de riñón a riñón. El puente de Brooklyn de orilla a orilla.

Sonia se echó a reír, expectante. Jurek comprobó con el rabillo del ojo si lo habían comprendido, y, satisfecho, se sacó del bolsillo la mano cerrada. Se veían las esquinas de la bolsita y las puntas de un lazo rosa antes del ábrete sésamo; Janka se puso roja. Y con razón, para ella era eso plateado y doblado como una concha, e incluso punzante, pues la bolsita había desgarrado un poco. Para ella esa mirada como miedosa, «Ojalá que le guste», y para ella los ojos redondos de miedo y de expectación tras los cristales.

—Es de primera, muy bonita —dijo Janka—. Muy original. Es de verdad... fuera de lo común.

Sonia apremió a Jurek, que llevaba ya demasiado rato bajo los efectos del entusiasmo de la fiesta frotando los calcetines en el suelo, y le mostró dónde tenía que colocarle el broche. Brilló con un nuevo resplandor como un mar desposado, como un estigma en una materia lisa. Janka respiraba, el broche subía y bajaba, y en la mano de Olek ya había un tictac, en la mano abierta de Olek ya hacía tictac un reloj. Y un momento después tocaba, al dar las ocho, un minueto de Mozart, enhebrando en el hilo invisible del súbito silencio unas cuentas de cristal sonoras que se colocaban en un cuatro por cuatro, que eran como unos suaves golpes en la puerta, y el hilo se hacía cada vez más visible, tocable, bello y absoluto. Seguían sonando las últimas gotitas cuando Olek le pasó sin una palabra el reloj a Jurek, se acercó a Sonia y le quitó de la mano, con un gesto decidido, la caja engarzada en la pulsera ya bastante gastada y la esfera un poco ajada. Jurek se puso de pie detrás de Olek, tan oficial y atento como una enfermera con el escalpelo, y Sonia se echó a reír, pero cuando Olek recogió de manos de Jurek el reloj y lo colocó con cuidado en su muñeca, estirada, se puso seria y arrugó las cejas. Ya estaba en su brazo y todos se quedaron mirando absortos sus delicadas manecillas, que decían que habían pasado ya las 8:03 horas, e incluso las ocho y cuatro y cinco.

Sonia se quedó mirando a Olek, lo besó en la mejilla y dijo muy alto, como si quisiera hacer partícipes de una nueva a todos:

—Es... archiprecioso. Nunca he visto uno tan bonito... Es absolutamente extraordinario. La verdad, no sé qué decir.

Olek les mostró a Sonia y a Janka todos los paisajes, dirigiendo la muñeca de Sonia hacia distintos ángulos, y preguntó qué hora era en París respondiendo él mismo a la pregunta dándole vueltas a la ruedecilla, tras lo que estuvo un rato explicando cómo funcionaba. Sonia seguía con atención los movimientos de Olek, la dedicación con la que explicaba cada detalle técnico, y más conoció de Olek mismo que del reloj, pues cuando le tocaba decir qué hora era en Nueva York, dejó los dedos suspendidos, impotentes, sobre la esfera. Olek le repitió con paciencia sus explicaciones y por fin todos los regalos, apropiados y puestos, se fundieron hasta formar parte de los cuerpos navideños. Pasaron al postre y sobre la tarta y el almíbar echaban aún de vez en cuando un vistazo a las cosas recién suyas que ya formaban parte de sus vidas, y a Olek le parecía que sí, que con esta corbata estaba más guapo, Janka creía que el broche era muy caro y lo valía, pues sin duda le daría un toque de adorno a su vestido y sólo los calcetines de Jurek desentonaban un poco en los pies planos.

—¿Qué hora es? —le preguntó a Sonia a las nueve y a las nueve y diez—. ¿Qué hora tenemos? —le preguntó sobre las diez y también un par de veces antes de las once—. ¿Qué hora será? —le volvió a preguntar con una sonrisa provocadora antes de la medianoche.

—Las doce menos dieciséis —respondió Sonia, y cada vez se quedaba mirando fijamente las agujas—. Y ahora, menos cuarto.

—¡La misa del gallo! —gritó Jurek y se levantó de la silla con rapidez, haciendo que se volcara en los pantalones de Olek la botella con los restos de vodka. Sonia se echó a reír, y riéndose seguía mientras iban andando en dirección a la capilla de Tworki, Olek con unos pasos de lo más extraño.

—¿Ya es medianoche? —preguntó Jurek nada más mezclarse con la multitud de pijamas con el abrigo echado sobre los hombros. Miró la caja del reloj inclinándose ligeramente la cabeza, y sobre el altar se oyeron las palabras:

—«El pueblo que camina en la oscuridad verá una gran luz, sobre los habitantes del país de las tinieblas brillará una estrella».

—Amén —susurraron los fieles, y la misa siguió rápidamente minuto a minuto hasta el último ruego por nosotros.

Y brilla como brillan las estrellas, como brillaban las estrellas cuando salieron de la capilla entre la silenciosa multitud. El viento se había llevado las nubes y se veían varias constelaciones, así que daban ganas de estar y recordar al aire libre. Pasearon por las avenidas de pared en pared, ante las calderas, Jurek se paró a hablar un momento con *Virtuoso*, al que hoy no le había ido nada mal, Sonia se reía de lo lindo, y luego, a eso ya de las dos, ya congelados de frío, Olek sugirió que entraran a la administración a ver si por casualidad no había quedado algo.

Sonia abrió con su llave de servicio y entraron inseguros como a una residencia de verano tras la temporada alta. El árbol seguía encendido y salieron a su encuentro en tropel las sombras de los objetos abandonados, los lugares desiertos. Las dos columnas exteriores irradiaban oscuras fronteras y, al superarlas, se encontraron en el cuadrado del ágape. Bajo las brillantes nubes de los platos se formaban contornos congelados, los cubiertos estiraban sus dedos. Olek encontró una botella en la que quedaba un fondo, sirvió y bebieron en silencio, solemnemente, observando el guiño de las luces y la danza de destellos en la pared. Uno de ellos iluminó de repente el rincón donde, sobre una mesa, estaba el gramófono con su tubo que le enviaba su propio fulgir de estaño. Sonia corrió a poner el primer disco. Apenas había comenzado a sonar la sonata y ya la mano de Sonia estaba colocando otro y dándole vueltas a la manivela para que empezaran a oírse sin demora aquellas canciones sobre el viaje del invierno. No duraron mucho: Sonia sacó el último disco de la pila, que tenía una portada de colores. Nombres de color, sonidos coloridos, un vals de azul intenso, un boston plateado, un foxtrot rosado.

—En Nochebuena no se baila —murmuró Jurek por encima de la copa, tamborileando con los dedos en la mesa—. No, hoy no se puede bailar. —Negó, pero se dejó arrastrar por Sonia al centro de la sala—. No se puede hasta dentro de dos días —dijo ya en un tono firme, pero se dejó coger en brazos y se dejó llevar, dos pasos adelante, dos atrás, y luego hasta tres. Sonia miró varias veces desde arriba a Olek, aún sentado, y ni hablar, tuvo que obedecer al menos una de sus órdenes, coger

a Janka en sus brazos e imitar los tropezones de Jurek y los pasos de Sonia, ahora ya cuatro adelante y cuatro atrás. Hacían cada vez más ruido con sus pasos, cuando de repente se precipitó en el parqué, desde un lado, un haz de luz. Había alguien de pie en la puerta abierta, en la puerta abierta de par en par estaba Frau Honnette, mirándolos fijamente con las pupilas azules de oficio. Se quedaron parados y sólo Sonia se echó a reír, bajito. La recién llegada no se había cambiado todavía, como si para seguir siendo ella misma tuviera que atravesar andando ella sola la noche con la misma blusa blanca, la falda negra y los zapatos de tacón que parecían llevarla sobre mínimos saltitos. Miró a Sonia, que seguía riéndose, y por un momento sus miradas se cruzaron. Jurek fue corriendo al gramófono, pero Frau Honnette negó con la cabeza diciendo que no, no hace falta que lo paren. La señora se quedó unos segundos más mirando a Sonia, que estaba apoyada sin gracia y como con guasa en Olek, y su mirada era una suerte de prismáticos azules que se alejaban y acercaban para medir con precisión las constelaciones de la cara de Sonia con Olek de fondo, y luego estiró los brazos hacia delante, como ensimismada, como para dar algo o llevarse eso mismo, se rió levemente, se dio la vuelta y se alejó sin prisa por el pasillo claro.

El reloj de la sala y el de Sonia marcaban ya las cuatro. En París eran las tres, en Tokio, las diez, pero aquí empezaban a caer algunos copos de nieve. Plateó el cabello de Janka y se acumuló en el gorro de Sonia mientras volvían por la avenida a la habitación de las chicas. Se dieron las buenas noches, Jurek preguntó por última vez, riéndose, qué hora era, y a las cuatro y media la Nochebuena llegó a su fin. Olek se afeitó en el cuarto de Jurek, a Jurek todavía no le hacía falta, se cambiaron de ropa y se marcharon a Varsovia en el primer tren de la mañana para tomarse con las dos madres el desayuno del día de Navidad.

Martes, a Tworki partes. Jurek volvió muy de mañana con una camisa nueva, regalo de Navidad de su venerable madre y preparado para ir a ver a las chicas, a las que les había traído su gramófono y sus discos «Con una música, Janka, Sonia, que ya veréis, ni siquiera nos hace falta que esté Olek», teniendo esas piernas que seguramente no le daban muy bien al balón, pero que bailaban muy bien el vals. «Qué pena que no se me ocurriera traerlo antes», pensó Jurek tarareando un tango-milonga y al abrir, ya sabemos cómo, la puerta de su cuarto. La hoja estaba en el suelo, seguramente la habían echado por debajo.

Janka se le echó a los brazos nada más aparecer él, sofocado, en el quicio. Había deshielo y tenía los zapatos mojados de atravesar los parterres.

—Fíjate, fíjate qué acabo de encontrar en el suelo de mi cuarto —dijo—. Todo el mundo me escribe cartas.

Leyó la hoja en voz alta. Janka estaba temblando y Jurek se dio cuenta de que se le blanqueaban las articulaciones de los dedos, y de pronto comprendió que se trataba del todo, de algo lejano en lo que todo se derrite y se desvanece golpeado por una extraña luz. En el cuadro que estaba sobre la cama de Sonia, el mar apagaba sus olas en la arena y un hilo amarillo y azul manchaba la pupila de Jurek, reducía sus contornos a los colores solos. Se desplomó en la cama.

—¿Qué ha pasado? —preguntó bajito.

—Tengo miedo. Tengo miedo —dijo Janka, y se le resbalaron las primeras lágrimas.

—¿Qué ha pasado? ¿Sabes qué ha pasado?

—Se marchó muy temprano.

—¿A qué hora?

—No sé. Tenía una expresión muy extraña en la cara.

—¿Triste?

—No sé. Me besó cuando yo estaba todavía acostada, volvió desde la puerta, me acarició la mejilla como no lo había hecho nunca.

—¿Adónde se fue? —Jurek se levantó, se asomó a la ventana y volvió a ver la pronunciada linde del bosque, los árboles cada uno defendiendo lo suyo con firmeza, y sus medio sombras reflejadas en los charcos—. ¿Adónde se habrá largado? ¿Por qué se despide de mí, y además de esa manera?

Janka vino hacia él y se abrazó a su espalda.

—Tengo miedo —susurró—. Tengo mucho miedo. Sonia es de Berdyczów.

—¿Qué? ¿Qué dices? No va en serio, ¿verdad?

—Nació allí. Luego se mudó con sus padres.

—¿Cómo? Pero ¿qué estás diciendo? —Jurek quería volverse, pero Janka lo tenía abrazado con fuerza y por un momento le costó respirar. Había tantas moléculas

extrañas de oxígeno... Como una mezcla de partículas positivas y negativas.

—¿Qué es lo que estás diciendo? ¿Adónde se ha ido? —repitió—. ¿Adónde? ¿Adónde?

¿Adónde te fuiste, Sonia? Te pusiste el gorrito, el abrigo, unas medias gruesas hasta la rodilla bajo el vestido, y saliste de la habitación sin silbar en absoluto; esta vez no bajaste la escalera corriendo, tras un peldaño seguía otro, y tú andabas despacio, gravemente, agarrándote a la barandilla, luego el vestíbulo y de pronto el aire de la mañana, aún frío a pesar del sol allá en oriente. Adónde fuiste cuando terminaste de escribir en el alféizar de la ventana, cuando deslizaste la hoja bajo la puerta de la habitación de Jurek y te quedaste un momento allí, de pie, como si estuvieras esperando que la puerta se abriera y alguien te recogiera, dormida, en sus brazos y te llevara a la arena dorada donde no se ve huella alguna. Adónde fuiste, sin tener en cuenta tu amor ni el amor hacia ti, sin poner cuidado en que tenías un nombre que repetir y que susurrar, unos ojos y una boca que besar, su torso como un arca de seguridad y las cuerdas venosas de las manos, que todo lo que él era te deseaba y te quería entera, para siempre. Adónde te fuiste, al desierto donde arden los arbustos y las dunas son como olas, o allí donde entre el musgo hibernan los helechos, en la tierra no es que haya tantos caminos, ni tantas avenidas en Tworki, y no me extraña que acabaras en el edificio de la administración y te sentaras ante el despacho de Honnette a esperar que apareciera con su libro y su cigarro, pues se pasaba allí el día. Vino pronto como siempre y al verte sonrió inseguro, y la madera del banquito donde estabas sentada se hizo todavía más palpable. Le pusiste demasiado azúcar al café que te sirvió en su despacho sin pedirte que te sentaras y de pie estabas ante él, bebiendo a sorbitos, como si no supieras si te estaba permitido, y callaste igual que él una vez que ya hubiste pronunciado tu frase. Dio un par de golpes con la cucharilla en la superficie de la mesa, se levantó, pesado, salió, volvió acompañado de Kaltz y el resto del café de la taza se filtró en el azúcar verdadero sin diluir, solidificándose en negros cráteres. *Sprechenaron* bastante rato los dos en un rincón, la azalea del tiesto estaba verde y eso te dolió. Kaltz tenía las manos apretadas con fuerza y los ojos cerrados cuando Honnette se te acercó, cuando te miró y te habló, y la nuez se le iba moviendo de arriba abajo igual que algo en la conciencia, del bien al mal: «¡Se ha vuelto usted loca! ¡Está completamente loca! En seguida voy a llamar al doctor Okonowski, hay que tranquilizarla y aislarla. Tiene que acostarse y descansar. Usted, le repito, está muy enferma, tiene una *Geistesnervenkrank*, enfermedad nerviosa». Adónde pues ibas, Sonia, por qué avenida, o más bien por qué camino, cuando repetías que eso no iba a cambiar nada, que eras de donde eras, y negabas con la cabeza cuando Kaltz te quiso coger de la mano y Honnette por primera vez te miró a los ojos y te dijo respirando con enorme dificultad: «Se lo pido por favor, tendrá usted un permiso, una baja por su estado de salud, está usted enferma, nadie le va a creer esas tonterías que está usted diciendo»; adonde te dirigías ya pues, por qué río nadabas, a cincuenta o ya a cien leguas, ahora que por fin te

ordenó que volvieras al trabajo y te olvidaras de todo, pues ni él ni su ayudante Kaltz se acordaban ya de nada de lo que les habías dicho y tú decías muy alto: «No, no, por favor, Herr Direktor, haga usted lo que debe hacer». En el despacho aclaró el día y la lámpara del escritorio seguía encendida como un fuego inútil, como una realidad que viniera de otro mundo en cuyas profundidades te estuvieras sumergiendo, y la lámpara te quedaste mirando cuando Honnette y Kaltz salieron para que pudieras pensártelo, «Márchese si quiere o váyase simplemente al pabellón antes de que dentro de dos o tres horas vuelvan de su paseo». En el pasillo no se oía ningún ruido y no hacía falta más que el girar el picaporte para pisar los listones de robles de aquí para andar junto a esta pared de ladrillos de tierra nuestra, para acariciar con la mano la corteza áspera a este lado o al otro del álamo. Pero tú no saliste por las puertas de aquí, de este lado, por el norte cubierto de musgo de tu existencia, y no sabías ya nombrar los objetos del despacho, no sabías qué eran esos palitos finos, afilados, que estaban sobre la mesa junto a un cuadrado blanco, qué era eso transparente que estaba lleno de agua, y cuando Honnette volvió, le dijiste: «Llámelos, sí, quiero, sí». «Yo mismo la llevo», te dijo con los ojos como dos botones arrancados, y te cogió del brazo con un gesto firme pero delicado. Kaltz te siguió arrastrando los pies hasta el coche, susurrando algo sin voz, y en el último momento, cuando el automóvil ya se estaba poniendo en marcha, dio un salto y se sentó a tu lado, y cerró de nuevo los ojos, y de pronto te cogió la mano. Johann, que estaba de pie dándoles de comer a las palomas, se puso firme para saludar. En el andén no había nadie y viste por la ventana las vías, que se extendían en una y otra dirección, a Varsovia y a Podkowa, a Podkowa y a Varsovia. El camino era recto, pavimentado, y en seguida a la derecha apareció una inscripción sucia, herrumbrosa, con la inscripción Pruszków, pues es allí adonde ibas, Sonia, era precisamente allí adonde ibas.

Se quedaron, impotentes, al lado de la verja cuando Johann les contó del coche y las palomas dejaron de apiñarse, y se quedaron mirando la carretera, que detrás de las vías transcurría directamente hacia los primeros edificios.

—Recemos. Parémonos un momento a rezar —le dijo Jurek a Janka. Ella tenía la mirada tan perdida, tan ausente, que la sintió extraña. Había empezado otra vez a temblar y Jurek la abrazó con fuerza—. A lo mejor el gordo vuelve en seguida, intentaré enterarme de algo. A lo mejor todavía no ha pasado nada. Quizá la traigan de vuelta.

Entraron a la capilla que estaba tras la administración y se arrodillaron ante el altar. Estaba oscuro, Jurek volvió los ojos hacia la única lámpara que iluminaba la custodia. Por entre los bancos pasó la sombra de *Virtuoso*, que se había despertado, del altar llegaba el olor a cera.

—Padre nuestro, que estás en los cielos... —empezó él a media voz.

—Padre nuestro, que estás en los cielos... —repitió Janka muy alto, temblando cada vez más.

—... santificado sea Tu nombre...

—... santificado sea Tu nombre —dijo Janka tan alto que Jurek se sobrecogió, asustado.

—Recemos en voz más baja —le pidió.

—... venga a nosotros Tu reino —Janka hablaba cada vez más alto y más rápido —. Santa María madre de Dios que estás en los cielos kyrie eleison cordero de Dios que guardas Tu reino y los que le son fieles perdónanos nuestras deudas como quitas el pecado del mundo porque te echo de menos...

—Janka, ¿qué te pasa, qué estás diciendo? —Jurek la cogió del brazo.

Janka se echó a llorar, se acurrucó en el suelo y empezó a susurrar:

—... santificado sea Tu nombre, santificado sea Tu nombre, santificado sea Tu nombre...

Jurek se agachó junto a ella y la obligó a levantarse.

—Tranquilízate, por favor, quizá aún vuelva, puede que vuelva. Creo que tienes fiebre.

Sí, su frente estaba encendida bajo la mano de él, la llevó a la habitación. Se acostó, se subió la colcha hasta la misma nariz, roja y desgraciada, Jurek le preparó un té y se quedó un momento viéndola tomárselo, caliente y sin endulzar con nada, y luego se durmió sin hacer ruido. Volvió junto a la verja y se sentó en un banco delante de la administración. El sol brillaba cada vez con más intensidad y los últimos cúmulos de nieve iban desapareciendo por momentos, lavando sus pecados como una blancura avergonzada de sí misma.

Alguien gritó a lo lejos, los gritos se iban acercando a Jurek por detrás y eran cada vez más espantosos. Al final le llegaron a la oreja.

—¿Dónde está, adónde se ha ido? Señor, señor contable, ¡dígame usted, por favor!

Antiplatón, que a todas luces no se había aseado, se sentó en el banco y buscó los ojos de Jurek con la mirada perdida. Llevaba el pijama arrugado y estaba sin abrigo; los calcetines puestos del revés, una sandalia sin abrochar y le goteaba la nariz.

—Por favor, deje de dar esas voces, dónde se habrá visto, esos gritos —le dijo Jurek, poniéndose el dedo en la boca, como si hablara con un niño.

—¿Dónde está? —gritó Antiplatón aún más alto y le salieron venas en la frente —. ¿Adónde se fue tan temprano? ¿Adónde se llevó a mi Sonia? ¿Adónde se llevó mi pajarillo, mi angelito? ¿Adónde se fueron? Dígame, señor funcionario, dígame, se lo suplico, señor contable.

—¡Tranquílcese! —le espetó Jurek—. O van a venir las enfermeras y se lo llevarán para encerrarlo. Y no saldrá de aquí jamás.

Antiplatón se encogió, cogió la mano de Jurek y empezó a besarla compulsivamente.

—Dios mío, tengo miedo, tengo tanto miedo, haga algo, padre, yo no quiero sin Sonia, haga algo, padre, yo no quiero sin Sonia, haga algo, tengo tanto miedo, señor padre...

Jurek se desasíó con rabia, pero Antiplatón se le acercó todavía más e intentó sentársele en las rodillas.

—Quiero ir con papá —susurró sollozando—, señor lapicero, yo quiero irme con mi papá. —Echó las dos manos al cuello de Jurek—. Quiero ir con mi papá —gritó de nuevo con todas sus fuerzas.

—Haga el favor, tranquilícese —chitó Jurek, alejándolo de sí violentamente—. Por favor, vuelva al pabellón, o se meterá en problemas. El vigilante nos está mirando y mire que le ponen la camisa de fuerza. Vaya, vaya a acostarse, ya le avisaré, quizá pronto sepa algo. Quizá Sonia vuelva en seguida. Váyase ya y no salga.

Antiplatón se levantó dócil y dio media vuelta hacia la avenida, conteniendo el llanto. A lo lejos unos pijamas lo cogieron del brazo y lo llevaron rápidamente al pabellón, mirando a ambos lados.

El coche de Honnette y Kaltz seguía sin llegar y Jurek se sacó del bolsillo la carta de Sonia. Debió de arrancarla a toda prisa del cuaderno, pues tenía en el revés huellas de tinta de la hoja anterior y estaba ligeramente redondeada en las esquinas y cubierta en los bordes con un rojo, como todo lo que ha de perdurar, hilo de laca. En realidad era la primera vez que veía la letra de Sonia en tal aglomeración. No era tan bonita como la suya, las letras se ahogaban en las estrechas palabras y apenas tenían rabitos ni uniones allí donde hay que ponerlas, señal de confianza en uno mismo. Jurek las tocó con los dedos; «De nuevo, maldita sea, vizconde —fue lo primero que pensó, pero en seguida le dio vergüenza—, otra vez no besado, dejado a un lado y simplemente consolado, y Olek como un dios, un joven dios sin nombre, como si no quisiera pronunciarlo, o como si temiera nombrarlo, “aquel que lo fue todo para mí...” un ser limpio, incorpóreo, quizá demasiado querido para nombrarlo de una manera tan corriente...». Volvía a leer las frases una y otra vez, se miraba en ellas como en un espejo, las repetía como un aforismo, como una sentencia definitiva cuyo negro brillo se filtrara en el vientre, que se le colara por la piel con una extraña osmosis de presentimiento. Como si algo dentro de Jurek se hubiera dado cuenta de repente, pero qué, qué venas, qué cartílagos, como si se hubieran dado cuenta de que puede que Jurek ya para siempre, hasta la última cena, hasta la primera mañana que ya no verá, iba a tener que darles vueltas a estas frases en sueños como una piedra de molino, masticarlas como una amarga vitamina y como las propias lágrimas al despertarse. Así que también nosotros aceptemos su bondad y su enseñanza, aprendámonoslas de memoria, grabémoslas en nuestros recovecos internos, aprendámonoslas ahora, no importa que hoy la hierba esté verde y hermosa ni que aún siga sonando en el pentagrama del aire el veranillo de San Miguel. Aprendámonoslas ahora todos, tristes y alegres compatriotas y conciudadanos, aprendámonoslas para no morir de malos humores, ni Dios lo quiera, bajo las sábanas, para no vivir una vida que no tenga sentido, sin hormigueos en las muñecas ni metales en la garganta, aprendámonoslas porque os aseguro que aunque no sé nada que vosotros ignoréis, que aunque igual que vosotros cada día me levanto y cada

noche me duermo, os digo que esta hoja es lo mejor que se ha hecho por nosotros, lo mejor que se ha pensado de esta vida, de este lado, y el mejor de los caminos que se nos han señalado, que es la mejor de las plegarias que para nosotros se han escrito, aprendámoslas junto a Jurek Cuatro Ojos, de la a a la zeta:

Querido Jurek:

Trata bien a Janka y no pienses mal de mí. Te he tomado mucho cariño. Eres un chico fantástico. ¡Qué extraño es el destino! ¡Será que así estaba escrito! Dale recuerdos a todos los que por ti conocí y aprecio, y sobre todo a tu madre. Dale otro beso de mi parte a aquel que lo fue todo para mí. Para ti, un fuerte apretón de manos.

S.

P. S. ¡Sé feliz!

S.

¿Por qué S., anteriormente llamada Sonia, en un momento tan decisivo, con una bola de acero aprisionándole la garganta, un hormiguero instalado en las muñecas y los labios temblando como la superficie del agua agitada, no se olvidó de firmar, cómo se le ocurrió firmar? ¿Por qué duplicó la firma, como si soplara dos veces en el espejo dejando dos nieblitas en lo transparente, dos señales en la nada? Y, ¿por qué las redujo a su principio, a la primera letra, por qué enrolló su alfombrita entera a los pies de nuestra existencia, dejando de su tallo solo una semillita? Responderé a esta pregunta, os lo prometo, de la única manera que sé, en el fondo no tengo tantas coartadas cuando vengo aquí en tren cada martes, me siento en el banco y noto cómo me acechan las miradas de las batas blancas. No me aten aún las manos, no me aten las frases, les pido de corazón con mi mirada de perro, tengo aún tantas letras que apretar, tantas palabras que comunicar; tantas letras, tantas palabras, pero a lo mejor todavía llego a tiempo.

«A lo mejor todavía llego a tiempo», se iba diciendo Jurek al saltar al tren, al pasar corriendo por la avenida de Jerusalén, y luego por las calles Marszałkowska, Krucza y Wilcza, «A lo mejor todavía llego a tiempo», se repetía esperanzado, pues Kaltz le susurró nada más llegar con Honnette esa tarde que con dinero se podía arreglar los asuntos con la Gestapo de Pruszków, «Pues ahora, Herr Jerzy, la gente alemana tiene cada vez que afrontar más necesidades a la vista, qué le voy a contar, de los acontecimientos, y además hoy estarán bien hartos de comer después de las fiestas y allí en el Pruszków ese no tienen ganas de hacer nada». A lo mejor todavía llegamos a tiempo antes de que la lleven a alguna parte, la encierren en Varsovia o algo, que Olek tuviera encima pasta, se decía al atravesar corriendo con las últimas fuerzas la calle Piękna y entrando en el portal de la calle Myśliwiecka donde Olek a esta hora tenía que estar y tener.

A la estación fueron en dos *rickshaws* para ganar tiempo, y Jurek veía delante las mejillas del conductor: con cada nuevo pedaleo se inclinaba a la izquierda, luego a la derecha, hincando cada vez una de las manos en el manillar, y su cuerpo entero hacía tanto esfuerzo y se esforzaba tanto, se inflaba y ondeaba la chaqueta, el cuerpo se marcaba tanto en los pantalones que cada momento parecía lleno de esa masa en movimiento, de esa esforzada presencia, de esa muestra de vida en un estrecho sillín

de cuero. Saltaron del tren aún en marcha, Jurek tropezó, pero retuvo las gafas con la mano, y Olek dijo las primeras palabras desde que salieran de casa: «A correr». Corrieron primero junto a las vías, atajaron atravesando unos jardines y luego enfilaron, volando, la calle principal. Ya había anochecido, las estrellas ya palpitaban según su propia relatividad, los pasos de Jurek y de Olek resonaban varios pasos por delante de ellos con una resonancia cada vez más oscura.

Sí, el tiempo se había dividido como un río en la desembocadura. Aquí, en la calle Grodziska, las casas se acurrucaban unas con otras, guiñaba la claridad de las ventanas, y allí, en Kopry, a la luz de las estrellas, los álamos crecían sin obstáculo hasta el cielo y las piedras de los surcos formaban sus propias constelaciones; aquí, en el número dieciséis, ante el edificio de la Gestapo, delante de dos motocicletas y un camión, estaban fumando dos de bajo rango; allá, un poco a las afueras de la ciudad, el claro del bosque seguía con la vista en derredor el dedo de la luna. Aquí, Jurek y Olek invitaban a verdaderos americanos, trataban de tirar de la lengua, aquí pasaban adentro y aún hablaban con alguien en un oscuro vestíbulo, esperaron a alguien, le dieron algo a alguien y luego volvieron a dar, allá las matas de enebro no llegaban a los pies dentro de los zapatitos; aquí les dijeron a Olek y a Jurek que volvieran mañana, mejor cerca de las dos, porque entonces seguro que se podrá arreglar todo y aquí, a hurtadillas, con lo que les quedaba de esperanza, volvieron por la calle Grodziska a Tworki; allí no había ya ni día ni noche, ni certeros minutos, allí, muy alto, sobre las matas de enebro, en una rama gruesa, en un esbelto álamo, allí muy por encima de la tierra, muy por encima de la tierra estaba colgada, se balanceaba, estaba ahorcada Sonia.

Sonia bajo el cielo estrellado, Sonia dentro del viejo vestido, que esparcía sus manchas azules y amarillas en leves ráfagas de viento, y junto con el vestido, como por obligación, se balanceaba y ondeaba Sonia. La muerte había llegado y Sonia se columpiaba de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, se balanceaba sobre la tierra como un metrónomo de la humanidad, como un péndulo de la existencia, como los pasos de un último baile. Los brazos se habían quedado a su lado, cuidaban sus costados, pero la cabeza de Sonia estaba ligeramente ladeada, colocada, somnolienta, sobre el nudo, pues había llegado la muerte. El gorrito estaba sobre una piedra, con la abertura hacia arriba, tocando dulcemente la tierra, había llegado la muerte, y los ojos de Sonia, no atados con nada, ni contenidos en cinta alguna, le caían sobre la cara, le susurraban cosas a la boca, le miraban a los ojos, y los pies dentro de los zapatitos, pues había la muerte llegado, estaban unidos por los tacones. A cada movimiento de la cuerda se volteaban de mutuo y fluido acuerdo, siguiendo a las rodillas, ligeramente entreabiertos, las medias grises y abultadas, un poco cedidas, pues la muerte había llegado. Nada duraba ni pasaba, Sonia estaba muerta, a Sonia la ahorcaron en las afueras de Kopry, Sonia colgaba de un álamo, había llegado la muerte.

Janka estaba acostada en el cuarto a oscuras cuando volvieron sin aliento. Traían

la boca seca y se lanzaron sobre los restos de almíbar que quedaban en el tarro de litro. Janka se levantó a hacerles un té y sólo entonces Jurek encendió la luz, con miedo, como si estuviera tocando su propio ojo. No se miraban, bebían como deseando que el té fuera una suerte de mar de aliento inagotable. Jurek tuvo que acostarse porque se sintió mal, y, al volver la almohada de Sonia, vio en la sábana el reloj. Ya no hacía tictac, sin cuerda y lento descansaba en las blancas profundidades como un nenúfar mecánico. Mostraba con una certeza a la que era difícil oponerse que eran las cinco y que en Nueva York habían dado para toda la eternidad las veintitrés horas.

A las veintitrés de la mañana les despertaron los fuertes rayos de sol que se colaban por la ventana. Habían dormido sin ton ni son, Olek sobre el abrigo en la cama de Sonia, Jurek con la ropa puesta al lado de Janka, que estaba acostada de una manera poco natural, hecha un ovillo para que hubiera de ella lo menos posible, y hasta el tercer té no se dirigieron la palabra. Acompañaron a Janka al despacho y ya apresurándose avenida arriba tuvieron que aflojarse las bufandas de las asfixiadas gargantas, tanto calor hacía y tanto calor desprendía el cielo azul. Jurek esperó a que llegara Kaltz, habló con él a un lado y ya podían irse, aunque faltaba mucho para las dos. Lo que se dice pronto, lo que se ha asegurado demasiado ligeramente, pues ya se iban corriendo a Pruszków, ya en Pruszków estaban, ya daban vueltas sin saber qué hacer alrededor de la Gestapo, entrando, saliendo y esperando, pues hasta las dos faltaba mucho. Quizá mejor se lo podrían haber ahorrado, qué les costaba, pues cierto es que poco es un detalle en la inmensidad del día, los dólares y los zlotys en la inmensidad de los ceros.

—Ya no me queda más. Lo di todo, hasta el último grosz —reconoció Jurek, sincero, y sinceridad con sinceridad le pagaron. —*Erledigt* [terminado] —sonaba gutural con acento *Hochdeutsch* [alemán educado].

—*Executivmassnahme, zugrundegehen, entschuldigen Sie bitte* [Orden de ejecución, ir a pique, perdone].

Y claro, *raus, raus* [fuera, fuera], a ver si todavía se creen que va a bajar Dios a rescatarlo del monte de los Olivos.

—Los mataré. Voy a matar a todos los alemanes que me encuentre. Hasta ahora no he matado bastantes. Me llevaré por delante todas las jetas alemanas que vea. Hasta que me muera. Dios, ¡cómo los odio! ¡Los voy a matar a todos, hasta el último! —gritó Olek nada más alejarse de la Gestapo. Luego de pronto rompió a llorar, se sentó en la acera y Jurek lo asió por los codos y lo abrazó, torpe. Se quedaron un rato de pie entre los transeúntes que se paraban a mirar, curiosos, con paquetes y bolsas en la mano, y Jurek sintió cómo mucho más abajo de sus manos Olek se salía de sí mismo para convertirse en un árbol enorme, muerto.

Después de mucho errar llegaron a Kopry.

—La trajeron ayer por la tarde —les dijo el campesino de la última choza—. Y en seguida a la rama. Se marcharon muy rápido. Estuvo toda la noche colgada. Fuimos

nosotros los que al amanecer, nada más aclarar el día, la enterramos allá, en el bosque, para darle sepultura, porque cómo se puede, señores, de esa forma.

Sobre el montículo había una pequeña cruz hecha con dos ramitas y el barro estaba aún húmedo tras todo el largo día de sol. Jurek se arrodilló en el barro y lloró con las manos juntas, Olek sin siquiera acercarse a la tumba se dio la vuelta; sordo a las voces de Jurek, se fue corriendo hacia la aldea. Jurek quería ir tras él, pero no tenía cómo, e intentó concentrarse en la oración. Pero cuando estaba repitiendo el padrenuestro oyó «Querido Jurek» y vio claras las letras apretadas y negras de la carta de Sonia. Los pasos le recordaron a Olek; el sonido metálico, que la tierra que tenía bajo sus pies era dura y profunda.

Olek, sin decir nada, le dio una de las palas a Jurek, la otra la hincó con ímpetu en el montículo.

—Olek, por favor, déjalo —dijo Jurek—, deja eso, por favor, ¿qué estás haciendo?

—Cava. Cava, Jurek, será más rápido —susurró, levantando de nuevo la pala.

—No puedo. Estás loco. No podemos —Jurek dejó la pala a un lado.

—Cava, Jerzy. Hay que hacerlo.

Jurek clavó una vez la pala, luego otra. Sonia estaba aún lejos, Olek sacaba paladas enteras de arena y de barro. Allí donde caían las lágrimas de Jurek, donde se clavaba, dura, la pala, donde estaba profundamente enterrada y cubierta, allí palidecían todos los colores y los hilos de algodón, nada cubría el vestido, allí la sangre no tenía afluentes y la rima no encontraba rima alguna. Jurek sollozaba cada vez más alto, se puso las manos en la cara, apretadas con todas sus fuerzas y se frotó los párpados con barro.

Hasta Sonia aún faltaba un poco cuando Olek dejó a un lado ya la pala, se arrodilló y se puso a quitar con cuidado la arena de los pliegues del vestido, del cuello amoratado, de los zapatos abrazados. Por fin apareció la cara en su abandono, en su alejamiento más extremo, en el negativo de la opción de la vida y habría que darle la vuelta a todo, llamar nacimiento a la muerte, ojo, al vacío, sonrisa, a la grieta para describir esa cara, cogerla en las manos y llamarla, para que tuviera nombre. Olek se alejó un par de pasos, como si quisiera echarse a correr de nuevo, pero en seguida se arrodilló ante la tumba, sacó del cuello de Sonia la cadena y se la metió en el bolsillo sin sacudirla. En la media de la pierna izquierda advirtió algo abultado. Rasgó con cuidado la tela y sacó una bolsa de papel. Sacó de ella la *Kennkarte*, dos fotos de personas que él no conocía, un hombre y una mujer mayores, un calendario pequeño y un dibujo de una casa con jardín. Lo volvió a colocar todo en la bolsa y ésta dentro de la media, un poco más arriba, de tal manera que ya nunca se fuera a salir. Cubrieron rápidamente la tumba y levantó a Jurek del suelo. Se echaron a andar en dirección a la aldea y Jurek de vez en cuando se paraba, como si sólo fuera capaz de llorar de pie, quieto, y Olek le tiraba del brazo. Llegaron a la estación de Tworki sin hablar.

—¿Tú lo sabías? —preguntó Jurek, y Olek hizo un gesto negativo.

—Me marcharé —dijo un poco después, y Jurek asintió con la cabeza.

—Nunca lo comprenderé. Si sabía que alguien la ama. Si la amabas, ¿por qué te dejó? ¿Cómo pudo?

El sol palidecía tras los álamos y entre el crepúsculo y los restos de luz se habían quedado inmóviles, como agua congelada. Estaban de pie dentro de una bola helada de silencio y Jurek sintió que a través de sus pupilas se le colaba en el cuerpo la mirada de Olek y lo llenaba del frío, insoportable y blanco silencio de la muerte.

Hasta ellos llegaba el lejano silbido que venía desde Milanówek y Podkowa.

—Nunca me llamaba por mi nombre. Pero siempre sabía por qué puerta iba a salir —dijo Olek de pronto, mirando al cielo—. Siempre me esperaba en el lugar adecuado, aunque yo siempre viajaba en un vagón distinto. Salía y siempre me la encontraba frente a mí. Ya no tengo motivos para vivir, Jerzy.

Cuando el tren entró en el andén, a Jurek le dio el impulso de subirse y marcharse al fin de no se sabe qué, y cuando se perdió tras la curva se quedó largo rato mirando los raíles vacíos por los que fluía la sangre de sus venas de doble carril, metálicas, frías. Luego vio a Janka en el portón y se acercó rápidamente a ella. Volvió a dormir en la cama de Sonia y cuando se despertó le costó reconocer la habitación.

La Pascua temprana de este año estaban invitados a pasarla con la madre. Janka no tenía muchas ganas de ir, y cuando el viernes Jurek apareció, triunfal, con varios huevos, ya se sabe de dónde, para pintarlos juntos antes de bendecirlos, lo miró sin entenderlo muy bien y quiso comérselos al instante. Pero al fin accedió y el vestido color café con leche, pues Jurek subrayó la necesidad de vestirse para la ocasión, ya en el tren, miraba una y otra vez de izquierda a derecha.

—¿Buscas a alguien? —le preguntó Jurek.

Se sonrojó.

—Es la primera vez que me llevas a Varsovia —dijo—. Tantas caras nuevas.

—Quizá encuentres al hombre de tu vida en el tranvía —murmuró Jurek entre dientes, satisfecho de los sonrojos siguientes—. O incluso en la calle.

Era sábado por la tarde, brillaba el sol y Jurek quería enseñarle a Janka Ulrychów antes del toque de queda. Fueron al estanque, pero ni los indios ni los villanos supieron brotar de su memoria y no dijo nada. Se limitó a hacer un gesto de resignación y volvieron por el camino más corto, cruzando el parque. Mamá les esperaba ya en la ventana y les recibió con un pastel recién salido del horno.

—Muy buena, la mazurca —dijo Janka tras el segundo trozo, recogiendo con cuidado las migajas del plato.

—El *mazurek* —corrigió Jurek con la boca llena—. Se dice: «Muy bueno el *mazurek*». O mejor aún: «Exquisito el *mazurek*». O: «Qué *mazurek* tan estupendo. Un *mazurek* de primera, ñam ñam».

Janka se sonrojó y se fue a lavar los vasos del almíbar. Sólo se rompió uno, así que Jurek sólo dijo una vez que eso era señal de suerte, aunque seguramente no la suya. Al atardecer vino Witek a jugar al *bridge*, para colmo del desastre, para marcar el último agujero en el puente de la vida de Janka, y el *rubber* se alargó una eternidad contra toda ley de la pesadez, y daban ganas de meter la cabeza debajo de la tierra de pura vergüenza. «Por qué siempre trébol, es que acaso no hay otro color que el negro», se impacientaba Jurek, y Janka palidecía para luego volver a sonrojarse, un arco iris ante la siguiente tormenta. Por suerte, mamá se apiadó, pidió las cartas para adivinar el futuro y Janka pudo respirar, cubrirse en el sofá con la colcha, volver la cabeza del mundo de la familia varsovia en el quinto año de guerra, a un par de años del primer milenario del pueblo, futuro que la madre trató de ver a la luz de la bombilla antes de las últimas buenas noches.

—Buenos días, buenos días —rió Jurek por la mañana temprano y roció a Janka, que algo estaba soñando, con una minúscula corriente de agua de la botella de litro. Se despertó con un grito, así que gluglú, le echó el resto y luego, con la botella levantada y del revés, esperó a que se vaciara hasta la última gota. Janka se echó a llorar.

—¿Por qué me mojas? —preguntó, cogiendo aire entre hipidos—. ¿Qué te he hecho yo?

—*Śmigus dyngus*, lunes mojado —anunció triunfal Jurek, pero Janka no dejaba de llorar.

—¿Qué te he hecho yo? —repitió, cubriéndose la cara con las manos.

—Es la tradición —dijo Jurek, algo desconcertado—. Ahora vamos a mojar a Witek, que todavía está roncando en la cocina. —La miró con picardía y se sacó otra botella que tenía escondida.

—La tradición, la tradición —susurró Janka y tardó un par de horas en dirigirle la palabra, aunque poco después Witek ya estaba escurriendo el pijama sobre el lavabo y a la venerable mamá le había caído una botellita entera de agua en la blusa. Jurek también calló, igual que el día anterior, cuando ante el desayuno no hizo, a pesar de las insistencias de mamá, discurso alguno, limitándose a chocar el huevo y susurrar «Felicidades».

Janka no quiso ir de paseo, y cuando Jurek volvió con lilas en la mano mamá se puso el dedo delante de la boca y se llevó a Jurek a la cocina.

—Hace dos horas que está sentada a tu escritorio —le susurró al oído—, creo que está llorando. Recogió todas sus cosas. Cuida de ella. Las cartas no mienten.

Era verdad, estaba sentada, apoyada sobre una hoja del mejor papel de antes de la guerra, con su lápiz en la mano, mordido por un par de lados. Jurek se acercó de puntillas, la hoja estaba en blanco, Janka, ausente.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó—. ¿Estás escribiendo algo?

Janka se encogió de hombros y volvió la cara hacia él.

—Jurek, yo soy de Berdyczów —dijo.

—¿Cómo? ¿Perdona?

—Te estoy diciendo que soy de Berdyczów.

Alguien se rió, quizá Jurek, estalló en risa, quizá, entonces, Jurek, alguien se reía primero a carcajadas con las manos en la frente, seguramente era Jurek *Mazurek*, hace un momento ante el escritorio, ahora en el sofá, no podía parar de reírse y ya empezaba a gritar:

—¡Por favor, agarradme! Me voy a volver loco. En realidad, creo que ya, ja, ja, me he vuelto loco. Loco, loco, mal de la cabeza. Muy, pero que muy enfermo de la chaveta. Están todos, ja, ja, ja, todos locos. Tworki, en todas partes, Tworki, en mi cuarto, Tworki, en mi casa, Tworki, todo el país, Tworki. —Jurek se dejó caer de espaldas y agitaba las piernas—. Tworki, Tworki, en todas partes Tworki. El rey Mieszko I, primer rey de Tworki, el rey Jan Sobieski de Tworki. Ganaron la batalla, ja, ja, la decisiva batalla de Tworki, la tercera partición de Tworki, el levantamiento de Tworki, el de marzo y el de abril, el de diciembre y el de febrero. ¡Agarradme, por favor, que estoy para Tworki! Tú de quién eres, criatura, ¡de la locura! y cuál es tu credo, ¡Tworki entero! —Jurek se hizo un ovillo en el suelo—. ¡Estoy para Tworki! —volvió a gritar.

Janka se tapó los oídos con las manos, con el lápiz apoyado en la sien y listo para dispararse. Cuando Jurek calló, colocó la cabeza sobre el extremo de la hoja, como al borde de una sábana para que la cubriera y la abrazara aunque fuera desde abajo. Jurek se levantó, se colocó tras ella y se inclinó sobre su espalda. Quiso quitarle el lápiz de entre los dedos, pero Janka no aflojaba la presión.

—Déjalo. Dámelo —dijo bajito y Janka abrió los dedos. Colocó el lápiz con los otros, sacó de debajo de la cabeza de Janka el papel, ya un poco húmedo, y lo dobló con cuidado. Le apartó las manos de las orejas, volvió a inclinarse y le susurró algo, pero no sabemos qué, porque al otro lado de la ventana pasó el tranvía de vía doble y en un árbol un cuervo le estaba graznando a otro.

Había que regresar antes de una nueva jornada de trabajo, antes de las obligadas ocho horas del martes, ilimitadas en su nostalgia, allí donde había una mesa vacía y una silla demasiado cercana. Por la ventana se quedó mirando la parada donde Jurek abrazaba a Janka para que mamá siguiera preocupándose y mordiéndose los labios y empezar a albergar una rara esperanza. Salieron corriendo del tranvía directamente al tren, llegaron en el último momento y se sentaron en el último vagón. Jurek cogió a Janka de la mano y echó un par de miradas discretas a izquierda y derecha. Antes de llegar a Włochy, el vagón se quedó casi vacío y Jurek le preguntó a Janka, que estaba mirando los jardines al pasar, las disciplinadas filas de arbustos:

—¿Sabes por qué lo hizo? No dejo de pensarlo.

—«Tú puedes vivir». Eso es lo que me susurró. Aquella mañana. «Tú puedes vivir» —les repitió a los arbustos.

—¿Eso te dijo?

—«Tú puedes vivir».

—¿Ésas fueron sus palabras?

—Sí, sólo eso. «Tú puedes vivir».

—Ella también podía. En el paraíso, en Tworki. Como Dios y a salvo.

—«Tú puedes vivir». Eso me dijo. Ella ya no podía. ¿Lo entiendes?

—No. ¿Adónde se iba, con quién? ¿Qué estaba buscando? —le preguntó Jurek en el camino, junto a las vías—. ¿Sabes adónde se iba? Tienes que saberlo, viste en qué dirección se iba.

Janka callaba.

—¿Iba a ver a alguien? ¿Tenía que ir a ver a alguien? ¿Alguien que quería algo de ella?

Janka callaba y tras la ventana los árboles iban pasando como sílabas de un silencio inhumano.

—¿Iba a ver a alguien? ¿Trabajaba para alguien? —le preguntó Jurek a un cúmulo de nubes en el cielo—. ¿Sabía algo que nosotros no sabemos? ¿Se dio cuenta de algo?

Ahora había cada vez menos casas junto a las vías y qué raro que estuvieran habitadas.

—¿Le pasaba algo? ¿Huía de alguien? ¿No podía seguir queriendo a Olek sin más? Tendrías que saberlo. Alguien debería saberlo.

—Ya estamos llegando —le dijo Janka a la bicicleta apoyada en la verja.

—Me siento muy mal. No puedo yo solo —le dijo Jurek a Janka—. No sé qué me pasa. Ayúdame.

El tren se paró con un chirrido, Jurek fue el primero en saltar y le dio la mano a Janka. Por el lado de Milanówek y Podkowa empezaba a anochecer y las pequeñas luces de Tworki brillaban tiernas, amables. Abrazados, atravesaron el portón como si fuera la puerta de un cuarto de paredes acolchadas.

Tecla que no vas a tocar, momento que no has de atesorar. Y es que sí, los días pasaban como sin acabar de estar hechos, se tragaban sin saborearlos. Jurek hablaba cada vez menos y había veces en que Janka y él pasaban la tarde entera en silencio, jugando a los barcos y bebiendo té y esperando la hora de irse a dormir. Arregló con Kaltz no tener que ir a Pruszków, no ir por nada del mundo, Herr Direktor, y tan pronto tenía un rato, se echaba a andar. Le dolían los pies, demasiado planos y mal calzados para estas marchas de silencio, para abrir caminos en este vacío vallado. Una avenida tras otra, robles y álamos con hitos marcando los kilómetros, el segundo círculo del ecuador, el segundo año en Tworki, toda la vida andando. Por allá ya se ven las primeras bolitas en los arbustos, los gatos se encuentran por el lado de la cola, pero «Cuántos pasos aún y para qué», se decía Jurek, para qué necesita nadie nuevos días. Era domingo, así que llevaba andando desde por la mañana, nada más salir de la capilla, y ahora se acababa de sentar, rendido, en un banco en la avenida principal, con la cara al sol. Hacía tanto calor que se quedó dormido. Cuando abrió los ojos, tenía delante a Antiplatón, que también parecía estar dormido, tenía los ojos cerrados y la cara caída, reseca. No se había terminado de cerrar el abrigo sobre el pijama y parecía como si se hubiera puesto dos pares de calcetines, pues se le veían rayas de otros colores bajo los agujeros. Cuando Jurek se movió, abrió los ojos y le dijo bajito:

—Qué buen tiempo hace para esta época del año. Pronto la primavera en todo su esplendor.

Jurek callaba, quería dormir, andar, sentarse y dormir para que pasara de una vez el día.

—¿Qué sucedió? —preguntó Antiplatón.

—¿Cómo que qué sucedió?

—Cuénteme, señor contable.

—¿Qué quiere que le cuente? —dijo Jurek, alterado.

—De Sonia —Antiplatón sonrió levemente.

—¿Qué de Sonia?

—Todo lo que tiene que ver con ella.

—¿Por qué? Pero si usted lo sabe. Ya no está. Está muerta. Murió. Terminó su vida. Entregó su alma. Se marchó de este mundo a finales de diciembre de 1943 de nuestra era. —Volvió a alterarse Jurek y luego se calló, y Antiplatón se quedó mirando muy serio sus calcetines, levantando un poco la nalga izquierda. Un momento después miró a Jurek, reanimándose.

—Hace una semana que hace hambre. Sólo falta que usted, señor suministrador, no vaya con Kaltz y flacos se nos quedan los platos. ¡El señor comprador es el que sabe!

Jurek le dedicó una pálida sonrisa y movió la cabeza absorto, alma de loco, vida

de loco, sueño de loco, peligro peligro. Le sobrevino tal tristeza que hasta se dobló sobre sí mismo, agarrándose el estómago.

—Cuénteme —oyó que le decía desde arriba y sintió una mano en el cabello—. Señor oficinista, cuénteme qué pasó.

—¿Qué? —dijo apartando la mano de su melena—. ¿Qué quiere que le cuente? ¿No tiene a nadie más a quien molestar hoy? ¿Tengo que ser yo? ¿Es que no ve que estoy descansando? Que le cuente algo Goethe, allí está, detrás de aquel roble, aburrido. ¡Yo estoy durmiendo! Estoy durmiendo muy a gusto.

—Cuénteme de Sonia —dijo Antiplatón y se puso la mano en el bolsillo del abrigo—. De Sonia y de la muerte de Sonia. —Jurek callaba—. Se lo pido yo, señor contratado. —Jurek callaba, obstinado—. Se lo suplico, señor contador.

—¿Para qué contar?

—Hay que contar. Hay que hacerlo —Jurek callaba como una piedra—. Diga, señor Contable: «Sonia, Sonia, Sonia, Sonia». —Jurek se mordió los labios—. Dígalo, señor contable.

—No diré nada —gritó Jurek, volviendo a inclinarse.

—Diga, señor contable: «hombre». —Antiplatón le dio a Jurek un guante que se le había caído del banco, y alejó el otro del borde.

—No lo voy a decir... —gritó Jurek fuera de sí, con angustia en la voz.

—Diga, señor contable: «humanidad».

—No lo voy a decir... —gritó Jurek y se echó a llorar.

Antiplatón le acarició el brazo y le susurró en tono confidencial, como si le estuvieran escuchando:

—Yo le ayudo, señor facturador. Hay que empezar por el principio. Por ejemplo: «Por la calle Hoza va una chica de nombre Sonia... —y luego en otro verso...— Yo la conocí... la conocí hace mucho...» —balbuceó Antiplatón y luego dijo, tímidamente—: Hay que buscar una rima para Sonia.

—¿Qué rima? ¿Dónde la rima? ¿Para qué la rima? ¡No hay rima que valga! Y ya no la habrá nunca. Usted lo sabe muy bien —susurró Jurek entre lágrimas.

Antiplatón se acordó de algo y empezó a rebuscar en los bolsillos, nervioso.

—Aquí tengo para usted, señor contable... escribí especialmente para usted... hace tres días que compuse... ah, aquí está. —Sacó una hojita arrugada del bolsillo del pijama, se puso delante del banco, alisándose los pantalones, se puso la hojita delante de los ojos y empezó a leer con tono solemne:

El gramófono suena,
deslizándose a las dos parejas.
El disco gime, solloza,
rascado por una aguja vieja.

Jurek y Janka van girando,
olvidados de la tierra;
y tanto rayan el suelo,
que van dejando una huella.

Sonia, raptada por el baile,
de placer ya ronronea.
El sonrojo le cubre a ella la boca,
y acaricia a Olek su cabellera.

Aunque, tenue, la lámpara brilla
(Sonia lleva un oscuro vestido).
Buscamos sitio en vano,
cuando se cuelan los cupidos.

Pero sigamos bailando,
que sitio habrá para todos,
pues no daremos la fiesta por terminada,
porque el gramófono se ponga tonto.

Antes de la última estrofa Antiplatón inspiró profundamente y adoptó una solemne posición, con los pies hacia dentro:

Oh, infeliz máquina,
riges este destino infeliz,
y me separas de mi amada
al arrugar así la nariz.

—¿Y? —preguntó Antiplatón tras un momento de silencio, mordiéndose los labios y volviendo a sentarse al lado de Jurek—. ¿Qué le parece, señor supernumerario?

—Que qué me parece ¿qué...? Ah, sí, creo que hay que trabajarlo todavía un poco —susurró haciendo un esfuerzo Jurek, aún doblado.

—¿Qué? —pestañeó Antiplatón con un leve sonrojo en las mejillas.

—Se podría arreglar aquí y allá.

—¿Arreglar qué? ¿Qué es lo que hay aquí que arreglar? —Antiplatón estaba nervioso y tamborileaba con los dedos el banco, levantando levemente la nalga.

—Bueno, algunas de las formulaciones. Además, el final es demasiado claro. Y no estaría mal contar las sílabas. —Jurek levantó la cabeza y miró de reojo a su compañero—. Pero en general es de una calidad bastante decente —añadió rápidamente.

—¿Verdad que sí? —se alegró Antiplatón—. ¿Verdad? Ahora le toca a usted, señor maestro de las cuentas. Para empezar, una rima para Sonia.

Jurek volvió a mirarse la barriga y tenía lágrimas en la garganta.

—No puedo, no puedo —susurró desde las mismas vísceras.

—Tienes que hacerlo, Jerzy, tienes que hacerlo.

—La primera rima para la señorita Sonia...

—Tienes que hacerlo, hijo, hazlo.

—... tiene tridente y cola de demonia —gimió Jurek con dificultad, a través de las lágrimas.

Antiplatón dio un respingo de alegría y suspiró.

—¿Lo ve, señor contador, lo ve?

Jurek se apoyó en el banco y miró hacia delante. A lo lejos, sobre el bosque de Helenów, el azul del cielo se liberaba del espacio y buscaba su propio camino.

—Así que, ¿cómo fue? —dijo bajito Antiplatón, y se acercó a Jurek, pero no demasiado.

—¿Cómo fue? —repitió Jurek meditabundo, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Cómo fue? ¿Cómo pasó?

Estuvo un momento diciendo algo para sí, pasando por orden los dedos de la mano derecha bajo el índice de la izquierda, contando algo. Por fin empezó con un tono tranquilo, fatigado:

—En Tworki trabajaba pues la contable Sonia, | contratada en el año cuarenta, de Berdyczów de nacimiento, | no más la conocí, ya le escribí, ya le escribí... —Jurek se atascó y calló.

—... un libreto —lo ayudó Antiplatón.

—¿Qué libreto? Eso no tiene sentido.

—Pues un soneto... Ya le escribí un soneto.

Nada más conocerla ya le escribí un soneto,
cantando su belleza celestial de demonia.

—Así fue... al principio —concluyó Jurek.

Antiplatón volvió a dar un saltito, se dejó caer teniendo cuidado con la nalga izquierda y se dio un golpe en el estómago:

—Qué bien nos sale juntos. —Miró a Jurek a los ojos—. Juntos, qué escribiríamos. Un poco del contable, un poco del amigo Antiplatón. De cualquier tema. De la construcción de las ciudades, de las vacaciones, de conquistar montañas y de las costumbres nuevas. —Se había ensimismado visiblemente, poniéndose una sandalia sobre la otra—. ¡Lo que escribiríamos juntos! De viajes por mares y océanos, finitos e infinitos, de la salida de los trabajadores de las fábricas, de ladrones y de policías, de pobres jubilados, del pastar de las ovejas, del espíritu nacional, de los espías aún no descubiertos, de nuestro día a día de ocho a cuatro, de los castillos góticos y del regreso de los héroes después de ganar batallas. —Calló y se puso a mesarse, pensativo, la desmelenada barba—. Pues claro... pero antes habría que terminar aquello... ¿así qué pasó luego, señor sillador? A lo mejor así: «Nuestra contable Sonia a los pacientes... a los pacientes —volvió a atascarse— a los pacientes quería...».

—Ya hemos dicho que era contable.

—No importa, está bien que se repita. Tiene que repetirse.

Jurek volvió a mirar a lo lejos. La bandera celestial estaba izada, la bola dorada del sol en el centro mismo del cielo. Aspiró profundamente, hasta el diafragma, y recitó:

S., nuestra contable, que mucho me quería,
antes de aquella cuerda y aquellas manos canallas,
a mí dirigió esta carta cuando la muerte venía;
¿adónde responder? Berdyczów siempre calla.

—Eso, eso —dijo Antiplatón, aliviado—. Luego ya irá saliendo. Sólo que con más detalles y en orden. ¿Me lo promete, señor contable?

—No lo sé.

—Prométamelo, señor contable.

Jurek sacó la carta del bolsillo.

—¿Sabe usted? Sonia escribió su muerte de su puño y letra. —Dio un hondo suspiro—. Y ahora también yo tengo que escribir. La muerte. Hasta el fin de mis días. Parece que el destino así lo ha querido. Toda la vida escribiendo a Berdyczów. — Antiplatón asintió con la cabeza. Jurek volvió hacia él la cara y dijo con una voz extraña, señalándose el pecho con el dedo y tratando de reírse como de un buen chiste —: A Berdyczów es adonde va a tener que escribir toda Polonia.

Antiplatón asintió con la cabeza y se colocó la sandalia, que se le estaba saliendo del pie.

—Aunque... —Se movió bruscamente tras un momento de silencio—. ¿Sabe usted, por casualidad, señor contador, qué hora es?

—Ya pasan de las doce. Las 12:09 horas.

—Tengo que marcharme corriendo —dijo Antiplatón—. A las doce y cuarto tengo una cita con el doctor Okonowski para ponerme una inyección. La séptima en lo que va de semana.

Saltó del banco, tiró de la parte de abajo del pijama bajo el abrigo sin abrochar, y se marchó a toda prisa en dirección al pabellón J, hablando para sí. Sobre el bosque de Helenów, la bandera del universo temblaba en un hálito leve y cálido, Jurek sintió cansancio y un irresistible y dulce adormecimiento. Estiró las piernas sobre el banco y un momento después ya estaba dormido, con la cabeza escondida entre las solapas del abrigo y las manos juntas sobre el vientre, que se levantaban rítmicamente, como si hubiera algo que no les cupiera y quisieran echar a volar sobre la avenida de Tworki.

Bien que podrían dejar al hombre recobrar aliento, echarse un sueño, que descansa la boca de tanto hablar, los dedos de trajinar, tan cómodo el banquito y el día tan bonito, pero no, no cesan los pasos en la avenida, las voces sobre el cuello de la gabardina, el tracatá del tren hacia nuevas paradas, siguiendo su camino hasta la estación postrera, hasta la palabra fin, hasta la ciudad de Varsovia. No importa, una vez despertado para continuar el relato, para terminar de contar la historia, me entretendré aún un poco, si así lo queréis, los bostezos recortados a medida de mis palabras y las piernas abandonadas sobre la grava.

Pero ¿dónde buscar el material para continuar la historia, dónde si bajo nuestros pies, en las profundidades de la Tierra, en el vientre tembloroso donde brillan los minerales, se acumulan y se funden en terrones, en bloques, se endurecen en continuos de hierro rojo? No hay más que extraerlos, traerlos a la fundición, no hay más que soplar para quitarles el polvo, golpearlos con el martillo y echarlos al horno. Luego el metal fundido se vierte, encendido río de fuego, pero nosotros y la historia lo que necesitamos es la aleación fría, el acero recuperado, el metal listo para afilarlo, rellenarlo de polvo y distribuirlo entre los cuarteles, entre los grupos de defensa y de ataque, entre las divisiones de asalto. La bala tiene su calibre, por un lado es punzante, mamá está haciendo la primera sopa de agosto, Olek nombre de guerra Carabina derribó hoy en el casco antiguo al menos a cuatro tudescos, a un *Führer* [oficial] en la barriga y de cerca, el resto desde una buhardilla de la calle Freta.

La bala vuela siguiendo su trayectoria, choca contra una pared en la calle Freta, del cielo desciende una bomba incendiaria, Olek se resguarda un momento en el portón. Humo, humo sobre la ciudad, no estamos tan lejos de Ulrychów, donde los pájaros aún cantan. La recámara de balas llena, a la cocina hay que echarle más madera, mamá se afana y el sudor de la frente se seca. El aire que envuelve a Varsovia se ha quedado sin vida, la tierra es ametrallada en una lluvia de hierro, Olek corre junto al muro, el proyectil retumba en un ladrillo rojo. Mamá está removiendo la sopa, al patio entra de repente un tanque, estas casas no son de las nuestras, no las hemos reducido si no han pasado por el fuego, la recámara se vacía, la bala corta el mundo. Sss, ssss, silba la bala, la tierra de Varsovia tiembla, el viento saluda en la ventana, mamá muy cerca está. Olek dispara de nuevo, un tudesco cae de espaldas, sobre Olek cae ahora la división entera, rápido, detrás de la esquina. Mamá acaba de darse la vuelta, la sopa ya está caliente, sobre la mesa pasa volando una bala, le acierta a mamá en el corazón. Ya está tendida mamá, ya está en el suelo, rojo es el vestido y la sopa es de pepinos. La recámara otra vez cargada, la división quiere defender esta casa, a los magníficos Olek algo les está gritando, el gatillo sin cesar apretado. Al otro lado están los alemanes, Olek cubre a los suyos, al portón llegan corriendo todos, se queda al descubierto sólo él. Detrás de la casa un estruendo, de

nuevo llueve mortero, migajas de adoquín saltan al aire, Olek se arriesga. Olek dispara a diestro y siniestro, Olek se está arriesgando, vuelve a acertar a un alemán, ya no se cubre. Otra bala pasa volando, con el número asignado como las veintidós primaveras, dieciséis de la calle Freta, día 13 de agosto. Ha muerto Olek, ha muerto, el tronco de su cuerpo se ha quebrado, el árbol de sus huesos arrancado de cuajo de la cruz. Con la sien toca el suelo, las botas de caña alta, qué raro, apagadas y humilladas en una altura sesgada, y las piernas encogidas, tan tristes sin su balón. Un río de sangre rodea el cadáver, en sus orillas yace el que fue Olek, otrora delantero, otrora titular, otrora capitán, otrora rubio enamorado. Las balas siguen pasando, silbando, se siguen incrustando en la nada de Olek, la pelusa clara de sus cabellos ondea ligeramente al viento. Olek no respira, el aire es asfixiante en la calle Freta y en Ulrychów; Witek, Stefek y Heniek, a cubierto en el portal, miran a Olek, a quien han sancionado por falta para siempre, segado a ras de suelo, y gritan desesperados, pues ellos mismos caerán, pero eso será pasado mañana bajo la tercera y la cuarta serie de ametralladoras pesadas. Olek no respira, sobre Varsovia se eleva el negro humo, sobre Varsovia, una lejana y oscura nube vista desde el andén de Tworki, desde la vía que transcurre entre álamos, pues de todas formas ya no pasa el tren.

«Sigue ardiendo», pensó Jurek entre las vías, alargando los pasos entre traviesa y traviesa, irrumpiendo en la sombra de los álamos con el contorno de su cuerpo, a salvo, que no salvado. La tierra sigue temblando, como si le estuviera pasando algo por dentro, hinchándose, estallando, y la ciudad sigue ardiendo, y se podría ir así a pie siguiendo estas vías hacia la perdición, del paraíso de Tworki hasta los primeros esputos de fuego, a las profundidades mismas del *Inferno*, allí donde están Olek, Witek, mamá y nuestra vida entera de pronto reunida en un instante de la metralla. Casi es allí donde se estaba cuando sonaba la campana del fin de la jornada y se subía uno al tren, el de las 4:05 horas, aunque más seguro y precavido sería subirse en el anterior, y se anduvo en el tren no más de tres kilómetros, y allí el tren se paró para inmortalizar el mes de agosto, y puede que hasta algún mes más, y a las cinco, en lugar de al destino, se llegaba de nuevo a las puertas del verde brillante y los senderos ansiosos de poseer nuestros pies planos. Casi es allí donde se estaba, casi se tenía la carabina en la mano, si se la dieran, pues tenemos una ligera dispersión del tiro, pues desde diez metros se conseguían en los entrenamientos tantos puntos como dioptrías se tenía en los cristales, y se tenían muchas, y desde cuarenta se confundía a una persona con un poste, y no todos los postes se merecen esta suerte, y podría fácilmente volverse un soldado al revés, hijo pródigo de mamá guerra y papá munición, astigmático de la pérdida en la euforia de la liberación.

Ante sí, sesenta paseos de ida y vuelta por las vías, desde la salida del trabajo hasta la cena con Janka, que ya le estaba esperando con el té y las rebanadas de pan, dos para él, soldado de la contabilidad, y sólo dos para ella, simple contable. Con la llegada de octubre, las piernas ya no querían andar, las vías ya no tenían adonde llevarle, el humo había dejado ya de cernirse sobre la ciudad cual misteriosa sombra.

Dio comienzo un nuevo otoño como un fin de año anticipado, un penúltimo capítulo antes de cuadrar las cuentas.

Los teutones se marcharon a finales de diciembre. Los locos se reunieron en masa, después de echarse encima rápidamente los albornoces, detrás de los árboles, y se frotaban los ojos en la niebla de la mañana mientras Honnette supervisaba la carga de sus bienes en el camión. Una vez que los pesados cofres, contabilizados por Jabłkowska, estaban descansando juntitos como las cabezas de los nietos en sus edredones en Schwarzwald, del edificio de la administración salió Honnette y, sin importarle el blanco de la pelliza, llevó el gramófono hasta la plataforma misma. Le señaló a Johann dónde colocarlo, acarició a Jurek con la mirada y, durante un instante más largo que toda la guerra, clavó la mirada en Janka, que estaba de pie a su lado, y por fin, sin esperar a que le abrieran servicialmente la puerta, se sentó en el asiento trasero del Mercedes negro.

Y es que quién iba a abrir amablemente la puerta, besar el picaporte como el alba de un ascenso, como una golondrina de aumento de sueldo, si faltaba Kaltz entre los vivos, farfulladores y en retirada. Kaltz, ausente por una causa justificada, modestamente enterrado, hacía dos semanas que yacía en alguna parte de la arena de Tworki, veía la nieve desde su lado más limpio y se entregaba por entero a la tierra. A quién se le ocurre ir a Pruszków todos los días tal y como se habían puesto las cosas, si de todas formas no hay manera de comprar nada, y a veces hasta se paseaba tan campante y sin coche por los campos y callejones, reconoced que estaba buscando encontrarse con un cuchillo cualquiera.

—Unos *Banditen* al lado del camino —le susurró a Jurek Honnette al traer personalmente el cadáver desde la Gestapo una tarde de noviembre—, queda usted a cargo de la contabilidad entera, pues a Quick para los tiempos que corren le faltan luces, el sueldo sin cambios, es una orden. Sí, los *Banditen* de un solo corte habían degollado a Kaltz por un sello de oro y un par de groszy del bolsillo trasero, con un solo movimiento colocaron a Jurek en su mesa. El *Übercontable* hacía pues lo que podía, cada dos horas se pasaba por entre las mesas, la mitad ya vacías, miraba a Jabłkowska con aire amenazador y una vez se plantó delante de Quick tan cerca como el frente del Vístula, amenazador y poco elegante, seguro y blandiendo su propio balance ante su insignificante cifra, tal y como ahora, modesta y dignamente, junto a la mejor contable viviente en su recreación matinal color café con leche, estaba apoyado en el portón, esperando tranquilo y paciente pasar del portón a la pared, de un pabellón a otro, del total recuperado como la memoria.

El camión estaba ya saliendo por el portón y Honnette se acercó al Mercedes. Las manchas claras que estaban detrás de los árboles empezaron a aparecer poco a poco y se fueron derramando de repente hacia delante cual óleo exprimido de un tubo. Honnette revisó con la vista el edificio de la administración y el cielo retenido justo en ese momento sobre Tworki y le hizo a Jurek una seña con la cabeza. Cuando Jurek

dio tres pasos hacia delante, les lanzó un «*Auf Wiedersehen*» tan alto como si se estuviera despidiendo de todos los álamos, de todos los pabellones y avenidas, y sin esperar respuesta cerró la portezuela. El coche se puso en marcha, las manchas se pusieron en fila ante Jurek, con alargadas sonrisas en caras cada vez más expresivas pero todavía silenciosas, como si no supieran si les estaba permitido reírse.

—El almuerzo a la hora de siempre —dijo Jurek entre las primeras risas—; por favor, dispérsense y vuelvan a los pabellones.

Riéndose y hablando animadamente, los albornoces se dieron la vuelta en la avenida principal y se fueron en grupitos hacia las habitaciones. Jurek se acercó a Janka, que tenía las mejillas apoyadas en la verja y estaba mirando hacia las vías, detrás de la puerta.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó, apartando la cara de la reja.

—Nada. Nada más. Hemos sobrevivido a la guerra y ya no pasará nada más.

Se fueron a dar un paseo. Llegaron al bosque por el sendero que discurría junto a la verja, se pararon un momento ante el río, que en la orilla estaba cubierto en un par de sitios por un hielo fino, y dieron la vuelta ante el abedul, no lejos de la glorieta; su blancura era aún fría y, cada vez que venían aquí al término de la jornada, comprobaban las incrustaciones de primavera en las ramas más bajas. A finales de marzo hizo un calor inusitado y la blancura de la corteza tenía algo de la luz de la costa. Empezaron a hacer las maletas cuando salieron las primeras hojas; el primer martes de mayo se levantaron temprano, bebieron cada uno un vaso de almíbar, guiñaron un ojo al pingüino y salieron a la avenida con las maletas. El sol se colaba ágil por entre las copas de los árboles, formando junto con la sombra un emparrado de figuras en el fondo de grava. *Virtuoso*, que empezaba a bostezar, acababa de empezar a estirarse por debajo del banco, el círculo de luz de Tworki se despertaba a la vida, estaba todavía todo vacío y en silencio, ese tierno, indefinido, pero agradable momento que precede al desayuno. En el macizo de flores se preparaban para florecer unas rosas punzó, perfectas para el vestido color café con leche, y se sonreían como dos colores que combinan bien. Atravesaron el portón, Wacek, el guarda, se cuadró en broma para saludarlos, dejaron las maletas en el andén y Jurek Pepinillo, Jurek Listillo y Ovillo abrazó a Janka como si fuera a despedirse por mucho tiempo.

Desde Milanówek y Podkowa se dilataba un silbido largo, triste y alegre, primero y último. Como es martes, de Tworki partes, hay que subir, comprar dos billetes; hay que darle a Janka las maletas y saltar al último escalón sujetándose las gafas. Apoyaron la cara en los cristales. La verja se acurrucó en la curva, los álamos se quedaron de guardia, al final del andén apareció de nuevo el cartel herrumbroso con el nombre de la estación.

—Tworki —leyó en un susurro Jerzy—. Tworki.

Y es que sí, en Tworki ya un enorme silencio. Todos ya se perdieron, se marcharon, desaparecieron, para el desayuno queda un momento. En el andén vacío, un leve viento mueve el polvo, las avenidas no llevan a nadie, los bancos no están

ocupados, y sólo ahora, detrás de los árboles, algunos pijamas empiezan a estampar en el aire sus modelos eternamente listados, verticales en la materia y en el tiempo desde el cuello hasta los zapatos, desde los albores hasta el ocaso. Una buena hora para presentar la prometida justificación, responder otra vez de una manera incompleta, dar una coartada parcial.

Unas cuantas frases, un párrafo, exclamaciones hermosas como lágrimas de pie en los ojos, una firma, S., Sonia, el nombre de Sonia, Sonia llamada Sonia. Sonia, Sonia, S. como dos herraduras clavadas, Sonia apuntada ausente. Sonia apuntada, la que ya está muerta, la que acepta morir. Sonia, la que ya no está en la firma, que no quiere ser su nombre y sabe que su nombre no significa, Sonia, que quiere apuntarse y firmar para poco después estar muerta. Eran las seis de la mañana y Sonia junto al alféizar, temblando de frío, se apuntó, Sonia recortó su nombre a una modesta inicial para alejar a la que ella era aquí, para sustraerla a escondidas, para poner de sí tan sólo un signo, mínimo, lo menos significativo posible. Pero la firma quedó, quedó una señal, quedó la S., sí, un modesto logo, enrollado desde los dos lados como si se presentara sólo ante sí mismo y se cerrara ante lo que vendrá pero inevitablemente estaba llamado a significar. Pues estas dos herraduras de una misma letra, a pesar de ser las más duraderas, a pesar de que cada día las debilita una mano más que humana, se dejan transcribir, estirar, colocar en una línea desde la «S» hasta la «a». Cualquier cosa que tuviera que pasar, pasó en estas ajenas y propias letras, de nuevo S. es llamada Sonia, a esta Sonia, ahora ya no Sonia, hace unos cuantos días le gustó la col acompañada de almíbar de ciruelas y a buen, a muy buen ritmo bajaba el vodka. La inicial repetida dio lugar a un comienzo, pues Sonia ya no estaba, ya no le llegaba. Y ¿acaso no lo aceptó, no lo presintió, no lo recalcó, no horadó esta repetición con un último aliento que dejó suspendido en su lápiz de tinta? Escribió S., terminó con un S. y de repente una vez más —el alféizar exhalando el frío de la piedra, tras la ventana se desplazaba una nube—, una vez más, como si la totalidad de la existencia, la cuestión del ser y de la historia del mundo hubieran irrumpido en su cuerpo tembloroso, dos líneas más abajo repitió la «S.», en el *post scriptum* hacía resonar su nombre en un eco bajito, bajito. Toc toc, toc toc, toc toc toc, allí Sonia y aquí Sonia, toc, toc, allí Sonia muerta, aquí el sonido sigue, aquí Sonia ya no Sonia, reafirmada con la letra de su nombre, llama y llama, no deja de enviar. Acudo pues a la llamada, abro el envío, con mi propia firma recibo esta dádiva no pedida, no dirigida a nadie en tantas páginas y os convoco, pues puede ser que alguno de vosotros también se venga, que alguien venga a sentarse para siempre conmigo en el banco, yo sí, os convoco, venid mejor todos en cualquier momento que os venga bien, venid desde todas partes en cualquiera de los trenes de la mañana a la noche y leed, leed, por favor, y santificad vuestros nombres y acusad el recibo, ¡Jacek!, ¡Ilona!, ¡Roman!, confirmad, ¡Krystina!, ¡Ewa!, ¡Robert!, firmad aquí a un lado, ¡Darek!, ¡Agnieszka!, ¡Ania!, ¡Karol!, ¡Gustaw!, ¡Maria!, volved a firmar, confirmad, acusad el recibo, firmad alguna vez el recibí, adjuntad todos vosotros, hoy llamados, vuestro propio

post scriptum.

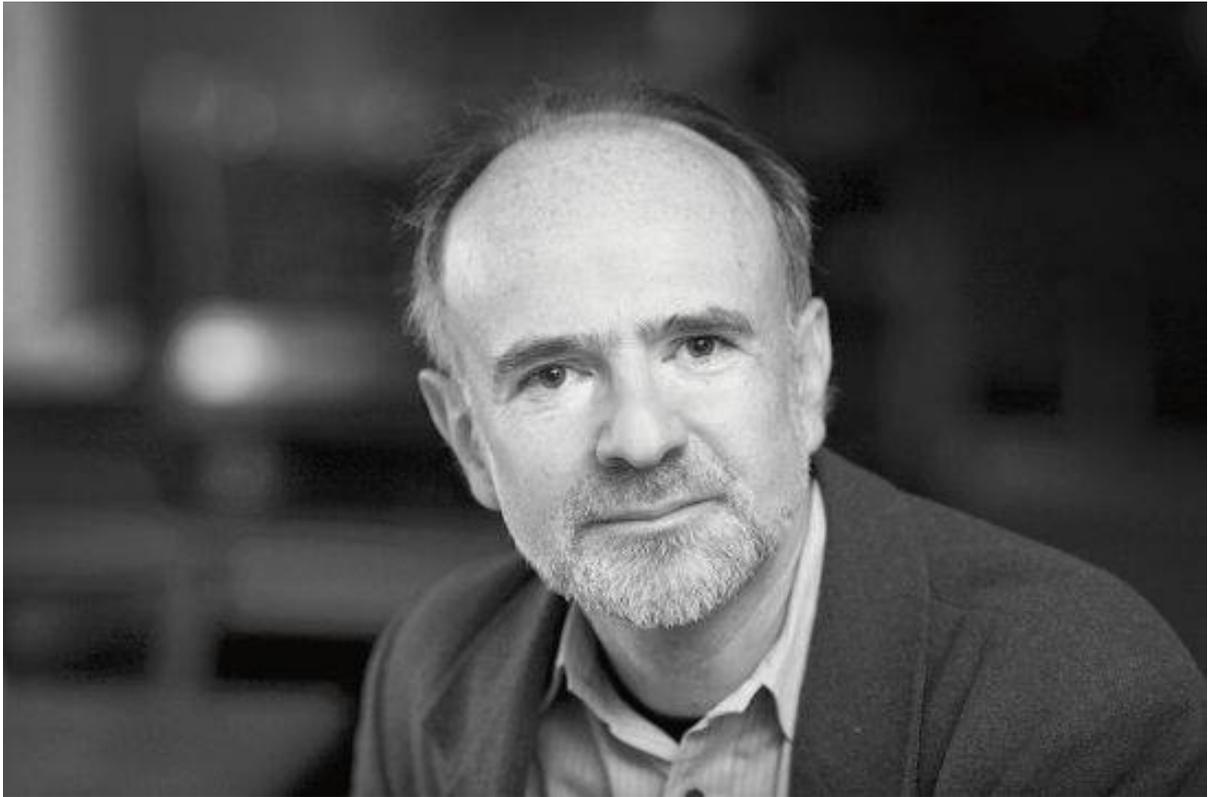
Tras la ventana pasaban volando campos y casas, verjas pintadas de colores abigarrados, y las paradas se multiplicaban hasta el infinito, ya habían pasado Malichy y Reguły, pasaron volando por Michałowice y Opacz, y en seguida Salomea, Raków, Reduta y Włochy, como si a la salida del paraíso Dios hubiera confundido, como si a la salida del paraíso Dios de verdad hubiera mezclado todas las lenguas, haciendo de un nombre muchos. Janka y Jurek estaban de pie junto a la salida, acercando las maletas a la puerta, el tren estaba empezando a aminorar, a lo lejos vieron el nombre de Varsovia.

Cómo se había quedado clavada en la memoria aquella mañana de mayo. Salieron del cuarto cuando el sol aún estaba quieto tras el bosque de Helenów, y en las sombreadas coronas de los árboles seguían enredados restos de la noche. En el cielo, las largas estelas de rocío se ponían cada vez más rojas, tragándose los islotes de niebla. Jurek y Janka iban delante, y tras ellos Anna, Joasia y Bronka iban hablando con los chicos y sólo se oían sus estallidos en risas; al final de la comitiva Marcel le iba contando a mamá del baile del Adria. Nada más atravesar el portón, junto al sueño de Johann, se les unieron corriendo, algo fatigados, Sonia y Olek. Sonia llevaba aún el mismo vestido, ahora ligeramente arrugado con distinto brillo en estos colores que en la tarde de ayer; Olek no le soltaba la mano y tan profunda y serenamente les miraba a todos a los ojos. Se saludaron y la comitiva giró a la izquierda tras el portón. Por el mismo sendero de siempre, entre arbustos y helechos llegaron a orillas del Pérdida. El centro de la corriente fluía ya en dirección a Pruszków, llevando un poco de luz, y en las oscuras orillas se veían los claros puntos de las flores. Sobre el prado del cumpleaños ya le había dado tiempo a levantarse a la niebla, y de la fogata salían aún los últimos estertores de calor. Se pusieron ante ella en círculo, recordando la fiesta de la víspera. En seguida el sol empezó a tocarles la cara y se fueron río abajo hasta su nacimiento, en dirección del cercano, pues a pocos kilómetros de aquí, manantial. La corriente se hacía cada vez más perezosa y las orillas se acercaban como los párpados a las pupilas. Cada vez más silencio y más calor, y andaban despacio, majestuosamente, saboreando cada paso. En un momento, Sonia fue dando saltitos hacia abajo, hacia la orilla misma, y se puso a recoger hierbas centella y nomeolvides. Silbando, hizo con ellas un pequeño ramo y se fue hasta Jurek de puntillas. Se paró y, sorprendido, volvió hacia ella la cabeza cuando vino desde atrás y le tocó el hombro.

A sus pies el río resplandecía, el río se retorecía, los árboles empezaban a dar sus primeras sombras, aún largas; el río brillaba, Sonia sonreía y le entregaba a Jurek las flores, sin decir nada, sin decir nada.

NOTA DEL AUTOR

Sí, la Historia es real, muy real. Hubo una guerra, Polonia fue ocupada por las tropas alemanas en septiembre de 1939 y los nazis tomaron el poder durante seis años, hasta el invierno de 1945; también, durante la ocupación, hubo trabajo, amores, tráfico, redadas y trenes que llevaban a los polacos a trabajar como esclavos al Reich, también hubo una fuerte Resistencia polaca; hubo también un levantamiento en el gueto de Varsovia, en 1943 y sí que había un tiovivo que daba vueltas delante de sus muros, en pleno centro de la ciudad; más de un año después, en agosto de 1944, tuvo lugar el levantamiento de Varsovia, que duró sesenta días; también hubo judíos que estaban fuera del gueto y que intentaban ocultarse, encontrar un refugio, un escondite aquí o allá para sobrevivir, judíos que algunas veces recibían ayuda, que a menudo eran denunciados. Tuvo lugar también, entre otros muchos, el asunto del Hotel Polski, una trampa que les tendieron los nazis prometiéndoles un supuesto canje por prisioneros alemanes y una salida hacia Suiza. También existió el hospital de Tworki, que aún hoy sigue abierto, y aún hoy decimos «Éste está para Tworki» para referirnos a una persona que parece no estar en sus cabales. Y sí, los alemanes administraron el hospital, con bastante clemencia, según dicen. También existió, existe todavía, un tren de vía estrecha que une Tworki con Varsovia. Sí, la Historia es real, demasiado real. También existió un cielo azul, otras veces lluvioso, como existió la carta de S.; una carta escrita a lápiz, con una caligrafía bastante rara, cuidada pero muy apretada. Quién fue Sonia, eso no lo sabe nadie; quizás hubiera nacido en uno de esos pueblos judíos del este de Polonia, donde se hablaba polaco con acento, como Równe, Drohobycz o el más «judío» de todos: Berdyczów. Cómo es que se había librado de la Gestapo, tampoco se sabe. Para todas las preguntas, la respuesta es la misma: no se sabe nada, o casi nada. Lo que es seguro es que, antes de morir, dejó una carta. A veces me preguntan si toda esta historia fue real. Sí, respondo, la Historia es real, hubo una guerra, millones de personas perecieron, otras sobrevivieron.



MAREK BIEŃCZYK (Polonia, 1956) es uno de los novelistas más notables de su generación. *Tworki*, editado en Polonia en 1999, es su primer libro publicado en español. Acantilado presentará próximamente su ensayo *Melancholia. De los que han perdido aquello que nunca se encuentra* (2000).